

Romeu Bornelli

VISIÓN Y VOCACIÓN

*Hacia un entendimiento más amplio
de nuestro llamamiento celestial*

Ediciones "Aguas Vivas"

Romeu Bornelli

Visión y vocación

Hacia un entendimiento más amplio de nuestro llamamiento celestial

Traducción del portugués: Rodrigo Abarca

Edición y diagramación: Equipo Aguas Vivas

EDICIONES «AGUAS VIVAS»

Temuco (Chile), Enero de 2011.

PREFACIO

Durante el verano de 2010 tuvimos en Chile la oportunidad de ser bendecidos por el ministerio de enseñanza de nuestro querido hermano Romeu Bornelli ¹. La palabra compartida en esos días llevó a muchos de nosotros a una mayor comprensión de nuestra vocación en Cristo y de sus implicancias prácticas para nuestra vida, tanto individual como corporativa.

En aquellos días nació y creció en nosotros la convicción de que estas conferencias debían tener una difusión más amplia a través de la palabra impresa, pues tocaban asuntos que resultan vitales para el pueblo de Dios en nuestros días.

Vivimos una época donde muchos parecen estar apartando de la verdad el oído y volviéndose a las fábulas. Tiempos en los que escasea la palabra de Dios y no hay visión con frecuencia. Por cierto, muchos proclaman sus visiones y sueños particulares, pero la visión celestial, a la cual Juan, Pablo y Pedro consagraron su vida en completa obediencia, permanece olvidada, o lo que es peor, desconocida, para muchos hijos de Dios.

Sin embargo, vivimos también en tiempos de restauración. Una vez más, aquí y allá, muchas voces se levantan para proclamar “lo que era desde el principio”. Pues la esperanza de la iglesia no está en alguna nueva visión o revelación, sino en la palabra que nos fue confiada desde el principio, proclamada de una manera fresca y restauradora, en el poder del Espíritu de Verdad.

¹ Romeu Bornelli Cordeiro vive en San Lorenzo (Brasil) junto a su esposa Cilene y sus tres hijos. Odontólogo de profesión, Romeu renunció a su ejercicio profesional para dedicarse de lleno al ministerio de la palabra del Señor.

Precisamente nuestro hermano Romeu puede ser contado entre esas voces, pues nos conduce a través de dos libros fundamentales del Nuevo Testamento, a un entendimiento más amplio y profundo de nuestro llamamiento celestial, y de los medios divinamente establecidos para su realización en nuestras vidas. Y la amplitud de su alcance y consecuencias nos alientan y estremecen.

Hace mucho tiempo, el apóstol oró para que Dios abriese los ojos del entendimiento de sus lectores. Nuestra principal necesidad es siempre de mayor visión celestial. “Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento”, fue la triste conclusión divina en boca de Oseas. Por ello, también hoy unimos nuestras oraciones a la antigua oración del apóstol Pablo, para que también nuestros ojos sean abiertos de una manera creciente, a fin de conocer nuestra divina vocación en Cristo Jesús, y vivir por medio de ella.

Los Editores

INDICE

La visión de la casa de Dios	9
<i>Introducción</i>	<i>11</i>
1. La visión de Juan	15
2. La visión de Pablo	33
3. La visión de Pedro	45
4. El nuevo hombre	61
Nuestra vocación celestial	79
1. Un llamamiento con propósito	81
2. De gloria en gloria	99
3. Considerando a Cristo	115
4. La palabra de exhortación	133

LA VISIÓN
DE LA CASA DE DIOS

INTRODUCCIÓN

*«¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos! Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo. Aun el gorrión halla casa, y la golondrina nido para sí, donde ponga sus polluelos, cerca de tus altares, oh Jehová de los ejércitos, Rey mío, y Dios mío. **Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán**» (Salmo 84:1-4).*

Nuestra carga en estos cuatro primeros mensajes es compartir algo relacionado con la visión de la casa de Dios. Creo que este asunto de la visión, aunque no lo sea todo, es siempre el comienzo y la base de todo. Cuando nosotros miramos la manera en que la palabra de Dios aborda este asunto de la visión espiritual, vemos que se presenta como el centro, como el foco, en todo aquello que el Señor desea hacer a través de su pueblo.

Todos recordamos las palabras de Pablo al rey Agripa, en Hechos 26:19: *«Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial»*. De modo que, si la visión espiritual no es clara para nosotros, no tenemos dirección o rumbo, y mucho de lo que conquistamos de parte del Señor se pierde.

Si imaginamos un cuadro como un rompecabezas –por ejemplo, un puzle con 500 piezas–, si sacamos una pieza de su lugar y la miramos directamente, no comprendemos muchas veces cuál es el sentido de ella en sí misma, ni tampoco dónde encaja. Muchas veces, por falta de visión espiritual, tenemos una desconexión entre las verdades de la palabra de Dios, y entonces convertimos algo que es parcial, en algo total. Corremos el riesgo de convertir lo periférico en central. Y todos esos problemas son derivados de la falta de visión espiritual.

Entonces, nuestro clamor al Señor en estos días es que él pueda abrirnos los cielos y darnos claridad con respecto a este asunto de la visión espiritual. No vamos a abordar la visión espiritual de un modo general. Vamos a abordar la visión espiritual de la casa de Dios. Veremos algo relacionado con la visión de Juan, de Pablo y de Pedro: la iglesia como familia, como cuerpo y como templo y nosotros como hijitos, miembros y piedras vivas, encarando el propósito de Dios para nosotros, para que podamos amarnos unos a otros como familia de Dios, expresar su vida como cuerpo de Cristo e irradiar su luz como templo del Espíritu Santo.

Veamos un versículo más: «*La exposición de tus palabras alumbra...*» (Sal. 119:130). En la versión portuguesa, dice: «La revelación de tus palabras esclarece, da luz». Hermanos, yo no sé cómo ustedes comprenden este asunto de la revelación, hablando espiritualmente, pero me parece que la revelación es una apertura, por el Espíritu Santo, del reino de la realidad espiritual contenida en la persona de Cristo.

La única persona capaz de abrir ese reino de la realidad espiritual es el Espíritu Santo. Entonces, cuando comprendemos que la revelación es esa apertura, entendemos lo que Pablo quiso decir en 1ª Corintios 2:9: «*Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman*». Y en el verso siguiente dice: «*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios*». Y a continuación dice: «*Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha concedido*».

Entonces, si ustedes conocen el contexto de 1ª Corintios capítulo 2, él dice que el hombre natural no entiende; pero no sólo eso, sino que el hombre natural no acepta las cosas del Espíritu de Dios, porque a él le parecen locura, y no las puede entender, porque ellas se disciernen espiritualmente. Luego, este asunto de la revelación se presenta como la apertura del reino de la realidad espiritual. Sin el Espíritu Santo, tal apertura es imposible.

Una vez más, cuando recordamos Proverbios 29:18, dice: «*Sin profecía el pueblo se desenfrena*» (Reina-Valera 1960). Cuando no hay visión, el pueblo se corrompe. Hay muchas traducciones posibles de esa palabra hebrea. La versión portuguesa traduce «corrompe». Por ejemplo, «donde no hay visión, el pueblo pere-

ce, el pueblo queda sin control, sin restricción». Pero la palabra exacta en el original hebreo habla de un desaliño o falta de compostura. Entonces, podríamos traducir este versículo así: «Donde no hay visión, el pueblo se desaliña, se desgreña, se desordena».

Para entenderlo mejor, la palabra exacta allí es de uso doméstico. Tal vez las hermanas la comprenderán mejor. Cuando van a una fiesta, ellas usan pinches para sujetar sus cabellos en un hermoso peinado, pero al volver a casa y quitar esos pinches, sus cabellos lucen desgreñados. El resultado ya no es tan bonito. Porque donde no hay visión, el pueblo se vuelve desgreñado, como una cabellera toda enredada. Ese es el resultado de la falta de visión espiritual.

«*Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas*» (Sal. 43:3). Cuando abordamos el asunto de la revelación o la visión espiritual, necesitamos luz y verdad; porque luz sin verdad es sólo misticismo, y verdad sin luz es apenas teoría. La verdad, en Cristo, es completa. Pero es la luz, sobre la verdad, que la transforma en revelación. Por eso dice: «Envía tu luz y tu verdad, para que me guíen y me lleven a tu santo monte, y a tus tabernáculos» – la casa del Señor.

«¡Cuán amables son tus tabernáculos!». ¿Cómo podemos habitar en los tabernáculos de la casa del Señor? Cuando él envía su luz sobre la verdad, cuando tenemos la verdad iluminada por Dios. Por eso también Pablo ora en Efesios 1:17-18: «...*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...*».

Veán ustedes cuán importante es leer las Escrituras de un modo muy cuidadoso y reposado, pues de lo contrario perderemos todo el sentido de esas palabras maravillosas, y vamos a pensar que Pablo estaba allí simplemente haciendo una oración formal. Sin embargo, aquella era una oración inspirada por el Espíritu Santo, y cada palabra contiene una realidad espiritual.

Entonces, hermanos, este asunto de la revelación o de la visión es lo que gobierna toda la esfera de nuestra vida. Vamos a considerar esta visión de la casa de Dios en tres aspectos diferentes. Ahora quisiera mostrar cómo sería ese cuadro, para que ustedes ya vayan meditando en él.

Usted puede mirar este cuadro con calma, y empezará a entender el asunto de la casa de Dios. Porque Dios usó a Juan, a

Pablo y a Pedro para mostrarnos diferentes aspectos de la casa de Dios, todos maravillosamente ricos.

Padre	Familia	Hijitos	Amarse unos a otros	Juan	Juan 13:33-35
Hijo	Cuerpo	Miembros	Expresar su vida	Pablo	1ª Cor. 12:25
Espiritu Santo	Templo	Piedras vivas	Irradiar su luz	Pedro	1ª Pedro 2:5, 9

1

LA VISIÓN DE JUAN

«El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; por que era como la hora décima» (Juan 1:35-39).

El versículo 36 contiene la respuesta a la gran pregunta del Antiguo Testamento: «¿Dónde está el cordero para el holocausto?» (Gén. 22:7). ¿Recuerdan quién hizo aquella pregunta? Fue Isaac a su padre Abraham. Cuando Dios pidió a Abraham que ofreciese a su hijo Isaac en el monte Moriah, en aquel bello pasaje de Génesis 22, dice que ambos caminaban juntos. Pero hay detalles muy especiales que el Espíritu Santo puso allí.

La Palabra dice que su hijo Isaac cargaba la leña sobre sí, porque él es figura de nuestro amado Redentor. Y dice que Abraham su padre llevaba en sus manos el fuego y el cuchillo. Porque, en lo que concierne a nuestra salvación, o a nuestra redención, toda la justicia, gloria y santidad de Dios necesitaban ser vindicadas. Entonces, Abraham llevaba el fuego y el cuchillo, símbolos del juicio de Dios. Pero Isaac llevaba la leña. Eso es muy interesante.

Isaac debería tener entonces unos trece o catorce años de edad, pero era él quien llevaba la leña sobre sí, porque él estaba prefigurando a Aquel que habría de venir. E Isaac pregunta a su padre: «Padre mío, he aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?». Casi dos mil años después, vemos a Juan el Bautista, como extendiendo su mano, diciendo: «He aquí el Cordero de Dios».

La Palabra dice que Juan el Bautista tenía dos discípulos; uno de ellos era Andrés, y el otro, con toda certeza, era Juan el evangelista, porque Juan omite su nombre en su evangelio. En Juan capítulos 13 y 21, él se refiere a sí mismo como «*el discípulo a quien Jesús amaba*». Era él mismo, omitiendo su nombre, y lo mismo ocurre aquí en el capítulo 1. Él dice: «*Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús*». El otro discípulo, aquí, era Juan.

Entonces, en el versículo 38, se registra algo muy impresionante. Pongamos este cuadro en nuestra mente. Imagínense cuando Juan el Bautista lo señala y dice: «*He aquí el Cordero de Dios*». Él está empezando a perder a sus discípulos. Porque todo ministerio eficaz no hace discípulos para sí mismo, pero sí discípulos de Cristo. Entonces, cuando apunta al Cordero de Dios, él pierde dos discípulos.

Cuando el Señor mira hacia atrás, ve que le están siguiendo Andrés y Juan, y les hace una pregunta: «*¿Qué buscáis?*», como diciéndoles: «*¿Qué quieren ustedes?*». ¿Qué le diríamos nosotros al Señor si oyésemos de él esa pregunta? Tenemos tantos deseos, tantas ambiciones, tantas cosas que queremos ver resueltas... Pero ellos responden a la pregunta del Señor con otra pregunta: «*¿Dónde moras?*». O sea, ellos no estaban buscando algo del Señor; estaban buscando al Señor mismo. Entonces, el Señor les responde: «*Venid y ved*».

Hermanos, qué obra maravillosa es nuestra vida cristiana cuando comprendemos que el Señor Jesús no es un medio para alcanzar un fin, sino que él es el propio fin. Él es el propósito, él es la razón. El Señor les responde, diciendo: «*Venid y ved*». Y el versículo 39 continúa diciendo: «*Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él*».

La memoria de Juan es tan vívida con relación a este tiempo, que él registra: «*...era como la hora décima*», es decir, las cuatro de la tarde. Juan escribe este evangelio con más de noventa años de edad. El Señor Jesús había partido de esta tierra hacía más de sesenta años, pero la memoria de Juan es tan precisa, tan viva, porque donde hay amor, hay memoria.

Entonces, cuando Juan escribe este evangelio. Algunos eruditos cuestionan que sea suyo, porque no comprenden la relación entre amor y memoria. Juan escribe, por ejemplo, en el capítulo 10, refiriéndose a la persona del Señor Jesús, así: «*Celebrábase en Jerusalén la fiesta de la dedicación. Era invierno. Y Jesús andaba en el*

templo por el pórtico de Salomón». Es decir, él se acordaba cuál era el tiempo, cuál era la estación del año, por dónde paseaba Jesús en aquel lugar exacto del templo, frente al pórtico de Salomón, y ya habían pasado más de sesenta años. Porque todo lo que rige la visión de Juan respecto del Señor es unión y comunión.

Unión y comunión con Dios en Cristo

El Espíritu Santo usó a Juan para escribir cinco libros: el evangelio de Juan, tres epístolas y el Apocalipsis. Y el tema de esos cinco libros es uno solo: Unión, comunión, vida de unión con Dios en Cristo. Juan fue usado por el Espíritu Santo para hablar sobre el asunto del amor en la casa de Dios.

Cuando examinamos algunos pares de palabras en el evangelio de Juan, aquellos que gustan de estudiar la Escritura con mayor exactitud, si usted busca en una concordancia griego-español, hallará a veces la mención de una palabra griega, una única palabra, sólo dos veces en todo el evangelio; o sea, parejas de palabras. Entonces, cuando se ponen juntas esas palabras, o las dos menciones de la misma palabra, vemos un cuadro muy hermoso.

Vamos a examinar por lo menos tres de ellas, para ver cuál es la visión de Juan acerca de la casa de Dios. La primera palabra es *seno*. Juan 1:18. «*A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*». El Hijo unigénito en el seno del Padre eterno.

Ahora, cuando vemos la segunda mención de esa misma palabra en el evangelio, en Juan 13:23. «*Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús*». En la última cena, Juan está reclinado sobre el seno, sobre el pecho de Jesús. La palabra que se traduce allí como «recostado» o «reclinado», es la palabra «*seno*». Entonces, cuando miramos esa segunda mención, tenemos a Juan en el seno del Hijo. Vean aquí el asunto de la unión o la comunión – el Hijo en el seno del Padre, y Juan en el seno del Hijo.

Entonces, en verdad, este asunto de la unión gobierna todo el pensamiento de Juan, porque es lo supremo para nosotros como iglesia. ¿Ustedes recuerdan Juan 17:21? Observe esta expresión: «*...para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí...*». ¿Y cómo es el Padre en el Hijo? Comunión plena, comunión perfecta, unión perfecta. «*...como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros*». Ese es el asunto de la unión en el evangelio

de Juan. O sea, nosotros fuimos llamados para participar del abrazo eterno de la Trinidad. Este es nuestro supremo llamamiento: Unión.

Pero hay una palabra más que nos ayuda en este mismo asunto de la unión. Juan ve a la iglesia como familia de Dios; él ve que nuestra mayor necesidad es amarnos unos a otros. «*En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros*» (Juan 13:35). Entonces, otra palabra más que nos ayuda en esta línea, una frase, es: «*la casa de mi Padre*». ¿Recuerdan ustedes dónde aparece esta expresión? Sólo dos veces: Juan capítulo 2 y Juan capítulo 14.

En Juan capítulo 2, el Señor Jesús entra en el templo, da vuelta las mesas y expulsa a los cambistas. Y Juan cita un salmo con respecto a él, que dice: «*El celo de tu casa me consume*». Algunas personas le preguntaron con qué autoridad hacía esas cosas, y él les dijo: «*Destruíd este templo, y en tres días lo levantaré*». Pero Juan da la interpretación de esta frase en el versículo 21: «*Mas él hablaba del templo de su cuerpo*».

Entonces, hermanos, aquí, en esta primera mención, ¿qué es «*la casa de mi Padre*»? Está interpretado en el versículo 21. Se refiere al propio Señor Jesús, al santuario de su cuerpo. Aquel templo era apenas una figura de su propio cuerpo. Por eso, ellos no entendieron al Señor cuando dijeron: «*En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?*». Es como si el Señor les dijese: «Ese templo es figura, es sombra, es tipo; la realidad es mi propio cuerpo. Yo soy la casa del Padre».

Por eso Juan dice: «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó (tabernaculizó) entre nosotros*» (Juan 1:14). Esa palabra significa «colocó su morada –o colocó su tienda– entre nosotros». Y Juan dice: «*...y vimos su gloria...*». Y vea la próxima expresión: «*...gloria como del unigénito del Padre*». O sea, él es la casa de Dios, él es la manifestación de la realidad de la casa de Dios. Por eso, él entra en el templo y purifica el templo.

Ahora, Juan 14:1-2 dice: «*No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre...*». Hermanos, ¿cómo podemos comprender la expresión «*la casa de mi Padre*», en este versículo 2? Sin el capítulo 2 de Juan, es imposible. Por eso, muchos piensan que esa «*casa de mi Padre*», cuando sólo ven el capítulo 14, se refiere a una morada eterna – cuando morimos vamos a la casa del Padre, porque en la casa del Padre hay muchas moradas. Si no fuéramos muy fieles, vamos a tener

una casa como una carpa; pero, si somos fieles, vamos a tener una mansión.

«*En la casa de mi Padre muchas moradas hay...*», y cuando muramos, vamos a ir allá. Pero no es eso lo que está escrito en el texto. Porque «*la casa de mi Padre*» ya está afirmada en el capítulo 2 como siendo el santuario de su propio cuerpo. Jesús es la casa del Padre. Entonces, cuando él dice: «*En la casa de mi Padre muchas moradas hay*», él está diciendo que, a través de su muerte y de su resurrección, él iría a proveer lugar para que nosotros habitásemos en él. Él es la casa del Padre. Nosotros estamos en la casa del Padre; él es nuestra morada, nuestro santuario. Nosotros somos casa de Dios, y él es nuestra casa.

Entonces, esa es la visión de Juan sobre la casa de Dios. «*En la casa de mi Padre muchas moradas hay*». ¿Quién nos introdujo en esas moradas en Cristo? El Consolador. Por eso, él dijo: «Os conviene que yo me vaya. Yo me voy, pero voy a preparar lugar, y entonces enviaré al Consolador». Y el versículo de Juan 14:20 es muy importante: «*En aquel día –se refiere a Pentecostés– vosotros conoceréis –por experiencia– que yo estoy en mi Padre...*». Porque el Padre es la casa para el Hijo. «Pero también el Padre está en mí», como lo dice la próxima expresión: «*...yo estoy en mi Padre...*».

Volvamos al versículo 11: «*Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí...*». Porque él es la casa del Padre. Luego el versículo 20: «*En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí...*». ¿Por qué «*vosotros en mí*»? Porque: «*En la casa de mi Padre muchas moradas hay*». «*Vosotros en mí*». Él es la casa del Padre. Y al final del versículo 20 dice: «*...y yo en vosotros*». Y eso se transformó en una realidad espiritual para ellos cuando el Consolador vino. Entonces, el Consolador los introdujo de manera práctica en esa morada de Dios en Cristo. Esa es la expresión «*la casa de mi Padre*» mencionada dos veces.

Veamos otra expresión más, todavía, en el capítulo 14 versículo 2, el mismo versículo: «*En la casa de mi Padre hay muchas moradas*». La palabra «*moradas*» también aparece sólo dos veces. Una vez aquí, en el versículo 2, y la otra en el versículo 23 del mismo capítulo: «*Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*». Pueden ver de nuevo aquí el mismo asunto de la unión. Nosotros morando en Cristo, porque «*en la casa de mi Padre hay muchas moradas*», pero también Cristo morando en noso-

tros con el Padre, por el Espíritu. «Porque yo y mi Padre vendremos, y haremos morada en él».

El secreto de nuestro testimonio cristiano

Entonces, hermanos, para donde vayamos, en los escritos de Juan, siempre vamos a ver ese asunto de la casa de Dios como siendo una vida de unión, una vida de comunión, una vida de habitación. Por eso, la expresión de Juan capítulo 17 versículo 21 es tan significativa. El Señor Jesús dice que, si esa fuese una realidad experimentada por nosotros, «el mundo creará que tú me enviaste». El secreto de nuestro testimonio cristiano es nuestra vida de habitación. Juan capítulo 15: Si nosotros habitamos en él, y él habita en nosotros, su amor entonces habita en nosotros, sus palabras habitan en nosotros, entonces somos un testimonio verdadero de quién es Dios.

Ahora, iremos a un versículo clave en este evangelio sobre el asunto de la unión. Juan 13:33-35: «*Hijos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no podéis ir. Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto... —esta frase es enfática— conocerán todos que sois mis discípulos —un adjetivo posesivo—, si tuviereis amor los unos con los otros*».

Hay muchas cosas importantes en este versículo. Primero, el Señor Jesús dijo: «*Un nuevo mandamiento os doy*». Y otra vez, si no somos cuidadosos aquí, hallaremos que no hay nada de nuevo, porque la ley ya lo decía. Pero la ley no dice esto. La ley dice: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». Si el Señor Jesús estuviera sólo reforzando la ley, él no podría hablar de un nuevo mandamiento, porque aquel mandamiento dado a través de Moisés ya tenía 1.500 años. No tenía nada de nuevo.

Pero, ¿qué hay de nuevo con respecto a lo que el Señor habló? «*Que os améis unos a otros; como yo os he amado*». No «...como a ti mismo». Y cuando abrimos el capítulo 13, ¿cómo empieza este capítulo? «*Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*». Así es como él los amó. Por eso, Juan usa la palabra «*ágape*», que habla de un amor de una vía única, un amor que no da con una mano y espera la retribución con la otra, un amor sacrificial. «Como yo os he amado, así debéis amaros unos a otros».

Entonces, la novedad de este mandamiento es que el Señor Jesús demanda de nosotros, de los unos para con los otros, la misma calidad de amor con que él nos amó. ¿Llegaremos nosotros a la conclusión de que la vida cristiana es una vida imposible? Si usted no llegó, espero que llegue lo más rápido posible. El único que puede vivir la vida cristiana es el propio Cristo; el único que puede amar como Cristo es el mismo Cristo. Por eso, la clave de la vida cristiana es: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20).

«*Que os améis unos a otros; como yo os he amado*». Sólo habitando y permaneciendo en él, la vida verdadera. Permaneciendo en su amor, teniendo sus palabras permaneciendo en nosotros, son los términos que el Señor usa en Juan 15. Sólo así nosotros somos capaces de amar con el amor de él; porque la verdad es él amando a través de nosotros.

«*Un nuevo mandamiento os doy*». Hermanos, cuando miramos a la ley, vemos que el precepto de la ley decía así: «Ojo por ojo, diente por diente». Algunas personas encuentran que eso era algo malo. Pero, cuando nosotros conocemos nuestro propio corazón, sabemos que si Dios no hubiese dado la ley para regular nuestra conducta, sería un ojo por dos ojos y un diente por la dentadura completa. Entonces, el Señor dijo un ojo por un ojo, un diente por un diente.

La figura de Enoc

Usted recuerda, antes de la ley, en Génesis capítulo 4, cuando ese hombre perverso llamado Lamec fue el primero que tomó para sí dos mujeres. ¡Qué hombre corajudo aquél! Imagine aquella escena, con aquellas dos mujeres sentadas en una silla, diciendo: «Ada y Zila, escuchen: Maté a un hombre porque él me hirió y a un joven porque me pisó». Imaginen la cara de esas mujeres mirándolo. ¿Seremos nosotras las próximas? No podemos quemar el pan en el horno'. Lamec fue el séptimo descendiente de Adán por la línea de Caín. El 7 habla de plenitud. Entonces, en la vida de Lamec vemos la plenitud de la malignidad. «No sólo maté a un hombre porque me hirió, sino a un jovencito porque me pisó».

Entonces, cuando miramos al otro lado, la descendencia de Adán a través de Set, el séptimo después de Adán por este linaje es Enoc. Y cuando contrastamos a Lamec con Enoc, vemos que Lamec es el clímax de la perversidad, y Enoc es figura de la vida

de unión con Dios. Enoc engendró un hijo cuando tenía sesenta y cinco años de edad, y de ahí en adelante anduvo con Dios durante trescientos años. Y murió de trescientos sesenta y cinco años. El número 365 nos habla de una órbita completa. O sea, Enoc conoció a Dios y anduvo con Dios hasta que Dios lo tomó para sí. Enoc nos muestra la clave de la vida de unión – andar con Dios.

Hay una historia de una niñita de diez años de edad que oyó un mensaje con respecto a Enoc, y sus padres no fueron a la reunión. Entonces ellos le preguntaron acerca de qué se había compartido. Ella dijo: «El hermano contó una historia acerca de Enoc». Los padres pidieron que ella les resumiera la historia. Y ella dijo: «Fue un hombre que anduvo con Dios, y fue andando y andando y andando, hasta que en un momento Dios lo miró y le dijo: Enoc, tú estás tan lejos de tu casa y tan cerca de la mía. Entonces, entra y quédate aquí conmigo». Ella comprendió bien la historia de Enoc.

Enoc fue andando y andando y andando con Dios, de manera que Dios se volvió la habitación de Enoc. Dios se convirtió en la morada de Enoc, el hogar de Enoc, hasta que él fue llamado y convidado a permanecer con Dios. Ese es el secreto del arrebatamiento. Cuánto podemos perdernos en las profecías sobre el arrebatamiento, sin tocar en la realidad espiritual del arrebatamiento. El arrebatamiento no es una mera mudanza geográfica, sino una mudanza espiritual, una mudanza de corazón, una mudanza de estilo de vida. Ese es el espíritu del arrebatamiento.

Mirando hacia Getsemaní

Entonces, cuando el Señor Jesús, en Juan capítulo 13, habló sobre este nuevo mandamiento, él puso este énfasis: «...*como yo os he amado*». Otro aspecto importante en este versículo es comprender este «*yo os he amado*», mirando hacia Getsemaní.

Querido hermano, querida hermana, ¿usted ha meditado con respecto a Getsemaní? ¿Cuál es el significado de Getsemaní? ¿Por qué el Señor Jesús dijo: «Mi alma está profundamente angustiada»? No sólo angustiada, sino profundamente angustiada. Porque en su vida, el Señor Jesús estaba gobernado por dos grandes bases: una era ver el rostro de su Padre, y la otra era hacer la voluntad del Padre.

El Señor Jesús nunca perdió de vista la faz del Padre. Él podría soportar la traición de Judas, podría soportar la negación de

Pedro, podría soportar el abandono de todos, pero no podía soportar perder de vista el rostro del Padre. Cuando él ora en Juan 17:5, dice: «Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese». Entonces, la realidad de ver el rostro del Padre es algo anterior a la encarnación, es algo que el Hijo experimenta en la Trinidad por siempre. Eso nunca fue afectado, nunca fue roto. El rostro sonriente del Padre, ese rostro de aprobación del Padre, era el mayor bien en la vida de Jesús.

Por otro lado, tenemos el hacer la voluntad del Padre. Juan 4:34: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió». El Señor Jesús nunca dejó de hacer la voluntad del Padre. En ningún momento. Él nunca perdió de vista la faz del Padre. ¿Pueden ver ahora lo que está ocurriendo en Getsemaní? Para que el Señor Jesús continúe haciendo la voluntad del Padre, él tendrá que perder de vista el rostro del Padre.

¿Cuándo él perdió de vista el rostro del Padre? Cuando clamó: «Dios mío, Dios mío». Los evangelios no dicen sólo que él clamó, mas dicen que él gritó en alta voz. «Elí, Elí, ¿lama sabactani? (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?)». Y él está, entonces, previendo eso en Getsemaní, y por eso ora tres veces: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú». Pero, para que la voluntad del Padre fuese hecha, el Hijo perdería el brillo de la gloria de la faz del Padre; el Padre le volvería las espaldas, por causa de ti y de mí.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Entonces, no sólo la cruz, sino también Getsemaní, nos muestra el profundo amor de Cristo por nosotros y la profunda devoción de él hacia el Padre. Obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. «Que os améis unos a otros; como yo os he amado ... En esto conocerán todos que sois *mis* discípulos».

«Los unos a los otros...»

Hermanos, cuando vamos al Nuevo Testamento, empezando por las epístolas de Pablo, vemos muchas veces la mención de esta expresión: «...unos a otros». Voy a citar algunos ejemplos rápidos. Si usted quiere hacer un estudio acucioso, será muy beneficiado por ello. ¿Cuántas veces aparece esta expresión «unos a otros» en el Nuevo Testamento, y también la expresión «mutuamente»? Porque todas esas expresiones nos hablan de las formas prácticas en que debemos amarnos unos a otros.

Si lo que Juan enfatiza es que somos familia de Dios, hijitos de Dios, que debemos amarnos unos a otros, entonces claramente el Nuevo Testamento tendrá muchas expresiones prácticas de ese amarnos unos a otros, para que no nos quedemos sólo en el terreno de las ideas, sino tengamos una visión que sea práctica. Porque visión sin práctica nos haría visionarios, y no profetas. Entonces, hay muchos textos que se refieren a «unos a otros» en el Nuevo Testamento. Revisemos rápidamente algunos de ellos.

«*Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros*» (Rom. 12:10). Si nuestro llamamiento como familia de Dios es para amarnos los unos a los otros, vea cuán práctico es este asunto. Preferir en cuanto a honra, los unos a los otros, es una de las expresiones del amor de unos a otros. «*Estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo*» (Flp. 2:3). Entonces, el amarnos los unos a los otros es práctico.

«*Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios*» (Rom. 15:7). No hay una expresión práctica del amor de los unos a los otros cuando no hacemos estas dos cosas. La primera de ellas, recibírnos los unos a los otros, pero no sólo de una manera sentimental, sino recibírnos para gloria de Dios. O sea, como dice Efesios capítulo 4, practicar la verdad en amor.

Debemos aplicar la verdad en la vida de los unos y los otros, para que entonces podamos vivir en una atmósfera de amor, recibiéndonos para gloria de Dios. No cubriéndonos unos a otros en cuanto a nuestros errores, sino acogiéndonos para gloria de Dios. Todo lo que no glorifica a Dios en mi vida, no puede ser aceptado por los hermanos. Porque tenemos que recibírnos los unos a los otros «*para gloria de Dios*».

Hace unos años atrás, hubo un gran avivamiento espiritual en el norte de África. Uno de los hermanos presentes en aquel tiempo se llama Roy Hession. Él escribió una pequeña trilogía llamada *El Camino del Calvario, Queremos ver a Jesús y Sed Llenos Ahora*. En uno de sus libros, él dice que aquellos hermanos del norte de África, llenos del Espíritu Santo, se buscaban los unos a los otros y decían así: ‘Mi hermano, usted es tan responsable, delante de Dios, de mi vida, como yo lo soy. Entonces, todo aquello que en su visión no esté agradando a Dios en mi vida, usted es responsable de cuidar de mí. Esa es su obligación’. Eso es un genuino avivamiento espiritual.

Porque, cuando no estamos llenos del Espíritu, y cuando alguien nos toca y quizás nos hable alguna cosa acerca de nuestra esposa, nuestro primer pensamiento es el siguiente: '¿Por qué no se preocupa de la suya? Yo cuido de la mía'. «*Recibíos los unos a los otros ... para gloria de Dios*». Porque, mucho más que ocupados con nosotros mismos o con nuestra reputación, nosotros estamos ocupados con la gloria del testimonio de Dios en su casa.

Entonces, el resultado de una vida llena del Espíritu es que nos abrimos para ser juzgados unos a otros. «Juzgad todas las cosas». No juzgando a las personas, sino juzgando actitudes, ayudando a desvincularse de sus pecados, ayudando a mudar su estilo de vida, ayudando a cambiar sus conceptos. Nosotros no comprendemos cuánto necesita nuestra mente ser transformada por la verdad.

Las palabras del Nuevo Testamento: exhortación, advertencia, amonestación, tienen la misma raíz, y hablan de una urgencia en anunciar un error con respecto a un concepto, una idea o una conducta. Si no hiciésemos esto los unos para con los otros, ¿para dónde vamos en nuestra vida cristiana? «*Recibíos los unos a los otros ... para gloria de Dios*».

«*Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros*» (Gál. 5:13). Servir los unos a los otros sin dar ocasión a la carne. Vea siempre la misma clave: «...*los unos a los otros*».

«*Sobrelleved los unos las cargas de los otros...*» (Gál. 6:2). Y el versículo 5: «...*porque cada uno llevará su propia carga*». ¿Será que la palabra de Dios se contradice? ¿Vamos a llevar las cargas los unos de los otros o cada uno llevará su propio fardo? ¿Será que Pablo se está volviendo loco? Hay dos palabras allí en el original. En el versículo 2, la palabra para *carga* es un fardo pesado, grande, que usted no es capaz de cargar solo. Pero la palabra para *fardo* en el versículo 5, es un paquete pequeño, un paquete común, aquello que usted mismo puede cargar. Entonces, la palabra de Dios, en lugar de contradecirse, nos ayuda en dos asuntos: Llevar juntos las cargas pesadas que no podemos llevar solos, pero cada uno debe aprender a llevar su propio paquete común.

Cuando nosotros estamos sufriendo, no necesitamos escribir un gran cartel que diga: 'Mírenme todos, estoy sufriendo'. Pero

eso es lo que normalmente hacemos – la autocompasión. Pero, cuando nos recibimos los unos a los otros, cuando llevamos las cargas los unos de los otros, no eximimos a los otros de llevar sus cargas pequeñas, pero ayudamos a los otros a llevar las grandes cargas.

Una expresión más, en Efesios 4:25: *«Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros»*. Efesios 5:21: *«Someteos unos a otros en el temor de Dios»*. *«Unos a otros»*, *«unos con otros»*, *«mutuamente»*, todos estos versículos hablan de expresiones de la práctica de amarnos los unos a los otros.

Hebreos 10:24: *«Y considerémonos unos a otros...»*. La palabra *«considerémonos»* aparece en el libro de Hebreos sólo dos veces, también. En el capítulo 3 dice: *«...considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión...»*. Significa que nosotros fijamos un telescopio para observarlo con atención. Pero también ahora, en Hebreos 10:24, dice: *«Considerémonos unos a otros»*. Entonces, tenemos ese telescopio fijo en él, pero también fijos los unos en los otros. ¿Para vigilar la vida de los demás? No, sino *«...para estimularnos al amor y a las buenas obras»*.

Santiago 4:11: *«Hermanos, no murmuréis (juzguéis) los unos de los otros»*. No en el sentido de juzgar actitudes, conductas o estilos de vida, en el sentido de hacer un juicio temerario, precipitado. *«No os juzguéis los unos a los otros»*. Santiago 5:9: *«Hermanos, no os quejéis unos contra otros...»*. Más sutil: No habléis mal los unos de los otros.

Entonces, la enseñanza de la mutualidad en el Nuevo Testamento es tanto positiva como negativa – lo que debemos hacer los unos para con los otros, y lo que no debemos hacer. Y todo eso es la expresión de amarnos unos a otros, porque esa es la visión de Juan. Somos familia de Dios, somos hijitos, debemos amarnos los unos a los otros, *«y en esto conocerán todos que sois mis discípulos»*. Que el Señor nos ayude.

La obra del Espíritu Santo

Hermanos, como hemos visto anteriormente, cuánta necesidad tenemos de que los ojos de nuestro corazón sean abiertos para que veamos la realidad de aquello que está contenido en el Señor mismo y en sus propósitos eternos. Cuán carentes somos de visión espiritual.

Decíamos que la visión o la revelación espiritual es una apertura, por el Espíritu Santo, de ese gran reino de la realidad espiritual reunida en la persona de Cristo. Entonces, cuando Pablo oraba por los efesios pidiendo que los ojos de su corazón sean iluminados, estaba testificando por el Espíritu de Dios que nosotros no podemos alcanzar las cosas de Dios por ningún equipamiento humano. El hombre natural no entiende, el hombre natural no acepta; mas Dios nos las reveló por el Espíritu. Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que conozcamos aquello que Dios nos ha concedido gratuitamente.

Entonces, hemos visto algo en relación con la casa de Dios. Hay tres aspectos principales en la visión de la casa de Dios, relacionados con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Qué busca el Padre? Una familia de hijitos que se amen los unos a los otros. ¿Qué busca el Hijo? Un cuerpo de muchos miembros para expresar Su vida. ¿Y qué está buscando el Espíritu Santo? Un templo de piedras vivas para irradiar Su luz.

Hermanos, cuando el propósito de Dios esté consumado, es esto lo que el Dios trino obtendrá en plenitud. O sea, el Padre tendrá una familia de hijos semejantes a su Hijo unigénito. ¿Cómo sabemos eso? Romanos 8:29: *«Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos»*. Nosotros estamos siendo hoy, por la acción del Espíritu Santo, conformados a ese padrón celestial que es el propio Cristo.

«Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2ª Cor. 3:18). Entonces, esa es la intención de Dios. El Padre obtendrá una familia de hijos semejantes a su Hijo. ¿No es eso maravilloso, hermanos? ¿A usted le gustaría vivir toda la eternidad así como está usted ahora? ¡Cuidado con esa respuesta! Porque tenemos que vivir los unos con los otros, por toda la eternidad.

Entonces, nuestra gran esperanza es que, así como trajimos la imagen del terrenal, traeremos la imagen del que es celestial. ¿Y por qué es eso? Porque el Señor Jesús es el segundo hombre, cabeza de una nueva creación; pero también es el último Adán, donde todo aquello que se contrapone a los propósitos eternos de Dios fue finalmente juzgado y llevado a su fin. El último Adán, pero también el segundo hombre, cabeza de una nueva raza.

En cuanto al Espíritu Santo, ¿qué obtendrá él en la consumación final del propósito de Dios? Un templo de piedras vivas, perfectamente ajustadas, donde él podrá irradiar su luz. 1ª Pedro 2:4-5: *«Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo»*. Y el versículo 9 dice que fuimos llamados para expresar *«las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable»*. Ese es el llamado con respecto al Espíritu Santo.

Lo que ya somos y lo que hemos de ser

Hoy, nosotros ya somos todas esas cosas. Somos familia del Padre, somos cuerpo del Hijo y somos templo del Espíritu Santo. Sin embargo, cuando llegue la consumación final de los propósitos de Dios, todo eso se manifestará en plenitud. ¿Usted comprende esa tensión que existe en el Nuevo Testamento entre el ahora y el todavía no?

Ya hablamos un poco sobre el apóstol Juan. ¿Usted recuerda lo que dice 1ª de Juan 3:1? *«Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios»*. Véalo ahora con atención. De hecho, lo somos. Ya somos hijos de Dios. *«...por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él»*. Entonces, el versículo 2 dice: *«Amados, ahora somos hijos de Dios...»*. Y preste atención a la próxima frase: *«...y aún no...»*. ¿Usted ve la tensión ahí? *«Ahora somos hijos de Dios, y aún no...»*. ¿Por qué todavía no? *«...aún no se ha manifestado lo que hemos de ser»*.

¿Qué hemos de ser? Hijos de Dios – hijos maduros de Dios, hijos totalmente parecidos a su Hijo. Por eso, él no sólo es revelado en las Escrituras como el Hijo unigénito, sino también como *«el primogénito entre muchos hermanos»*. Entonces, ¿qué hizo Dios el Padre? Él plantó a su Hijo como el único y precioso grano. Si el grano de trigo no cae en tierra y no muere, si el grano unigénito no muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.

En Hebreos 2:13 hay una expresión que cita un salmo refiriéndose al Señor Jesús, cuando él dice: *«He aquí, yo y los hijos que Dios me dio»*. El capítulo 1 de Hebreos está dedicado totalmente a hablar de la gloria del Hijo unigénito. Él es *«el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros*

pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles...» (Heb. 1:3-4).

Y el capítulo 2 del libro de Hebreos está dedicado a hablar de la gloria de «los hijos». «*Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo*» (Heb. 2:14). Entonces, el propósito de Dios aquí es que estos muchos hijos sean hechos semejantes a su Hijo. ¡Cuán necesaria es nuestra visión espiritual!

La visión espiritual debe gobernar

Amados hermanos, la visión espiritual debe gobernar. No tenemos opción ante la visión espiritual. ¿Usted se acuerda de los cinco primeros capítulos de Isaías? Este libro comienza diciendo: «*Visión de Isaías... acerca de Judá y Jerusalén*». Isaías era un profeta de Dios; él tenía una palabra con respecto a Judá y Jerusalén, tenía un ¡ay! para muchos de los habitantes de Judá y Jerusalén. ¡Ay de éste, ay de aquel, ay de aquel otro! Vea el capítulo 5 de Isaías.

Pero, cuando comienza el capítulo 6, él dice: «*En el año que murió el rey Uzías, vi yo al Señor...*». Ahora no es la visión de Isaías acerca de Judá y Jerusalén, sino la visión de Isaías con respecto al Señor. Y cuando él vio al Señor, ¿qué dijo? Habla de Su gloria, habla de los serafines volando a su alrededor con aquellas seis alas, y de aquella voz que decía: «Santo, santo, santo». Y, en seguida, él tiene un ¡ay! para sí mismo. «*¡Ay de mí! que soy muerto; porque han visto mis ojos...*».

Ahora no es una palabra acerca de Judá y Jerusalén; ahora Isaías ya no es un predicador para el pueblo, pues sus ojos han visto la gloria de Aquel que es santo. «*¡Ay de mí! que soy muerto; porque han visto mis ojos al Señor*». En seguida, está la desesperación de Isaías. Él ve a un serafín que toma una brasa del altar. En la tipología bíblica, el altar siempre habla de la cruz. Entonces, cuando sus labios son tocados por aquella brasa, él oye una voz que dice: «*¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?*» (Is. 6:8).

Isaías había ya dado cinco capítulos de profecía, pero este capítulo 6 es un paréntesis de su historia con el Señor; porque ninguno de nosotros puede ser realmente un siervo, a no ser que tenga una visión clara de estos tres asuntos. En primer lugar, «*han visto mis ojos al Señor*», en segundo lugar, nos vemos a noso-

tros mismos como realmente somos, y en tercer lugar, la visión del altar y sus provisiones. La visión de la santidad de Dios, la visión de nosotros mismos y la visión de las provisiones del altar.

Sólo después de eso, fue oída aquella voz: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?». E Isaías dice: «Heme aquí, envíame a mí». De la misma manera, el Señor trabajó en los tiempos del Nuevo Testamento en las vidas de Juan, Pablo y Pedro, y equipó de una manera espiritualmente particular para que ellos vieran con claridad aspectos particulares relacionados con la casa de Dios.

Entonces, el énfasis de Juan es la familia, los hijitos, y el amor de unos a otros. El énfasis de Pablo es el cuerpo de Cristo, un cuerpo de muchos miembros, para que el Hijo pueda expresar su vida. Y el énfasis de Pedro es el templo espiritual constituido de piedras vivas, y no sólo piedras vivas, sino piedras vivas ajustadas, yuxtapuestas, para que las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas puedan ser manifestadas.

El corazón de Juan

Todavía más, un pequeño complemento a lo que ya hablamos sobre Juan. Cuando el Señor Jesús ascendió a los cielos desde el monte de los Olivos, el corazón de Juan se transformó en el corazón de una viuda, porque ahora él no podría ver más la faz de su amado Señor. Juan no tuvo más descanso. Toda su larga vida fue vivida tomando la cruz día a día.

Cuando escribe su libro sobre la revelación, en Apocalipsis 18:7, al hablar sobre la Babilonia apóstata, él muestra cómo el espíritu de aquella se apartó del Señor. Ella se dice a sí misma: «Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto». Ustedes perciben el contraste entre esa Babilonia apóstata que se apartó del Señor, y aquel espíritu que había en el corazón de Juan, representando él mismo a toda la iglesia. La iglesia es viuda; ella no está sentada como reina, sino como sierva, y ella experimenta el llanto, hasta que el Señor venga. «Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación» (Mat. 5:4).

Cuando el Señor Jesús ascendió desde el monte de los Olivos, Juan no encontró más reposo, hasta que sus ojos pudieran ver al Señor. Entonces, escribió primero el Apocalipsis y después su evangelio, en orden cronológico. Y como veíamos antes, su evangelio está lleno de amor; porque donde hay amor, hay memoria.

Entonces Juan deja esos registros tan específicos con respecto a la vida del Señor.

Cuando Judas niega al Señor, en la última cena, Juan escribe en el capítulo 13 que Jesús dio a él el bocado mojado. Y Juan registra entonces que Judas «...luego salió». Y luego coloca una pausa, y dice así: «...y era ya de noche». Y un punto nuevamente. La memoria de Juan es tan precisa, porque el Señor es todo su tesoro, es toda la atracción de su corazón. Entonces, Juan fue el vaso escogido para hablar del amor entre los hijitos. «*Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos*» (Juan 13:34-35).

2

LA VISIÓN DE PABLO

Ahora hablaremos un poco sobre el segundo vaso escogido de Dios, para darnos de una manera muy especial la claridad con respecto a la visión del cuerpo. Ese vaso es Saulo de Tarso.

Observe lo que dice el versículo 1 de Hechos capítulo 9: *«Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote...»*. Este es el vaso que el Señor escogió. La palabra «muerte», como se registra aquí, en su término original, tiene un sentido no sólo de muerte sino de un asesinato violento. Y la palabra «respirando» se refiere a un gran toro irritado, con las ventanas de sus narices abiertas y furioso. Ese era Saulo, respirando amenazas y muerte violenta contra los discípulos del Señor.

«Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos» (1ª Tes. 2:7-8). Aquí la idea es una nodriza, aquella que cuida; la palabra que aparece allí es aquella que acaricia a sus propios hijos. ¿A qué hijos se refiere Pablo aquí? A los discípulos del Señor, su iglesia. Aquel Saulo que respiraba amenazas y muerte, es este Pablo, que ahora es una nodriza que acaricia a sus hijitos.

¡Qué cambio, qué mudanza maravillosa! ¿Dónde está la respuesta a esto, hermanos? *«Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos»* (2ª Cor. 5:14-15). La palabra

«*constreñir*», aquí, significa amarrar a un preso con cadenas y llevarlo arrastrando. Pablo está diciendo que él fue hecho un cautivo, un esclavo del amor de Cristo. Entonces, la diferencia entre Saulo y Pablo está en ese amor de Cristo.

Por eso, él dice en Romanos 8: «*¿Quién nos separará del amor de Cristo? ... Ninguna cosa... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro*». Entonces, vemos que la visión de Pablo con respecto al Hijo y a los hijos, la visión de Pablo respecto del cuerpo de Cristo, es tan precisa y tan cautivante; porque él ve ese nuevo hombre, de la nueva creación.

Una visión impresa en el espíritu

Y cuando nosotros hablamos de *ver*, no es algo que comprendemos con la mente. Recuerden, cuando él escribe en 2^a Corintios capítulo 12: «*Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo... donde oyó palabras inefables...*». Entonces, la visión espiritual es algo que se imprime en nuestro espíritu; no es algo que comprendemos con nuestra mente. Hay mucho de nuestra visión espiritual que no comprendemos con la mente, pero que está impresa en nuestro espíritu.

Hermano, ¿usted ya pensó cómo es que Moisés pudo descender de aquel monte después de cuarenta días, sin ningún manual de guía, pero pudo describir la planta del tabernáculo con todos aquellos minúsculos detalles? ¿Usted piensa que la memoria de Moisés era muy buena? Es mucho más que eso. Aquel modelo del tabernáculo, esa visión, fue impresa en el espíritu de Moisés, de modo que todos aquellos detalles estaban allí, y entonces él podía ser muy preciso con relación a los materiales usados, las piedras, las cortinas, porque algo fue impreso en su espíritu.

Me gustaría que ustedes considerasen esto, porque nosotros necesitamos ser una y otra vez tocados por el Señor con respecto a la visión espiritual. Muchas veces, nuestro caminar se rige más por lo que está en nuestra mente que por aquello que está impreso en nuestro espíritu. El camino del Señor para imprimir algo en nuestro espíritu debe pasar primero por la mente, pero muchas veces sólo es retenido por la mente, y entonces entramos en un engaño muy grande, porque pensamos que, porque ya escuchamos o ya leímos, ya estuvimos en muchas conferencias, en-

tonces ya comprendemos aquel asunto; pero esto aún no es para nosotros una realidad espiritual.

El lenguaje espiritual

Y la iglesia no es un seminario. Los asuntos de la iglesia no son académicos, sino espirituales. Por eso, en 1ª Corintios 2, Pablo dice que «*el (hombre) espiritual juzga todas las cosas*» (v. 15). Él dice que nosotros «*acomodamos lo espiritual a lo espiritual*» (v. 13). El sentido exacto de ese versículo es que nosotros interpretamos las cosas espirituales en un lenguaje espiritual. Este versículo 13 es muy importante. «*...lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu—entonces, no es un conocimiento intelectual, sino un conocimiento espiritual—, acomodando lo espiritual a lo espiritual*».

Parece que en nuestras versiones en portugués y en español, esta frase no tiene mucho sentido, porque la traducción es deficiente. El sentido exacto aquí, entonces, es: «*...interpretando las cosas espirituales con un lenguaje espiritual*». Ustedes se dan cuenta que, lo que el Espíritu Santo quiere hacer con nosotros como vasos de él, nos da la capacidad de interpretar la revelación espiritual con un lenguaje espiritual, colocando en palabras aquello que es la revelación, la visión impresa en nuestro espíritu.

Hermanos, este es un asunto muy práctico. ¿Cuántos de nosotros encontramos dificultades al compartir la palabra de Dios unos a otros? Usted trata de explicar algo que en su espíritu comprende, pero usted no tiene un lenguaje espiritual, ¿no es verdad? El ministerio del Espíritu Santo, entonces, es traducir la revelación espiritual en lenguaje espiritual. Para esto, nosotros carecemos de espíritu de sabiduría y de revelación. Esta no es una opción. O tenemos el Espíritu Santo como espíritu de revelación, o clamamos a Dios por revelación, o tocamos la realidad espiritual... o no tenemos nada. Será sólo doctrina, y tal vez una doble condenación. Que el Señor tenga misericordia de nosotros.

La experiencia de Pablo

Entonces, cuando el Señor separa a aquel vaso, Saulo de Tarso, él lo va a usar para escribir trece epístolas. Y Saulo pasó, en su historia con el Señor, como a través de las cuatro estaciones del año: primavera, verano, otoño e invierno. Es interesante, her-

manos, que en la primavera de la vida de Pablo, él escribió dos epístolas: 1ª y 2ª a los Tesalonicenses. Después, en el verano de su vida, escribió cuatro epístolas: 1ª y 2ª a los Corintios, Romanos y Gálatas. Pueden percibir que esas epístolas son fuertes. Con respecto a su crecimiento espiritual, Pablo estaba en el verano de su historia con el Señor. Estaba ministrando corrección a las iglesias.

Pero, después del verano, llegamos al otoño. En el otoño de su vida, Pablo estaba en prisión. Su ministerio ya no tenía una amplitud geográfica; él se estaba derramando para el Señor, confinado en una celda. Y él escribe cuatro epístolas preciosas: Efesios, Colosenses, Filipenses y Filemón. Y luego, en la última estación, el invierno, al final de su vida, él escribe tres epístolas: 1ª Timoteo, Tito y 2ª Timoteo.

En 2ª a Timoteo, él dice así: «Apresúrate a venir antes del invierno». Pablo estaba pasando el invierno de su historia con el Señor. Él sería martirizado poco tiempo después. Por eso él exhorta a Timoteo: *«Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros»* (2:2). Entonces él coloca esa secuencia de cuatro eslabones: *«Lo que has oído de mí (Pablo)... esto encarga (Timoteo) a hombres fieles que sean idóneos para (ellos) enseñar también a otros»*. Porque la carga de Pablo por el evangelio era que esa transmisión de la revelación de Dios pudiese ser clara, inequívoca, y que nada se perdiese.

La expresión de la vida del Cuerpo

Entonces, hermanos, me gustaría, en esta parte final, abordar un poco las epístola a los Efesios y a los Filipenses, para que veamos cómo el Señor usó a Pablo en este asunto de expresar la vida del cuerpo.

«...y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia...» (Ef. 1:22). Vean cómo Pablo define a la iglesia aquí, porque estamos viendo que el énfasis de Pablo es con respecto al cuerpo del Hijo, un cuerpo con muchos miembros, para expresar Su vida. Entonces, él define a la iglesia así: *«...la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo»* (v. 23).

Nosotros sabemos que en la palabra de Dios no hay división en capítulos ni en versículos. Entonces, seguimos al capítulo 2

inmediatamente. Y Pablo va a mostrar, entonces, la naturaleza de la iglesia, a partir del capítulo 2. Y aquí de nuevo hay una deficiencia en las traducciones, porque él no comienza con un énfasis positivo, diciendo: «Y él os dio vida a vosotros...». Esa frase no aparece aquí; va a aparecer después, recién en el versículo 5. En mitad del versículo 5, dice: «nos dio vida juntamente con Cristo».

Entonces, el versículo 1 comienza con un énfasis negativo, que comienza así: «Estando vosotros muertos en delitos y pecados...», y luego habla sobre la esclavitud de la carne y la esclavitud de los pensamientos. Y en el versículo 4, él coloca esa conjunción: «Pero...». Ese «Pero...» maravilloso. «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, nos dio vida juntamente con Cristo...».

Entonces, hermanos, en primer lugar, desde el versículo 1 al 3, Pablo nos ayuda a ver cuál es el material que Dios usó para constituir ese «cuerpo de Cristo». Y ese material somos nosotros. Él buscó ese material en el tarro de la basura. Los mejores de nosotros, si es que así podemos decirlo, fuimos buscados en el tarro de la basura; esclavos de pasiones y placeres, «haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira...».

Somos hechura de Dios

«Pero Dios...». Entonces, él va a hablar de esa vida de unión con Cristo, «juntamente con Cristo». Y en el versículo 10 de este capítulo 2, él concluye así: «Porque somos hechura suya». No sé si es así en español, pero en el portugués hay dos palabras muy semejantes. Una es *feitura* (hechura) y la otra es *feiura* (fealdad). Entonces, a nosotros, que éramos *feiura*, él nos hizo *feitura*. Esa «t» fue colocada allí. Nosotros éramos la fealdad, y ahora somos la hechura.

La palabra «hechura», en el original, es *poiema* (poema). Poema es aquello que fluye de lo más íntimo. Somos una hechura de él. Con sus propias manos, él ha escrito nuestra historia y nuestra vida. Por eso, Pablo les dice a los corintios: «Vosotros sois nuestras cartas, escritas en nuestros corazones... no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón» (2ª Cor. 3:2-3). Nosotros, los cristianos, leemos la Biblia; pero la Biblia que el mundo lee son los cristianos.

Entonces, a medida que la obra del Espíritu de Dios va escribiendo en nosotros esa hechura, transformados de gloria en gloria a su propia imagen, el Hijo encuentra expresión en Su cuerpo. Él lo podría hacer todo solo. Él no necesitaba de nosotros. Un Dios que necesita no es Dios; un Dios que tiene necesidades no es Dios. Él no nos salvó porque necesitaba salvarnos; él no necesitaba de nosotros. A veces pensamos que, cuando nos salvó, él se prestó un favor a sí mismo. '¡Cuánto talento él compró en nuestras vidas!'

Sin embargo, en portugués, nosotros tenemos de nuevo dos palabras. Una es «talento», y la otra es «ta' lento», o «está lento». Y nosotros éramos eso: «ta' lento». Entonces, él nos compró por su gracia, y nos constituyó su hechura. ¿Usted recuerda 1^a Corintios capítulo 1? Pablo dice así: «...no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles...». Pero él escogió cosas débiles, cosas despreciables, humilladas, cosas que no son. Eso somos nosotros. Nosotros no somos, pero él nos escogió, para avergonzar a las cosas que son, «...a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor».

Entonces, esta es su hechura. Nosotros estamos involucrados en el hecho más importante que está aconteciendo en todo el universo – la hechura de Dios. Nosotros estábamos alienados, muertos, esclavos. Él compró ese material, lo colocó en su Hijo, y estamos siendo edificados juntos, para que un día seamos expuestos a los ojos de principados y potestades, para que ellos se asombren y vean lo que Dios hizo con hombres miserables como nosotros: «para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (Ef. 3:10-11).

Entonces, esta es la iglesia, «...la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo». Pero, hermanos, nosotros no sólo somos aquel material que él compró para su hechura –ser el material ya es una cosa grande para nosotros, que estábamos en el tarro de la basura–, sino que él también nos transformó en colaboradores. No sólo el material con el cual él edifica, sino colaboradores de su edificación. ¡Qué cosa maravillosa!

Por eso, en Efesios 4:16, Pablo dice: «...todo el cuerpo, bien con-

certado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor». Entonces, no somos sólo el material, sino que somos colaboradores.

La experiencia cristiana normal

Ahora, al considerar la epístola a los Filipenses, me gustaría dividirla en cuatro partes. Filipenses tiene cuatro capítulos, y cada uno de ellos nos da un énfasis especial con respecto a Cristo. En primer lugar, la epístola a los Filipenses tiene un tema muy definido. La palabra clave de esta carta es «gozo»; pero el tema de ella pienso que puede ser descrito como la experiencia cristiana normal. Pienso que todos nosotros concordamos en que el libro de Romanos es la vida cristiana normal, y la epístola a los Filipenses es la experiencia cristiana normal. Entonces, vamos a meditar rápidamente con respecto a ella.

¿Cuál es la experiencia cristiana normal? Es el transbordar, en cualquier circunstancia, de la vida, naturaleza y mente de Cristo, viviendo en nosotros. Esa es la experiencia cristiana normal. Un desbordar, un derramar, de la vida, la naturaleza y la mente de Cristo, viviendo en nosotros. Filipenses 1:21 dice: *«Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia»*.

El capítulo 1, entonces, tiene como énfasis que Cristo es nuestra vida. El primer paso para entrar en la experiencia cristiana normal, el primer paso para que el Hijo tenga expresión de su vida a través del cuerpo es: Cristo es nuestra vida. No nuestra teoría, nuestra filosofía, nuestra doctrina, sino Cristo es nuestra vida. También Colosenses 3:4 dice esto: *«Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria»*. Entonces, en el capítulo 1, Cristo es nuestra vida. Ahí comienza la experiencia cristiana normal.

«Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (2:5). El énfasis en el capítulo 2 es que Cristo es nuestra mente. La palabra *mente, pensamiento*, y sus derivados, aparece doce veces en la epístola a los Filipenses. Es una de las palabras claves de esta epístola. *«Haya, pues, en vosotros la misma mente que hubo también en Cristo Jesús»*.

Una de nuestras dificultades y luchas en la vida de la iglesia es que nosotros pensamos que la mente de uno debe ser impresa sobre la mente de otro; las ideas de la mente de uno deben pre-

valecer sobre la mente del otro. Pero la clave de la experiencia cristiana normal es que Cristo es nuestra mente. Aquel que se vació a sí mismo. No fue despojado por el Padre. En los versículos siguientes, dice que él *se despojó, él se humilló, y fue obediente hasta la muerte. Y también dice después: «Por lo cual Dios también le exaltó».*

¿Por qué Dios le exaltó? Porque él se despojó, porque él se humilló. Por eso, Pedro nos dice: *«Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo»* (1ª Pedro 5:6). ‘Tengan ustedes la misma mente que hubo en Cristo’. Entonces, en este capítulo tan precioso, él va a citar a dos hermanos: Timoteo y Epafrodito. Y va a hablar cosas impresionantes con respecto a estos dos siervos. A través de ellos, Pablo va a decir, usando mis palabras: A través de Timoteo y Epafrodito, se expresa la mente de Cristo. Él dice con respecto a Timoteo: *«...pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús».* (Flp. 2:20-21). ¿Usted se acuerda?

Y después, él va a hablar de Epafrodito, diciendo que Epafrodito estuvo enfermo, a punto de morir, y que él sentía nostalgia de los hermanos de su iglesia de origen. Y cuando Epafrodito se enferma, en lugar de estar preocupado de sus dolencias, él está preocupado por la iglesia de los filipenses, porque la iglesia supo que él estaba enfermo, y entonces él estaba angustiado. Él no se preocupaba por su enfermedad, sino por la angustia de la iglesia con respecto a él. Esa es la mente de Cristo en sus hijos.

Cristo es nuestra mente. La mentalidad de Cristo necesita ser formada en nosotros. Nunca entraremos a esa experiencia cristiana normal de otra manera. El Hijo no podrá expresar su vida a través de su cuerpo de otra manera. La mente de Cristo tiene que ser formada en nosotros, y sólo hay un camino para eso – el camino de la cruz.

El tercer énfasis. Filipenses 3:12. *«...prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús».* El énfasis en el capítulo 3 es que Cristo es nuestra meta. En el capítulo 1, Cristo es nuestra vida; capítulo 2, Cristo es nuestra mente, y en el capítulo 3, Cristo es nuestro blanco, nuestra meta. En el versículo 8 de este capítulo 3, Pablo dice que considera todo como basura, *«para ganar a Cristo».* Ganar a Cristo. Cristo es nuestro blanco. Conocerle es nuestra meta; las riquezas insondables de Cristo.

Conocer a Cristo no sólo es un ministerio para la vida terrenal, sino por toda la eternidad. Es nuestro ministerio aquí, y será nuestro ministerio por toda la eternidad. Nunca agotaremos a Cristo. Nunca podremos poner a Cristo en una mesa de cirugía y decir: 'Ya conozco todo'; porque él es infinito, inescrutable. Cristo es nuestro blanco.

Aprendiendo de Cristo

Y, para concluir, el capítulo 4. En el versículo 10, Pablo agradece la ofrenda que los filipenses le enviaron. En los versículos 11 a 13, él dice así: «*No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido...*». Vean esta parte. «*(Yo) he aprendido...*». Él no aprendió esto cuando el Señor lo derribó en el camino a Damasco; él lo aprendió conociendo a Cristo; aprendió esto en la intimidad de Cristo, como discípulo y siervo de Cristo.

«*He aprendido...*». Quisiera que nosotros pudiéramos hablar de la misma manera. «*...he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación*». Ahora, vea aquí, lo que es hecho de una forma tan bella. Dos pares de palabras. Él dice: «*Sé tener abundancia... (y) padecer necesidad*». «Aprendí a tener honra, y también a ser humillado»¹. Vamos a pensar un poco sobre estos dos pares.

Hay una oración de Agur registrada en Proverbios capítulo 30. Él dice así, orando a Dios: «*No me des pobreza ni riquezas; mantenme del pan necesario; no sea que me sacie, y te niegue, y diga: ¿Quién es Jehová? O que siendo pobre, hurte, y blasfeme el nombre de mi Dios*» (Prov. 30:8-9). Entonces, estos dos polos, abundancia y necesidad, son dos pruebas tremendas. Ninguno de nosotros puede ser aprobado en esta prueba, a menos que Cristo sea nuestra vida, nuestra mente y nuestra meta. Entonces él podrá ser nuestro todo.

Entonces, ¿cuál es la prueba relacionada con la abundancia? Cuando nosotros experimentamos la abundancia, tendemos a confiar en ella. Autosuficiencia. La abundancia es una gran prueba. Pablo escribe en 1ª Timoteo capítulo 6: «*A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas*». Porque la prueba de la abundancia es esa autosuficiencia.

¿Y cuál es la prueba relacionada con la escasez o la pobreza? Es la murmuración. Cuando nosotros, en nuestra vida cristiana,

¹ Esta cita de la versión en portugués no aparece en la versión Reina-Valera 1960, ni en otras versiones en español.

experimentamos tiempos de necesidad o de pobreza, la primera tentación es la murmuración. ¿Por qué Dios le concedió eso a aquel hermano? ¿Por qué Dios me cierra las puertas a mí? Y comenzamos a cuestionar el amor y la justicia de Dios. La murmuración. Sin embargo, Pablo dice: «*He aprendido a contentarme*». Cuando tenía abundancia, él no se volvía autosuficiente; y cuando tenía escasez, no murmuraba.

El segundo y último par de palabras. Él dice: «Aprendí a ser honrado y también a ser humillado». También son dos polos. En Proverbios se dice que el hombre es probado por las honras que recibe. Porque la honra es una gran prueba. Todas las veces que somos honrados, tendemos a mirarnos a nosotros mismos en busca de algún valor, y nuestro globo se va inflando. Y Dios, en su misericordia, rápidamente provee espinas para pinchar nuestro globo, porque si no, nos hincharíamos como un enorme globo.

La honra es una prueba tremenda. Pero Pablo dice: «Yo sé ser honrado, sin ensoberbecerme». Hermanos, la soberbia es un pecado espiritual sutil. La soberbia anda junta con nuestro crecimiento espiritual. Nosotros crecemos espiritualmente, y la soberbia está aquí al lado, acompañándonos. Todo el camino, hasta el final, ella nunca nos va a dejar. ¿Y sabe lo que nos va diciendo? «¡Mira cómo estás creciendo espiritualmente; mira cómo estás siendo más útil para el Señor; mira cómo los otros te admiran, mira cuán necesario eres!». Esa es la voz de la soberbia.

Entonces Pablo dice: «Yo aprendí a ser honrado», porque la honra es una gran prueba. Pero aquí dice también: «Aprendí a ser humillado». «*Sé vivir humildemente*». Porque esa es otra prueba tremenda. Cuando somos humillados, la tendencia es la depresión. Nos miramos a nosotros mismos, con una capa de falsa espiritualidad, diciendo: 'No soy nada; no sirvo para nada. Me siento en el último lugar, cruzo mis brazos y bajo mi cabeza, para que todos me miren y vean cuán miserable soy'.

Pablo dice: «Yo sé ser humillado», sin dar lugar a esa depresión. Hermanos, eso es madurez cristiana, y esta es la experiencia cristiana normal. Sólo así la vida del Hijo puede ser expresada en su Cuerpo. ¿No está claro eso? Si no pasamos por la abundancia y la escasez (en Cristo), por la honra y la humillación (en Cristo), Cristo no puede ser expresado en su Cuerpo. Nosotros vamos a expresar nuestras reacciones a todo eso, y todas ellas son negativas; todas ellas hablan de nosotros mismos, y no de lo que Cristo es.

Si usted se va a hacer un examen del corazón al cardiólogo, si su salud está muy buena su electrocardiograma muestra ondas altas y ondas bajas: onda P, onda Q, onda R y ondas alfa. Entonces, cuando usted está bien vivo y saludable, usted vive tiempos en el monte de la transfiguración y tiempos en el valle de la depresión. Pero estos son apenas los dos polos de la vida de nuestro propio yo.

Es necesario que vivamos una vida constante en Cristo, que muramos a nosotros mismos. Porque, si estamos muertos, nuestro electrocardiograma será una línea recta. ¿No es así? Pero, porque estamos tan vivos, nuestro yo está tan vivo, vivimos una vida tan alta y tan baja, pero en nosotros mismos. Honrados y humillados, en abundancia y en escasez. A no ser que aprendamos la vida oculta con Cristo en Dios, no podremos expresar la constancia de Cristo.

Entonces, la única forma en que el Hijo puede expresar su vida a través de su Cuerpo, es: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*». Y esta no es una experiencia automática. El Señor nos conducirá, circunstancia tras circunstancia, para que lo experimentemos a él como nuestra vida, nuestra mente, nuestra meta, y finalmente nuestro todo. Cristo es nuestra vida, Cristo es nuestra mente, Cristo es nuestra meta, y finalmente Cristo es nuestro todo. Por eso en Filipenses 4:13, él dirá: «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*». Vea esa palabra: Todo. «*Todo lo puedo en aquel—en unión con aquel— que me fortalece*».

Entonces, hermanos, el Señor nos ayude a ver, por nuestro espíritu, esta realidad con respecto a la casa de Dios. ¡Cómo él usó a Pablo para expresar estas verdades de una manera tan maravillosa! Y más que eso, que él nos dé aliento para adentrarnos más profundamente en la realidad de la experiencia cristiana normal. Nosotros somos el Cuerpo del Hijo, un cuerpo de muchos miembros, para que Él pueda expresar su propia vida a través de nosotros, una vida que no puede ser derrotada.

Cristo tiene ese carácter de *alteridad*². Él es otro. Cuando nosotros somos débiles, él no es débil; si nosotros somos necios, él no es necio; si somos insuficientes, él no es insuficiente. Nuestro problema es que vivimos en nosotros y por nosotros. Que el Señor nos ayude a ver esto y a experimentarlo con más claridad, para gloria de su nombre.

² *Alteridad*. Otredad, condición de ser otro (Diccionario RAE).

El Padre obtendrá lo que se propuso

Hemos visto, con relación al asunto de la casa de Dios, cómo el Dios trino, desde la eternidad, previó obtener algo para su propio placer y satisfacción. Cuando Dios obtiene algo para su propio placer y satisfacción, significa que todos aquellos que están involucrados en su proyecto obtendrán igualmente realización y satisfacción, porque la norma de vida de la Trinidad es dar. Y, cuando Dios se reparte a sí mismo, todos aquellos que son objeto de esa repartición entran en su propio gozo y realización. Este es nuestro mayor privilegio.

Entonces, podemos ver que, desde la eternidad, el Dios trino planeó que él, siendo Dios el Padre, obtendría para sí una familia de hijitos que se amasen unos a otros con el mismo amor con que él nos ama. Y esa familia de hijos sería hecha semejante a su amado Hijo unigénito. Nada se podrá interponer a ese propósito eterno. Romanos 8 dice que *«a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó»*.

Entonces, nuestra confianza es que todo lo que está establecido desde la eternidad en la Trinidad será cabalmente expresado en nuestras vidas. El Padre obtendrá su familia de hijos semejantes a su Hijo unigénito, *«para que él sea el primogénito entre muchos hermanos»* (Rom. 8:29). Muchos semejantes a él mismo.

También hemos visto cómo el Hijo, como miembro de la Trinidad, el Hijo eterno engendrado del Padre eterno, obtendrá para sí un cuerpo. Porque él es el grano de trigo que cayó en tierra y murió, y con eso produjo mucho fruto. *«Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular»* (1ª Cor. 12:27). Entonces, a través de ese Cuerpo, la propia Cabeza podrá encontrar un canal para expresar su propia vida.

3

LA VISIÓN DE PEDRO

Piedras vivas y piedras ajustables

El Espíritu Santo, como el tercer miembro del Dios trino, obtendrá para sí un templo de piedras vivas, a través del cual él podrá irradiar su luz. Nosotros somos esas piedras vivas. Esta vez nos abocaremos a enfatizar el proceso de transformación de estas piedras. Porque el deseo de Dios no es sólo que seamos piedras que viven, sino piedras ajustables en el templo espiritual.

Hay mucha diferencia entre una piedra viva y una piedra ajustable. Porque la piedra viva necesita pasar por un proceso de ajuste para encajar en ese templo espiritual. Y quien más va a ayudarnos en esto es el apóstol Pedro. Recuerden que su mismo nombre significa *piedra*. Y es él quien dice en su epístola: «...vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (1ª Pedro 2:5).

Aquel que es la piedra angular, que fue desechada, Cristo Jesús, ha venido a ser la piedra del ángulo, la piedra fundamental, sobre la cual muchas otras piedras, no sólo como piedras vivas, sino como piedras transformadas, ahora pueden ser ajustadas y edificadas juntas, para que Dios obtenga no sólo un montón de piedras, sino una casa.

Así como hay una enorme diferencia entre un montón de piedras y una casa, también hay mucha diferencia en cuanto a nosotros, entre ser piedras vivas y piedras ajustables. Y el camino del Señor para producir piedras ajustables es la obra de la cruz. Entonces, tomaremos la vida de esta piedra (Pedro), y veremos cómo el Señor trabajó esa piedra viva, hasta que fue una piedra preciosa.

‘Creciendo’ de diez a cero

Normalmente, nosotros pensamos que el crecimiento espiritual es algo que va de cero a diez; pero, en realidad, el crecimiento espiritual es algo que va de diez a cero. Cuando tenemos una congregación con trescientas personas, y todos son diez, si usted multiplica 300x10, tendrá 3.000. Tres mil problemas, porque nosotros somos diez. Entonces, el proceso del Señor es reducirnos de diez a cero. «*Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe*» (Juan 3:30). «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gál. 2:20). La obra del Señor, de reducirnos de diez a cero; es la obra de la cruz. Y pienso que pocos personajes en la palabra de Dios ilustran esto con más exactitud que Pedro. Pedro es esa piedra, transformada de gloria en gloria en Su propia imagen.

Antes de entrar con más detalle en este asunto, vamos a ver un resumen. En el texto de Juan 13:33-35, que ya leímos, el Señor enfatiza la necesidad de amarnos unos a otros como él nos amó. Él nos amó hasta el fin. También vimos, en relación a Pablo, cómo ese cuerpo de muchos miembros va a expresar Su vida, y citamos 1^a Corintios 12:27: «*Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular*».

La experiencia de la vida de Pedro

Ahora enfatizaremos el tercer aspecto, viendo algo relacionado con esta obra de la cruz en la vida de Simón Pedro. Veamos, en Juan capítulo 1, el primer encuentro del Señor Jesús con Pedro. Sabemos que esos primeros encuentros del Señor Jesús son un marco para aquellos que son hallados. Cuando Juan encontró al Señor por primera vez (Juan 1:35-39), en la experiencia de Juan, él fue invitado a ir a la casa del Señor y permanecer con él. Aquella era la hora décima, y ellos se quedaron con el Señor. Por eso Juan habla de unión, habitación y comunión.

También recordamos el primer encuentro del Señor con Pablo. Éste hizo al Señor dos preguntas. La primera: «*¿Quién eres, Señor?*», y la segunda: «*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*». En aquel primer encuentro, dos verdades quedaron muy claras para Pablo. Cuando él preguntó: «*Quién eres, Señor*», él vio que Jesús es Jehová encarnado. Y cuando el Señor le dijo: «*Yo soy Jesús, a quien tú persigues*», él percibió que, cuando tocaba a los discípulos del Señor con furia y sentimientos de muerte, él estaba tocando al Señor mismo. «*Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo...*». Nadie vio esto con más claridad que el apóstol Pablo.

Y ahora tenemos aquí el primer encuentro del Señor con Pedro; en realidad, con Simón. Juan 1:40-42: *«Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús. Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro)».*

Hay dos cosas importantes aquí. Primero, estas dos posiciones: *«tú eres»* y *«tú serás»*. ¡Qué preciosas palabras del Señor para Pedro! Primero, afirma lo que Pedro es en sí mismo. El nombre *Simón*, en el original, significa *inestable*. Eso es Simón – inestable. Pero él no sólo oyó al Señor decir: *«Tú eres»*, sino también aquel maravilloso: *«Tú serás llamado Cefas»*, que quiere decir una piedra.

Pienso que esto es algo completamente inimaginable para Pedro. Él no tenía la menor idea de lo que el Señor haría con él. Pienso que, cuando el Señor lo llamó, él imaginó que el Señor había hallado para su colegio de discípulos un gran talento. ¿Por qué sabemos esto? Porque Pedro da siempre sus ideas y opiniones sobre todo. Él conoce todo, es experto en los caminos del Señor; él sabe lo que el Señor debe hacer y lo que no debe hacer, sabe la hora en que el Señor lo debe hacer y la hora en que el Señor no lo debe hacer. Entonces, a la verdad, el que discipula aquí debería ser Pedro y el discípulo sería el Señor.

Pedro no tenía la menor idea de lo que el Señor haría con él. Mas, esa maravillosa palabra: *«Tú serás...»*, garantizó que todo el trabajo en la vida de Pedro dependería de la fidelidad del Señor; nunca de la inestabilidad de Pedro. El Señor es fiel. Entonces, en 1ª de Pedro, él mismo escribe este versículo maravilloso: *«Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo... él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca»* (v. 5:10). Cuatro palabras que resumen la obra del Señor en la vida del propio Simón Pedro. Él lo perfeccionó, lo afirmó, lo fortaleció y lo estableció. Por eso, dice al final: *«A él sea la gloria»*.

Cuando vemos el inicio de la historia del Señor con Pedro, vemos que el Señor le dice: *«Tú eres Simón, hijo de Jonás»*. Amados hermanos, quizás en aquel tiempo, en Palestina, la mitad de los habitantes se llamaban Simón y la otra mitad Juan. O sea, el Señor le dice a Pedro: *«Tú eres un Juan de Nadie; eres simplemente Simón hijo de Jonás; pero yo haré de ti una piedra ajustable en mi casa, para mi gloria»*. Y entonces, el Señor comienza fielmente esta obra en la vida de Simón Pedro.

Veamos algunas instancias en las Escrituras donde es tal vez más evidente el trabajo del Señor con Pedro.

«Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quitate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (Mateo 16:21-23).

La ocasión citada aquí está próxima al monte de la transfiguración. El Señor ya lleva tres años de ministerio en la tierra. Él sube al monte de la transfiguración, y luego desciende de aquel monte y camina seis meses más hasta subir a otro monte, el monte Calvario. Tres años y medio junto con sus discípulos. Nosotros tenemos la certeza de que son tres años y medio, por causa del evangelio de Juan, porque Juan cita tres pascuas. Entonces, el Señor estuvo con sus discípulos por tres años y medio.

Es probable que Pedro fuese mayor en edad que el Señor Jesús. Entonces, él se sintió con derecho a dar algunos consejos al Señor en relación a sus sufrimientos. ¿Usted ha visto esa actitud cuando el más viejo llama al más joven hacia un lado? Usted ve aquí que Pedro llamó al Señor aparte. Él no habló delante de los discípulos. Es como si él dijera: «Yo soy el más viejo y te voy a dar algunos consejos».

«Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca». La verdad de lo que Pedro quiere decir detrás de estas palabras es: «Ten compasión de mí». Porque si el Señor, que era su Maestro, seguía ese camino de sufrimientos, ¿cuál iba a ser el camino de esos doce escogidos? Si el Señor iba a enfrentar la cruz, ¿hacia dónde irían sus doce discípulos?

Entonces, la autocompasión fue una manifestación seria en la vida de Pedro en su discipulado a Cristo. ¿Cómo ella se manifestó en este texto? Cuando el Señor mira a Pedro y le dice: *«¡Quitate de delante de mí, Satanás!»*. Él no está llamando Satanás a Pedro. Porque, cuando él dice: *«no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres»*, o *«tú no piensas de acuerdo con la mente de Dios, sino como los hombres»*, él está diciendo que Satanás encontró un lugar a través de la mente de Pedro.

Por eso, en esta obra de discipulado a Cristo, las Escrituras dan tanto valor a que nuestras mentes sean renovadas y transfor-

madras en la mente de Cristo. Y este fue un gran problema en la vida de Pedro. «Señor, ten compasión de ti». Y el Señor lo reprende: «Tú no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres». Hermanos, en esta obra del Señor de hacernos piedras vivas y transformarnos en piedras preciosas, ese enemigo es algo a ser tratado duramente; la autocompasión, la indisposición que tenemos hacia los sufrimientos, a no participar incluso de los sufrimientos de Cristo.

Pablo escribe en la epístola a los Colosenses: «Ahora... cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia» (Col. 1:24). Si nosotros no tenemos disposición de participar de los sufrimientos de Cristo, somos inútiles en la edificación de la casa de Dios. Cuando somos tocados incluso por el sufrimiento más leve, levantamos ese cartel: 'Vean todos; estoy sufriendo'. Cuánta necesidad tenemos que la obra de la cruz vaya al fondo de nuestra autocompasión. Y esta fue una lección que Pedro tuvo que aprender en toda su historia con el Señor.

Pasemos a Mateo capítulo 17. Veamos lo que ocurre aquí, en el monte de la transfiguración, en los versículos del 1 al 8. «Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd. Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo».

La vida natural de Pedro, así como también la nuestra, es tan fuerte, que aun en el monte de la gloria, en el monte de la transfiguración, contemplando toda aquella magnitud del Señor transfigurado, él consigue hablar. ¿Cómo alguien puede abrir la boca en una escena como ésa? Pero Pedro abre su boca, y una vez más le da consejos al Señor.

Estaba próxima la fiesta de los tabernáculos, una de las fiestas más importantes de Israel. Entonces, delante de la gloria del Señor transfigurado –y no sólo él, sino también Moisés y Elías–, Pedro debe haber imaginado: 'Vamos a pasar la mejor fiesta de

los tabernáculos de todos los tiempos'. Y ni siquiera pidió ayuda a Jacobo ni a Juan para hacer tres tiendas. Él dice: «Yo haré, si quieres...»³.

¿Usted puede ver aquí una capa de falsa espiritualidad? Primero, él dice: «*Bueno es para nosotros que estemos aquí*». Primero afirma eso. Y luego dice: «*Si quieres...*», y allí presenta su proyecto. «Haré tres tiendas: *una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías*». Porque nosotros queremos que el Señor venga a bendecir nuestros caminos y proyectos. No queremos conocer los caminos y proyectos del Señor; queremos traer la bendición del Señor hasta nuestros caminos. Esta era otra expresión fuerte en la vida natural de Pedro, y lo es también con nosotros.

El Salmo 1 dice así: «*Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos*». Nosotros no llamamos al Señor para bendecir nuestros caminos; nosotros somos bendecidos cuando andamos en los caminos del Señor. El Señor, antes de tener compromiso con las personas, tiene compromiso con Sus principios. Él tiene compromiso con Sus caminos. Por eso, cuando andamos en sus caminos, nosotros somos bendecidos. Entonces, esta fue otra dura lección que Pedro aprendió en su discipulado.

De piedras vivas a piedras preciosas

¿Usted puede ver la diferencia entre una piedra viva y una piedra preciosa? ¿Cuánto trabajo vino a hacer el Espíritu Santo en estas piedras vivas? Si él no realiza este trabajo, nosotros no podemos ser edificados como templo espiritual; somos apenas un montón de piedras vivas. Pero ese no es el interés de Dios; él quiere edificarnos como un templo, una casa espiritual, para su gloria.

Cuando nosotros somos piedras, llenas de aristas y puntas, no podemos ser ajustados ni sobrepuestos unos con otros. Hay muchas puntas y aristas. Y estos textos relativos a la vida de Pedro nos hablan de esas puntas y esas aristas – la arista de la autocompasión, la arista de los consejos y planes, la arista de la imaginación, la arista de los buenos caminos. El Señor necesita detener todo eso en nosotros, y cortar todas esas puntas, para que podamos ser ajustados y sobrepuestos como una casa espiritual.

³ Ante el silencio de Juan y Jacobo, el autor, al usar la primera persona, interpreta de esta manera el carácter impulsivo de Pedro.

Hermanos, volvamos a examinar el primer texto que vimos en Juan capítulo 1, el encuentro del Señor con Pedro. La intención del Señor era transformar a Pedro, aquel pedazo de barro, en una maravillosa piedra preciosa.

¿Ya notó usted que en todas las listas de los discípulos, el nombre de Pedro viene primero? Cuando usted mira aquella cita de los doce apóstoles como las doce columnas de la nueva Jerusalén, en Apocalipsis capítulo 21, desde el versículo 11, se describe la gloria de la nueva Jerusalén. Y entonces se dice que la nueva Jerusalén tiene una apariencia de jaspe, diáfana como el cristal. Y Apocalipsis 21:11 dice que ella tiene la gloria de Dios. Y cuando los doce apóstoles son citados como doce columnas, el primer fundamento es el jaspe. Entonces, hay una relación. El primer fundamento, el primero de los apóstoles, es Pedro. En todas las listas de los apóstoles en los evangelios, Pedro es el primero.

Cuando volvemos atrás, a Apocalipsis capítulo 4, usted puede colocar estos textos juntos. Hay una visión del trono de Dios en Apocalipsis 4. Y vea lo que se dice desde el versículo 3 en adelante – que Aquel que está sentado en el trono *«era semejante a piedra de jaspe»*. Éste es el Cordero de Dios. ¿Ven lo que está ocurriendo aquí, en la consumación de la obra del Espíritu Santo en Pedro? Pedro fue hecho semejante a su Señor. El primer fundamento es de jaspe. Y también el Cordero que se sienta en el trono tiene apariencia de jaspe. Porque Pedro fue transformado de gloria en gloria en la imagen del Señor.

Aquellos que han estudiado un poco de química, saben que no hay ninguna diferencia esencial entre el grafito de un lápiz, y un diamante. Ambos son puramente carbón. Sólo ese elemento químico – carbón. Pero el grafito es opaco, tan débil y barato. Cuando usted escribe con un lápiz sobre una hoja de papel, el papel es más fuerte que el grafito; por eso el grafito marca el papel. Sin embargo, cuando ese grafito es sometido a tiempo, presión y temperatura, tres elementos que nos hablan de la obra del Espíritu Santo – el tiempo de tratamiento de Dios, la presión de las circunstancias, la temperatura de las aflicciones- eso transforma al grafito en diamante. El grafito es opaco, oscuro, y no refleja luz. El diamante es purísimo. Cuando la luz incide sobre el diamante, éste no retiene nada para sí. El grafito absorbe toda la luz, pero el diamante refleja toda la luz.

Esto fue lo que el Señor hizo en la vida de Pedro. Pedro era

aquel que sólo se reflejaba a sí mismo; pero cuando el Señor completa su trabajo en la vida de Pedro, éste refleja la gloria del Señor. De grafito a diamante. El propósito del Señor es transformarnos en diamantes en su casa. Cuando la luz entra en el diamante, sufre una difracción, descomponiéndose en los siete colores que conforman la luz blanca. Es así como funciona. Entonces, si usted coloca un diamante delante de la luz, verá como un arco iris en él, porque la luz se divide en siete colores.

Ahora, vea bien, el diamante no es la luz, pero él refleja la gloria de la luz; es un instrumento que revela lo que la luz es. Si ponemos un diamante en la oscuridad, no revela nada de la gloria de la luz. Así somos nosotros en esa obra de transformación del Señor. Nosotros no somos la luz. El Señor dijo: «*Yo soy la luz del mundo*», y basado en eso, él pudo decir: «*Vosotros sois la luz del mundo*». Porque, en verdad, él es la luz, pero a medida que el Espíritu Santo entra en nuestras vidas y va purificándonos por la obra de la cruz, entonces la gloria de la luz va siendo vista a través de nosotros. Esto es lo que Pablo llama en Efesios «*la multiforme (la multifacética) sabiduría de Dios*». ¿Comprenden eso?

Cuando Gálatas 5:22 habla acerca del fruto del Espíritu, cita nueve aspectos. Vemos la luz pasando a través del diamante: «*Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza*». La luz está pasando por el diamante, y está reflejando esos nueve colores. El fruto del Espíritu no es nada más que el carácter de Cristo formado en nosotros. Es imposible tener fruto del Espíritu sin que el carácter de Cristo sea formado en nosotros.

El carácter de Cristo sólo puede ser formado en nosotros por la obra de la cruz. Gracias a Dios por el «*Tú eres*» y «*Tú serás*». Él nos ató a sí mismo, y nada nos separará de su amor. Nosotros oímos de él: «*Tú serás*», y nuestra confianza es que él nos va a ajustar como una piedra preciosa en ese templo espiritual. Y esa confianza no está basada en nosotros, sino en él mismo. Nosotros le oímos decir: «*Tú serás*». Entonces, la obra del Señor continúa en la vida de Pedro.

La lección del servicio

Veamos Juan capítulo 13. Ya leímos este texto anteriormente, cuando Juan dice que el Señor amó a los suyos hasta el fin. Juan 13:1-11 nos habla de cuando el Señor lava los pies de sus discípulo-

los. Pero quiero llamar la atención sobre la actitud de Pedro en ese momento. Vea cómo Pedro es ese hombre natural. Vea por qué él es este ejemplo del discipulado a Cristo. Lo que el Señor hizo con él es lo que el Señor quiere y necesita hacer en nosotros.

Los discípulos fueron invitados a aquella cena por el mismo Señor Jesús. Y ustedes saben que en aquel momento faltaba el esclavo que lavaba los pies de los convidados. El Señor hizo esto a propósito; no contrató a nadie para lavar los pies de los discípulos, porque él iba a enseñarles una lección terrible. Entonces, imagínense a Pedro sentado allí con los demás. Y el Señor empieza a lavar los pies en el extremo de la fila. Me imagino lo que Pedro estaba pensando mientras el Señor lavaba los pies de Mateo. ¡El Señor lava los pies de Mateo, ese publicano! Y el Señor va lavando un pie tras otro. Y Pedro ya estaba tramando qué iba a hacer.

¡Qué situación difícil para ese hombre natural! ¡Era su Maestro, era su Señor! La idea que él tenía del señorío era una idea tan elevada. Y el Señor se va acercando a Pedro. Pienso que los pelos de Pedro estaban erizados. Y cuando el Señor llega delante de los pies de Pedro, éste dice: «Señor, ¿tú me lavas los pies?». Y el Señor le responde: «*Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después*».

Usted ve que la respuesta del Señor fue evasiva. «...*lo entenderás después*». Pero Pedro necesita entender ahora, y le dice: «*No me lavarás los pies jamás*». ¿Cómo Pedro le puede decir eso al Señor, y continuar llamándolo Señor? Usted no puede decir «jamás» a lo que el Señor quiere hacer. Si no, usted es el señor y él es el siervo. Pero Pedro logra hacer esto. «*No me lavarás los pies jamás*». Entonces, el Señor dará una explicación más a Pedro.

El Señor es condescendiente con nosotros; él desciende a nuestro nivel, por compasión, por nuestra necesidad y nuestra lentitud. Entonces, él le dice así: «*Si no te lavare, no tendrás parte conmigo*». ¡Claro, Pedro quiere tener parte con el Señor! Aquí hay involucrado otro asunto muy especial. Aquí, el asunto no es la salvación, porque Pedro era alguien que ya pertenecía al Señor. El asunto es el servicio; es cómo Pedro puede ser transformado a la imagen de su Maestro, cómo él puede ser una piedra ajustada en Su casa, cómo puede expresar la mente del Señor en su servicio a él.

Entonces, cuando el Señor le dice: «*Si no te lavare, no tendrás parte conmigo*», observe que el Señor no le dice: «*No tendrás*

parte *en mí*», porque Pedro ya tenía parte en él. Así como nosotros. Nosotros ya pertenecemos al Señor, ya estamos en él. Pero la palabra que él usa es: «*No tendrás parte conmigo*», que habla de «un servicio junto a mí». Cuando Pedro entendió eso, se quiso sumergir en ese lavatorio. Entonces, Jesús dijo: «*El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio*».

Entonces, Pedro aprendió una lección más – la lección del servicio. Luego de esto, en el versículo 13, el Señor dice: «*Vosotros me llamáis Maestro, y Señor*». Observe en su Biblia el orden de estas palabras; primero Maestro, y luego Señor. Ahora, observen la respuesta del Señor en el versículo 14: «*Pues si yo, el Señor y el Maestro...*». Ellos llamaban al Señor, primero Maestro y luego Señor; sin embargo, él se refiere a sí mismo como Señor y Maestro. ¿Por qué ese cambio de palabras? Porque el Señor quiere enfatizar qué significa su señorío.

Señorío significa servicio. «*El que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos*» (Mar. 10:44). «*...el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor*» (v. 43). Entonces, Pedro aprendió esta dura lección en el lavamiento de los pies. Usted recuerda que antes de él, dos de sus discípulos, Santiago y Juan, también tuvieron problemas relacionados con la cuestión del señorío. Uno de los evangelistas dice que ellos, Santiago y Juan, no tuvieron el valor de hacer el pedido al Señor, porque allí se registra que la madre de ambos fue a hacer la petición.

Imagínense a esos dos hombres adultos enviando a su madre. La madre llega y dice: «*Señor, ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda*» (Mat. 20:21). Y el Señor les dice: «*No sabéis lo que pedís... Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así*» (Mat. 20:25-26). Esa es la lección que el Señor quiso enseñar a Pedro en el lavamiento de los pies.

«*Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros*» (Juan 13:14). Y para completar esa tremenda lección, el Señor les dijo: «*Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis*» (v. 17). No son bienaventurados por saberlas, sino «*si las hicieréis*». Esta es una lección tremenda para la vida de la iglesia – agacharnos y lavarnos los pies unos a otros. No importa la calidad de esos pies, no importan los caminos que ellos han andado; no importa nada. «*Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así*

la ley de Cristo» (Gál. 6:2). Fue así cómo Pedro aprendió esta tremenda lección.

Autoconfianza y seguridad en sí mismo

Pero, al final del capítulo 13 hay otra lección más, en los versos 36 al 38. Vea lo que ocurre aquí. Una vez más, Pedro es rápido para hablar: «*Señor, mi vida pondré por ti*». ¡Qué hombre especial! ¡Qué hombre valiente! ¡Qué hombre confiado en sí mismo! Este fue uno de los momentos que el Señor usó para empezar a quebrantar la autoconfianza de Pedro. Sólo comenzar, porque este es un asunto que toma todo el discipulado.

La autoconfianza y la seguridad en sí mismo son los mayores enemigos del discipulado a Cristo. Entonces Pedro dice: «*Mi vida pondré por ti*». Pero el Señor le replica: «*No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces*». Pero ustedes pueden ver que, inmediatamente, después que el Señor dijo esto, él dijo: «*No se turbe vuestro corazón*». ¿No es maravilloso nuestro Señor?

Después de afirmar a Pedro que lo iba a negar, él dice: «*No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre, muchas moradas hay...*». Como diciendo: 'Pedro, a pesar de ti mismo, yo te introduciré en el deseo de mi corazón. No se turbe tu corazón. Yo sé que tú eres débil; pero tú no sabes que eres débil. Yo te llevaré a través de estas experiencias, para que puedas ver cuán débil eres'.

«*Permaneced en mí, y yo en vosotros... porque separados de mí nada podéis hacer*» (Juan 15:4-5). Aprender el significado de estas tres palabras: «*sin mí nada*», nos lleva toda la vida de discipulado a Cristo. «*Sin mí nada*». Pedro necesitaba aprender esta lección. Pero, «*no se turbe vuestro corazón*».

Las últimas lecciones de Pedro

La próxima lección en la vida de Pedro está en Lucas capítulo 22. Estamos siguiendo un orden cronológico, tomando los últimos seis meses de Pedro con el Señor. Comenzamos en Mateo 16. En los seis meses finales, las lecciones del Señor se concentran sobre la vida de Pedro. ¿Sabe por qué? Porque el año lectivo está terminando, y Pedro necesita ser aprobado. El Señor concluirá su instrucción para Pedro. Él no lo dejará como una casa edificada hasta la mitad, una torre comenzada y no acabada. Entonces, el Señor concentra las lecciones en los últimos seis meses.

Ahora llegamos a Lucas 22, sólo unos días antes de que el Señor sea crucificado. En Lucas 22:54-62 está registrada la negación de Pedro. No se dice solamente que Pedro negó al Señor. En la narración de Mateo y también de Marcos se dice que Pedro maldijo, profirió anatema contra el Señor. Pedro no sólo negó al Señor, sino que dijo: «Ese hombre es maldito; no conozco a ese hombre». Ustedes saben que quien está detrás del evangelio de Marcos es Pedro, porque hay una infinidad de términos de pescadores en ese texto, y Juan Marcos no era un pescador.

Pedro registra muchos asuntos a través de la pluma de Marcos. Y él registra, en el evangelio de Marcos que él maldijo al Señor Jesús. En Lucas 22, vemos que el Señor Jesús entra en la casa del sumo sacerdote para ser juzgado por él. Pedro se queda afuera, cerca de aquella fogata, y allí niega al Señor tres veces. Y el texto allí, desde el versículo 60 hasta el final, dice que el Señor Jesús sale de la casa del sumo sacerdote. Pedro estaba lejos de él, allá en el patio. El Señor estaba preso, siendo juzgado; él no tuvo ningún contacto más con sus discípulos. Y entonces, él mira a Pedro fijamente.

Versículo 62: «*Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente*». Esto establece el fin de la vida de Pedro. Pedro fue de diez a cero; ahora él es un cero absoluto. Porque él dijo que el Señor era un maldito y un réprobo. No había más esperanza para Pedro. Él estaba completamente desilusionado.

Ustedes recuerdan lo que se registra en Marcos capítulo 16, cuando aquellas mujeres fueron al sepulcro a dejar especias aromáticas para el Señor. Ellas encontraron la piedra removida, entraron al sepulcro y vieron a un joven sentado al lado, el cual les dijo: «*No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí*» (v. 6). Y ese joven, ese ángel, les da un mensaje a esas mujeres. Quien registra esto es Marcos, porque en Marcos están las memorias de Pedro.

Entonces en Marcos 16:7, el ángel dice a las mujeres: «*Id y decid a sus discípulos, y a Pedro...*». «*Y a Pedro...*». ¡Qué palabras maravillosas! El Señor está ministrando un consuelo a aquel Pedro que dijo que Él era maldito. Pedro no halló más al Señor, y él recibe el mensaje de aquellas mujeres: «*Id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; y allí le veréis...*».

Ahora, llegamos al último pasaje, en Juan capítulo 21. Después de haber resucitado, «*el Señor Jesús, se manifestó a sus discí-*

pulos junto al mar de Tiberias». A siete discípulos. Observe que Pedro, siendo el líder, es el que dice: «*Voy a pescar*». Nada más natural que esto, porque Pedro está totalmente desengañado con respecto a él mismo. La única cosa que él sabe hacer es pescar. Él caminó tres años y medio con el Señor, y ahora lo llamó maldito, y lo negó. No tiene esperanza. «*Voy a pescar*». Entonces, trabajaron hasta la mañana y nada pescaron.

Tres años atrás, el Señor les había dicho: «*Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres*» (Mat. 4:19). Y ahora, estos pescadores profesionales van al mar de Galilea en la mejor hora del día, un lago lleno de peces, y no consiguen nada. Entonces, escuchan a un hombre allá en la playa, diciéndoles: «*Echad la red a la derecha de la barca*». Ellos no sabían que era el Señor. Entonces, arrojan la red a ese lado, y ven que la red comienza a llenarse de peces. Y Juan, en esa sensibilidad suya, le habla como en secreto a Pedro: «*¡Es el Señor!*».

Pedro estaba pescando en esa barca. Entonces, «*Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar*». ¿Usted ve a Pedro? Él es más rápido que los otros discípulos; y mucho más ahora, porque él negó a su Señor, porque él lo llamó un maldito, y él no tiene esperanza. Él va a pescar; es todo lo que él sabe hacer.

Así somos nosotros. Cuando estábamos en el mundo, éramos como una llave en una cerradura. Donde nosotros entrábamos, todas las puertas se abrían. Todo funcionaba muy bien. Pero después que el Señor nos llamó a él, los dientes de esa llave se quiebran. Cuando ahora volvemos al mundo, queremos volver a encajar en él, y vemos que estamos girando en falso. Nada más se abre, nada funciona. No tenemos ambiente, no tenemos regocijo, ni placer ni satisfacción.

Ese era Pedro. Él dice: «*Voy a pescar*». Pero nada. Entonces, cuando Pedro ve al Señor en la playa, se arroja al mar. La palabra dice que ellos no estaban lejos de la orilla, a no más de doscientos codos (más o menos noventa o cien metros). Entonces, Pedro nadó fácilmente de la barca a la playa, a pesar de que no era muy joven, cien metros. Cien metros desesperados, pues Pedro estaba lleno de ansiedad.

Ahora, amados hermanos, por primera vez, Pedro no habla nada. Él llega a aquella playa, ¿y sabe lo que él ve ahí? Un brase-ro. Veamos Juan 18:18. «*Y estaban en pie los siervos y los alguaciles*

que habían encendido un fuego; porque hacía frío, y se calentaban; y también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose». Se registra aquí que, cuando Pedro negó al Señor, estaba delante de un brasero. Esa expresión «*encendido un fuego*», es entonces un brasero.

He hablado de aquellos pares de palabras en el evangelio de Juan, ¿lo recuerdan? Aquí hay de nuevo un hermoso par. Brase-ro aparece dos veces, una en Juan 18:18, y la otra en Juan 21:9. Cuando Pedro va nadando hasta la playa, él ve allí un brasero, y sobre él un pez y también pan. El Señor les dice: «*Traed de los peces que acabáis de pescar*». Entonces, es Pedro quien va a tener la actitud de ir allá y traer la red. «*Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres*». No sé quién tuvo tiempo de contar eso; si fue Pedro, Jacobo o Juan. Pero ese es el registro de la Escritura.

Entonces, Pedro no abre su boca. Y el Señor les sirve el desayuno esa mañana. ¿Ustedes se dan cuenta de lo que él está haciendo con Simón Pedro? Está haciendo que la memoria de Pedro retorne a aquel brasero original, cuando él lo negó tres veces y dijo: «El Señor es maldito», cuando él dijo: «*No conozco a este hombre*».

Ahora, Pedro está delante de ese hombre, el hombre que le había enviado un mensaje diciendo: «Digan a Pedro que vaya a Galilea». Esas son las cuerdas de amor del Señor. Pedro era como alguien que se hubiese escapado de la presencia del Señor; mas, el Señor lo atrajo con cuerdas de amor. Él era un pez pescado por el Señor. Entonces, cuando él ve aquel brasero, su memoria retorna al brasero anterior. Tal vez por eso él no abrió su boca. Él no tiene justificación, no tiene explicaciones. Sólo su cobardía, su miedo, su inseguridad, su inestabilidad.

«¿Me amas?»

Entonces, el Señor compartió los alimentos con ellos. Debe haber sido la comida más silenciosa sobre la faz de la tierra. La Escritura dice que nadie osó decir nada. Entonces, el Señor le hace aquellas preguntas a Pedro. «*Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?*». Y la palabra que él usa es *ágape*, porque Pedro había dicho: «*Señor, mi vida pondré por tí*», y la palabra *ágape* significa un amor que entrega la vida, un amor que se sacrifica, un amor que va hasta el fin, hasta las últimas consecuencias.

El Señor le preguntó: «Pedro, ¿tienes *ágape* por mí? ¿Me

amas?». Y Pedro responde con la palabra *fileo*, que es un amor muy inferior, un amor de amistad, un amor de gustar del otro, de tener afecto por el otro; porque ahora él sabe que no es capaz de entregar su vida por el Señor. Entonces, el Señor le pregunta por segunda vez: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?». Nuevamente, él usa *ágape*. Y Pedro, de nuevo, responde con *fileo*.

El Señor le pregunta por tercera vez. Y Juan, en el capítulo 21, registra que, cuando el Señor preguntó por tercera vez, Pedro se entristeció, porque él había negado al Señor tres veces. Cuando el Señor hace la tercera pregunta, usa la palabra *fileo*. Es el Señor quien descendió al nivel de Pedro. «Pedro, ¿tú tienes *fileo* por mí?». Y Pedro le dice: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo».

En seguida, después de este pasaje, el Señor le dice a Pedro: «De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios». Y la última palabra del Señor, registrada por Juan, para Pedro, fue la misma que él había oído tres años y medio antes: «Sígueme». «Sígueme... Tú eres Simón... Tú serás Pedro».

El Señor concentró aquellos seis meses de lecciones tan profundas en la vida de Simón. Redujo a Simón de diez a cero. Transformó ahora a Simón en una piedra ajustable en Su casa, de tal manera que ahora Simón Pedro podría morir para glorificar a Dios. ¡Gracias al Señor por su fidelidad!

Nuestro amor al Señor es como grafito; pero el amor de él hacia nosotros es como diamante. Nosotros también oímos de él: «Tú eres... pero tú serás». Que seamos sensibles al trabajo del Espíritu Santo en nuestras vidas. Él desea cortar de nosotros todas esas puntas que interfieren con la edificación de Dios. «Fiel es el que os llama, el cual también lo hará» (1^a Tes. 5:24). «El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Flp. 1:6). «...después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria. Amén» (1^a Pedro 5:10).

4

EL NUEVO HOMBRE

«Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir. Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; por que ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Por que así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro» (Rom. 5:12-21).

Hermanos, hemos visto hasta aquí la visión relacionada con la casa de Dios: la casa de Dios como familia del Padre, la casa de Dios como cuerpo del Hijo y la casa de Dios como templo del Espíritu Santo. Siendo así, entonces nosotros somos sus hijitos, somos miembros de ese cuerpo y somos piedras vivas en ese templo espiritual.

Sabemos entonces que, cuando el Señor lleve a cabo aquello que ya inició en nosotros, el Dios trino habrá realizado completamente las intenciones de su corazón: el Padre, con su familia de hijos semejantes a su Hijo unigénito; el Hijo, con un cuerpo de muchos miembros donde él se puede expresar perfectamente, y el Espíritu Santo, con su templo de piedras vivas espiritua-

les, donde él podrá proclamar su luz, porque fuimos llamados «de las tinieblas a su luz admirable» 1ª Ped. 2:9).

Ahora continuaremos con este mismo asunto de la casa de Dios, pero lo enfocaremos desde otro ángulo. Ustedes conocen las verdades, especialmente aquellas que son más centrales de la palabra de Dios, y muchas de estas verdades deben ser abordadas desde más de un ángulo, para que no sólo tengamos una visión más completa, sino para que tengamos una visión equilibrada.

Cuánta dificultad tenemos cuando enfocamos una verdad apenas por un lado; es como querer que un avión o un pájaro vuelen sólo con un ala. Entonces ahora veremos desde otro ángulo la casa de Dios. Entonces compartiremos un poco sobre el nuevo hombre personal y el nuevo hombre corporativo. La Biblia tiene mucho que decirnos sobre esta grandiosa verdad.

Este nuevo hombre corporativo, como vamos a ver, es la casa de Dios, el lugar de habitación de Dios. Es un nuevo hombre corporativo, que tiene al nuevo hombre personal, que es el Señor Jesús. Él es el nuevo hombre personal, y él fue constituido, por su muerte y resurrección, la Cabeza de un nuevo hombre corporativo. A esta maravillosa entidad, podemos llamarla *el nuevo hombre de la nueva creación*.

Entonces, me gustaría que ustedes me acompañasen, con mucho cuidado y mucha atención, en Romanos 5:12-21, para que el Espíritu Santo tome la palabra escrita y la transforme en una palabra viva, revelada a nuestros corazones. Hemos visto, desde el principio, que esta es nuestra necesidad mayor – «*Sin profecía el pueblo se desenfrena*», es decir, donde no hay visión, el pueblo se corrompe.

El viejo hombre

¿Ustedes percibieron cuántas veces en el pasaje que hemos leído aparecen las expresiones «un» y «uno solo»? Uno solo, una sola trasgresión, un solo acto de justicia. Siempre uno, uno y uno. Porque lo que estos versículos hacen es enfatizar por un lado lo que Adán es y, por otro lado, lo que Cristo es, lo que Adán hizo y lo que Cristo hizo. Por eso, al comienzo del capítulo 6, ustedes van a observar la expresión «*el viejo hombre*».

Romanos 6:6 dice: «...*nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él*». O sea, aquel hombre que Dios creó con la intención

original de responder a su eterno propósito, se volvió completamente incapaz de responder a ese eterno propósito. Entonces, este hombre creado por Dios originalmente, cuando pecó, se tornó un viejo hombre.

Sería muy importante que comprendiésemos la expresión «viejo hombre». Viejo hombre significa aquel hombre caído, que no puede responder a la voluntad de Dios. Todos nosotros nacimos de ese mismo tronco del viejo hombre; Adán es la cabeza federal o universal de toda esa raza. Nada podría ser engendrado de esa raza que fuese diferente de su cabeza. Él es el originador de la raza; todo lo que está en él es transmitido a la raza.

Por eso, un poco más adelante, en Romanos 8, Pablo usa una palabra para explicar esa naturaleza adánica pecaminosa, y el nombre que Pablo usa para esa naturaleza es «carne». Él dice: «...los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (Rom. 8:8), porque esta carne no está sujeta a la ley de Dios, y Pablo dice también que ella no puede estarlo. Esa es la enseñanza del capítulo 8 de Romanos. Entonces, la naturaleza adánica pecaminosa y la carne, son la misma cosa. Una naturaleza que recibimos por nacimiento. Compartimos esa incompatibilidad de responder a los propósitos de Dios.

Cuando vamos al libro de Efesios, donde enfocaremos más nuestra atención hoy, encontramos un maravilloso contraste con Romanos. Vamos a ver allí tres versículos.

Un solo y nuevo hombre

«Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Ef. 2:10). Observe la palabra «creados» y vea, como ya hemos dicho, el cuidado que necesitamos tener en el estudio de las Escrituras. La palabra «creados» es una de enlace en esta epístola a los Efesios. Observen dónde aparecerá en la próxima vez. Efesios 2:15: «...aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para **crear** en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz».

Además, me gustaría llamar la atención sobre Efesios 4:24: «...y vestíos del nuevo hombre, **creado** según Dios». El nuevo hombre es el asunto clave de Efesios, el nuevo hombre corporativo, «...el nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad». ¿Ustedes se dan cuenta de lo que ocurrió aquí, entre Ro-

manos y Efesios, en los textos que vimos? En Romanos, vemos que aquel Adán caído se vuelve un viejo hombre. ¿Y qué vemos en Efesios? Que Dios toma una actitud, y él **crea** –por eso, esta palabra es importante– él crea, él comienza de nuevo. Él crea un nuevo hombre. Y, como dice el capítulo 2 versículo 15, él crea «*en sí mismo*» un nuevo hombre.

Entonces, hermanos, en primer lugar, después que Adán cayó, el nuevo hombre personal es el propio Señor Jesús. Necesitamos colocar, en medio de esta unión, un texto más, para que ustedes puedan ver con claridad la conexión entre Romanos y Efesios.

«Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial» (1ª Cor. 15:45-49).

¡Qué tremendo texto es éste, hermanos! Leamos cuidadosamente, una vez más, el versículo 48. «*Cual el terrenal, tales también los terrenales...*». Como fue el primer hombre, el terrenal, así son también los hombres terrenales. ¿Ven que esa frase explica exactamente lo que acabamos de poner aquí? Adán es la cabeza federal de una raza caída. Tal como fue el terrenal, así son los demás terrenales; no hay otra alternativa para ellos. Ahora, vea la próxima frase de este versículo 48: «*...y cual el celestial, tales también los celestiales*». Y como es el hombre celestial, tales son también los hombres celestiales.

Entonces, aquí se afirman dos hechos: Que Adán es terrenal, y tal como él es, así son los otros terrenales; que el segundo hombre es celestial, y tal como él es, son también los demás hombres celestiales. Ustedes pueden ver que hay dos razas aquí. Dos cabezas. Cuán importante es que veamos esto por revelación, no sólo por doctrina o enseñanza. Nunca apreciaremos los textos de la palabra de Dios, que dicen, por ejemplo, que fuimos trasladados desde la potestad de las tinieblas al reino del Hijo de su amor –de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz–, a menos que tengamos claridad de lo que está escrito en 1ª Corintios 15:48.

Para que Dios crease un hombre que pudiese responder a su propósito eterno, él tenía que comenzar aquello en él mismo; por eso el Verbo fue hecho carne. Cuando el Verbo es hecho car-

ne, Dios comienza en él una nueva raza. Él no procura reformar nada de lo que hay en la primera raza. Cuánto tiempo podemos perder como cristianos tratando de hacer que nuestro viejo hombre sea un buen cristiano. Nuestro viejo hombre nunca va a ser un buen cristiano; ni siquiera puede ser un cristiano.

«...los que viven según la carne no pueden agradar a Dios». La carne no está sujeta a la ley de Dios, y ni siquiera puede estarlo. Cuando nosotros vemos eso con claridad espiritual, admiramos la verdad del nuevo nacimiento. Nosotros somos colocados en unión con la Cabeza de una nueva raza. Todo lo que hay en él es nuevo. «*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*» (2ª Cor. 5:17).

¡Qué admirable es este versículo! Quizás la mayoría de nosotros lo sabe de memoria, y tal vez lo citamos sin mucha comprensión. Este versículo está hablando sobre estas dos razas. Dos cabezas, dos inicios, dos resultados, dos consecuencias. Aquel que está en Cristo es una nueva creación; todo en él se hace nuevo. Por eso, leemos en Efesios 4:24 que ese nuevo hombre ha sido «*creado según Dios*». Si el primer hombre se volvió incapaz de responder, el segundo hombre respondió completamente. Este segundo hombre es «*creado según Dios –de acuerdo con Dios– en la justicia y santidad de la verdad*».

Entonces, hermanos, necesitamos de la visión espiritual para ver con claridad estos dos mundos completamente distintos, y a cuál de ellos pertenecemos nosotros. Sí, todavía hay un viejo hombre en nosotros, pero ya no pertenecemos más a él. Y esto nos aclara de una manera maravillosa la verdad del bautismo. El bautismo es el fin de una raza y el inicio de una nueva raza; él testifica esa tremenda verdad espiritual.

Visión y vocación espiritual

Vamos nuevamente a Efesios y veamos qué es lo que Pablo, por el Espíritu, tiene que decirnos con respecto a este nuevo hombre de la nueva creación.

Primero, el libro de Efesios tiene seis capítulos, que pueden ser divididos exactamente en tres de un lado y tres de otro. Son tres capítulos de visión espiritual y tres capítulos sobre vocación. No hay cómo separar ambas cosas. Todo nuestro estilo de vida, o nuestra ética, siempre será el resultado de nuestra visión; no hay cómo ser diferente. Nosotros vamos a vivir de acuerdo

con lo que vemos; esa visión espiritual gobernará toda nuestra ética o estilo de vida. Tres capítulos sobre la visión espiritual. Y los tres últimos capítulos se refieren a la vocación. ¿Qué es la vocación? Es nuestra respuesta a esta visión.

Vamos a intentar ver un poco de ambas cosas: visión y vocación. Entonces, en primer lugar, guarde esto en su mente: Dios comenzó una nueva raza en el segundo hombre. Nunca pierda de vista aquellos dos títulos del Señor Jesús allí en 1ª Corintios 15. El texto dice que él es el último Adán y el segundo hombre. ¿Lo hemos leído así? «*El último Adán*», porque en él Dios coloca todo lo que es espiritualmente contrario a sí mismo.

El Señor Jesús, en la cruz del Calvario, es el último Adán, en el sentido de recibir sobre él todo aquello que no responde a los propósitos de Dios: la maldición, el pecado, la condenación, la muerte. Todo lo que no responde a los propósitos de Dios. Es el último Adán; no hay ningún otro después de él. Y, por ser el último Adán, todos los que se colocan en unión con él, por la fe, pueden participar de la naturaleza de un nuevo hombre; porque él es el último Adán.

El segundo título que aparece en 1ª Corintios 15, es «*el segundo hombre*». Mas, hermanos, entre Adán y Cristo hubo muchos hombres; pero, en lo que concierne a la visión de Dios, sólo hay dos hombres. Es como si Dios no viese a los otros hombres después de Adán, porque todos los hombres posteriores a Adán son iguales a éste. No hay un nuevo principio, no hay un nuevo comienzo, no hay nada nuevo. Todo es viejo; es el viejo hombre, incapaz, muerto, esclavo, condenado, rebelde.

Entonces, el Verbo de Dios, aquel que estaba con Dios, aquel que es Dios, es hecho carne, y planta su tienda entre nosotros. Puso su tabernáculo entre nosotros. Cuando Juan puede contemplar eso, dice: «...y vimos su gloria, gloria como del **unigénito**...». No hay nadie igual a él. Él no se asemeja a ningún otro hombre; no hay nada en él que sea semejante a Adán, al Adán caído. Él es un nuevo hombre. «...y vimos su gloria, gloria como del **unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad**» (Juan 1:14).

Y el Señor Jesús, en sí mismo, tenía tanta claridad acerca de su misión, del propósito por el cual vino, que él dice así: «*Si el grano de trigo –el grano, en singular, unigénito– no cae en la tierra –eso significa encarnación; el Verbo fue hecho carne– y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto*» (Juan 12:24). Tal como es el

hombre celestial, también son los demás celestiales. Un grano... mucho fruto. Ese es nuestro Señor Jesús.

Cuando nuestro Señor Jesús estaba en la cruz, después que él clama: «Consumado es», Juan 19:34 dice que «uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua». No sólo sangre, sino sangre y agua. ¿Por qué sangre y agua? Porque la sangre es para tratar con todo aquello que es la vieja creación. «Sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (Heb. 9:22). Pero no sólo salió sangre de su costado, sino también agua; porque la sangre es para remisión, mas el agua es para regeneración. Sangre – último Adán; agua – segundo hombre. La sangre, lidiando con todo aquello que es el último Adán; y el agua, para iniciar a todo aquello que es del segundo hombre.

Nuestra realidad espiritual

Entonces, cuando ese grano de trigo cayó en tierra, él creó en sí mismo un nuevo hombre. Esa es la enseñanza de Efesios. Por eso, hermanos, cuando vamos a este libro, nuestra oración es la misma que hizo Pablo en el primer capítulo: «...que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación...», porque esto no es un asunto académico. Probablemente ustedes ya han oído esta verdad otras veces, pero, ¿cuánto de la realidad espiritual de ella tenemos en nosotros?

Realidad espiritual, es lo que Dios busca. El camino para la realidad espiritual es la revelación, y el único que nos puede dar revelación espiritual es el Espíritu Santo. Como dijimos al principio, la revelación es una apertura al reino de la realidad espiritual. Que el Señor nos ayude en esto.

Cuando vamos al capítulo 2 de Efesios, veremos otra palabra de vínculo. Vea cuán importante es el versículo 2:10. «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas». Anteriormente, ya hablamos sobre «hechura», o poema de él; y la palabra «creados», que también aparecen en el versículo 10.

Ahora, una palabra más en el versículo 10: «Dios preparó de antemano para que anduviésemos...». En Efesios, la palabra *andar*, es una de las palabras más importantes. Vean Efesios 2:2. Describiendo nuestra vida en la vieja creación, dice: «...en las cuales anduvisteis en otro tiempo», en delitos y pecados. Y el versículo 3: «...entre las cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo» –

»*anduvimos*», en la versión en portugués. Por segunda vez, la palabra *anduvimos*. Y la tercera vez en el versículo 10.

La cuarta vez que esta palabra aparece en esta epístola está en Efesios 4:1: «*Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis...*». ¿Se da cuenta que la palabra *andar* es una palabra de ligazón en esta carta? Y aún no terminan las menciones de esta palabra. «*Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles...*» (4:17). «*Y andad en amor...*» (5:2). «*Mirad, pues, con diligencia cómo andéis*» (5:15). La palabra *andar* aparece muchas veces en esta carta, porque ella habla de la manera en que nuestra visión se va a reflejar en nuestra vocación. ¿Percibe, hermano, la importancia de esto? Si nuestra vocación no responde a la visión, nosotros no somos convertidos; estamos engañados, porque la vocación tiene que corresponder a la visión.

Entonces, hay tres capítulos de visión y tres capítulos de vocación, y la palabra de enlace aquí es *andar*. «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*» (Ef. 2:10). Entonces, ¿por qué es importante conectar Efesios 2:10 con Efesios 4:1? Porque, si no, vamos a interpretar mal estas «*buenas obras*».

Si preguntamos ahora cuáles son las buenas obras que Dios preparó para que anduviésemos en ellas, ¿cómo respondería usted? Tenemos la respuesta a partir del capítulo 4. Entonces, miremos un poco en esta vocación, entrando en el terreno práctico de la visión.

Prisioneros de Cristo

«*Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados*» (Ef. 4:1). Este primer versículo, de estos tres capítulos relacionados con la vocación, comienza con la expresión: «*Yo, pues, prisionero en el Señor...*». La única manera de poder vivir la vida de iglesia, la única manera de responder en nuestra vocación a la visión que tenemos, es siendo prisioneros de Cristo Jesús. Ninguno de nosotros puede vivir la vida de iglesia, a menos que sea prisionero de Cristo Jesús.

¿Usted recuerda aquella ordenanza sobre los esclavos en el Antiguo Testamento? ¿Recuerda que, después de servir a su señor durante seis años, tenían derecho a la libertad, a una carta de libertad? Pero, si él no quería esa libertad, tenía que hacer una confesión pública. Ese siervo tenía que llamar a algunos tes-

tigos, debía ir a la puerta de su señor y hacer una declaración. Y su declaración era: «Yo amo a mi señor, mi mujer y mis hijos; no quiero salir libre». Entonces él era llevado hasta la puerta, y su oreja era perforada allí por una lesna.

En aquellos tiempos, cualquier esclavo que fuese visto con la oreja perforada, no necesitaba decir palabra alguna. Era un testimonio vivo de que él amaba a su señor, sin palabras. En el Salmo 40, cuando David habla sobre esto, dice: «*Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos*». Y Hebreos 10:5, 7, cuando habla sobre el Señor Jesús, también cita ese texto como siendo palabras del propio Señor Jesús, cuando él dice al Padre: «*Sacrificio y ofrenda no quisiste... He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí*».

Entonces, en este nuevo hombre personal, en este nuevo hombre individual, el Hijo de Dios encarnado, Dios comienza una nueva creación. Y todos aquellos que creen en él son unidos con él y reciben de él todo lo que él es y todo lo que él tiene. ¿Cuál es el resultado de eso? Que andemos como es digno de la vocación con que fuimos llamados. Esto es simplemente otra manera en que Pablo expresa lo que dice Juan en Juan 15:4: «*Permaneced en mí, y yo en vosotros*».

Entonces, ser prisionero de Cristo Jesús es la única manera de vivir la vida de iglesia. Si fuéramos prisioneros los unos de los otros, si fuéramos prisioneros de la alabanza o la honra, si fuéramos prisioneros de motivaciones propias o de nosotros mismos, seríamos un fracaso en la vida corporativa; porque la clave para la vida de la iglesia es que seamos prisioneros de Cristo Jesús. Nosotros no servimos a los otros por ellos mismos, sino porque somos siervos y prisioneros de Cristo Jesús.

El cielo en la tierra

La segunda palabra importante en Efesios 4:1 es la palabra *digno*. Esta palabra, en el original, habla muy fuerte, porque significa «*armónico*». ¡Qué bella palabra es ésta! En el nuevo hombre, el Señor Jesús, nosotros tenemos la música; y en nosotros mismos, tenemos la danza. Entonces, él es el Maestro, y nosotros estamos danzando de acuerdo con su música. «*...que andéis de modo armónico con la vocación con que fuisteis llamados*». Armonía. Tal como es el hombre celestial, tales son también los celestiales.

Hermanos, todo lo que hay a partir del capítulo 4 de Efesios,

puede ser descrito en una frase – el cielo en la tierra. ¿Recuerdan cuando, a partir de Efesios 5:22, Pablo va a hablar sobre la relación entre marido y mujer? «*Las casadas estén sujetas a sus propios maridos... Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo...*». «El cielo en la tierra», es la frase que resume nuestra vocación.

Cuando aquellos incrédulos primitivos, aquellos paganos, vieron la vida de iglesia a través de nuestros primeros hermanos, dice un historiador cristiano que el mundo romano quedó impresionado de ver a aquellos hombres que antes trataban a las mujeres como simples objetos de uso personal, y viendo a aquellas mujeres que trataban a sus maridos como si fuesen tiranos, y tenían toda una amargura contra el sexo masculino, porque eran usadas y abusadas; entonces, en medio de esa esfera, surgió el cielo.

Aquellos paganos, que antes no conocían al Señor, ahora creyeron en el Señor Jesús, y ahora aquel mundo romano comenzó a ver hombres que amaban a sus mujeres, que se entregaban por ellas, que las pastoreaban con la palabra, las lavaban en el lavamiento del agua por la palabra. Comenzaron a ver a aquellas mujeres, que se sometían voluntariamente a sus maridos. La sujeción era una palabra inadmisibles en el mundo griego; en el corazón de aquellas mujeres, eso era totalmente imposible.

Sin embargo, ahora, aquel pueblo estaba viendo una realidad, completamente inexplicable, entre ellos. Entonces, ese historiador dice que ese fue el mayor impacto del testimonio de la iglesia en el primer siglo, aun mayor que el martirio de los hermanos en la arena. Porque esos hogares en Cristo eran testimonios vivos de quién es el propio Señor, de la gracia del Señor. No es por menos que, al final del primer siglo, de cada dos ciudadanos romanos, uno era cristiano. Tal fue el impacto de las familias cristianas en medio de aquel paganismo.

Rasgos de la vocación celestial

«...que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados». Quiero resumir esta vocación en cinco palabras: amor, unidad, diversidad, madurez, pureza. Estas son las secciones a partir del capítulo 4 de Efesios. Vean los versículos 1 y 2. Ya leímos

el versículo 1. El versículo 2 dice: «...*con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor*». Esta es la primera marca de nuestra vocación, resumida en la palabra amor. Todo lo que está contenido antes, está integrado en la palabra amor.

«...*con toda humildad, mansedumbre, longanimidad o paciencia, soportándoos los unos a los otros en amor*». Esta es la primera marca de nuestra vocación celestial. Si nosotros somos el pueblo de Dios, debemos ser marcados por estas realidades, porque nosotros somos el cielo en la tierra.

Hermanos, nosotros sabemos algo sobre esta palabra «*humildad*». Pero pienso que a veces creemos que la humildad es pensar poco con respecto a nosotros mismos. Pero, en verdad, la humildad no es eso; porque la humildad ni siquiera piensa en sí misma. A veces pensamos que la mansedumbre es falta de energía, pasividad; pero la mansedumbre no es eso. La mansedumbre es fuerza bajo control. Nuestro Señor no era omiso o inactivo.

Nuestro Señor tenía toda aquella su fuerza, su poder, bajo control. Él se podía entregar, entonces, a aquellos que lo llevarían a la cruz. Ninguno le quitaba su vida, porque él tenía todo poder. «*Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar*» (Juan 10:18). Eso es mansedumbre.

«...*con longanimidad...*». ¿Cómo podemos vivir la vida de iglesia sin humildad, sin mansedumbre, sin longanimidad? ¿Sabe lo que significa longanimidad? Significa que la bomba está muy lejos del comienzo de la mecha. Cuando usted enciende la mecha, hay un hilo muy largo hasta la bomba. Este es el sentido de longanimidad. Entonces, sólo a medida que la vida de Cristo va siendo formada en nosotros, y el carácter de Cristo es formado en nosotros, es que tenemos longanimidad.

Nuestro Señor pudo esperar todos esos años hasta enviar el diluvio. Él le dio una profecía a Enoc, de que toda la raza sería juzgada; pero Matusalén, el hijo de Enoc, fue el hombre que más tiempo vivió sobre la tierra. Dios retardó tanto su juicio en la persona de Matusalén, por causa de su longanimidad. Y nosotros necesitamos de esto para vivir nuestra vocación. Cuán rápidos somos para reaccionar ante todo lo que nos sobreviene, porque más de la longanimidad de Cristo necesita ser formada en nosotros.

Luego viene otra hermosa palabra que es: «*soportándoos*». ¡Cómo vivir la vida de iglesia sin soportarnos! Y pienso que aquí, de nuevo, cometemos un error; porque pensamos que soportar aquí es tolerar o aguantar. Entonces, los hermanos siempre dicen: ‘Yo estoy sufriendo algo de este hermano, pero necesito tolerar, necesito soportar, necesito aguantar’. Pero este no es el sentido de la palabra. El sentido de la palabra es «ser un soporte». Significa que usted coloca su hombro debajo de la debilidad de su hermano. «*Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo*» (Gál. 6:2).

«...*soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor*». Entonces, la primera sección habla sobre el amor. Es la primera marca de la vida de iglesia. «*Que os améis unos a otros, como yo os he amado*» (Juan 15:12).

Después, desde el versículo 3 hasta el versículo 6, no comentaremos nada; sólo citar esta sección, cuyo énfasis es la unidad. Son siete factores de nuestra unidad espiritual: «...*un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos...*». Unidad. Guardando la unidad del Espíritu. Ya somos uno, por el Espíritu de Dios. Tenemos una Cabeza, un Señor, un Espíritu, un cuerpo. Preservando lo que ya tenemos.

Desde los versículos 7 al 12, hay un énfasis muy precioso con respecto a la diversidad. Entonces, él va a pasar de «uno» a «cada uno». Vea que en el versículo 7, él ya coloca la expresión «*cada uno*»: «*Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia*». Pero luego va a decir, en el versículo 11, que él estableció esos cinco ministerios.

Los dones dados a la iglesia

Entonces, dentro de este asunto de la diversidad mencionada aquí, la primera cosa importante que necesitamos ver es que todos nosotros estábamos cautivos. Vea que el texto citado aquí es Salmo 68:18: «*Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad...*». Ahora, si usted lee el Salmo 68:18, verá que la palabra usada aquí por Pablo no es exactamente la palabra que aparece allá en el Salmo. En el Salmo 68, de donde se obtuvo este versículo, dice así: «*Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, tomaste (o recibiste) dones para los hombres*». Pero la cita aquí en Efesios es: «...*dio dones a los hombres*».

¿Puede ver usted que aquí hay una combinación maravillosa? Cuando el Señor Jesús descendió al Hades, él recibió hombres como dádivas, incluyendo los rebeldes. ¿Y qué hizo con ellos? Él los compró, los santificó, los equipó, y él los envía, los concede, a la iglesia. «*Concediste (o diste) hombres como dádivas*» – en la versión en portugués. Porque esta traducción que nosotros tenemos: «...*dio dones a los hombres*», es un poco ambigua. Porque esos dones allí, no son dones; son personas.

Por causa de lo que dice el versículo 11, ¿quiénes son los dones que fueron concedidos allí? Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. ¿Con qué finalidad? ¿Hemos entendido nosotros que estos ministerios funcionan como los andamios de una construcción, que la gloria no está en los andamios, sino en la propia construcción, y qué, cuando Dios termine la obra, él va a tirar esos andamios?

Cuán importante es que nosotros veamos estos ministerios, llamados fundamentales, de esta manera. Ellos no fueron dados por Dios para estar sobre los hombros de los hombres, sino por debajo de ellos, como andamios, soportes, para que los santos sean equipados, para que entonces los santos puedan desarrollar su servicio. Entonces, estos hombres-dones no harán el servicio en lugar de la iglesia; ellos van a equipar a la iglesia para que ella haga su servicio, con miras al perfeccionamiento de los santos. Cuán importante es comprender esto.

Estos ministerios no llaman la atención sobre sí mismos. La realidad de la vida de Cristo, del carácter de Cristo, debería ser lo que se ve en la vida de ellos. Cuando usamos un andamio para una construcción, usted no se preocupa en toda la noche de aquellos albañiles que están trabajando allí, y ellos no se preocupan al final del día de limpiar el andamio. Pero se preocupan de limpiar la obra, limpiar la construcción. La atención no está en el andamio, sino en la construcción. La casa se pinta, pero el andamio no. La gloria está en la casa.

Entonces, esta es la función de esta diversidad ministerial, como Dios la estableció en el cuerpo de Cristo: no llamar la atención sobre sí mismos. Usted sabe que es muy peligroso colocar una de estas plataformas y hacernos subir cuatro pisos, porque el hombre no puede subir ni un solo piso; mucho menos cuatro pisos. Es muy peligroso, porque nosotros miramos a los santos desde arriba para abajo.

Está claro, yo no quiero colocar el énfasis en el asunto literal; estoy usando esto como ilustración de algo espiritual. Aquellos que actúan en estos ministerios fundamentales, no pueden mirar a los santos desde arriba hacia abajo; ellos tienen que mirar a los santos desde abajo hacia arriba, para que los santos sean equipados, alentados, perfeccionados, lavados, y para que puedan desarrollar su servicio.

Vean que es exactamente esto lo que está escrito en el versículo 16: «...*de quien todo el cuerpo* –todo el cuerpo, no sólo cinco ministerios– *bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor*». ¿No es maravillosa esta sección? Comienza con el amor, en el versículo 2 y termina con el amor en el versículo 16. Amor al principio y amor al final.

Amor, unidad, diversidad y madurez. Entonces, en los versículos 13 al 16, cada uno de ellos apunta a la madurez. Vea el versículo 13: «*a un varón perfecto*». Verso 14: «*para que no seamos niños*». También nos habla de madurez. Versículo 15: «*crezcamos en todo*». También madurez. Y el versículo 16: «*recibe su crecimiento para ir edificándose en amor*». Todos estos cuatro versículos nos hablan sobre la madurez, porque esta es la meta de Dios para la vida de la iglesia. A medida que avanzamos en nuestra vocación, Cristo va siendo formado en nosotros; entonces, esta es la gloria de la iglesia.

Para concluir, hermanos, a partir del versículo 17 del capítulo 4, Pablo nos va a hablar sobre la pureza. Entonces, tenemos amor, unidad, diversidad, madurez, pureza.

La escuela de Cristo

En los versículos del 17 al 24, tenemos también una hermosa sección. Permítanme compartirles rápidamente algo sobre ello. De los versículos 20 al 24, en esta sección, nosotros tenemos «la escuela de Cristo».

Pablo nos habla así en estos versículos: «*Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo*». Observe la expresión «*a Cristo*». No es «de Cristo», porque no es como un profesor enseñando y un alumno aprendiendo. Si un profesor tiene mal carácter, y es un profesor de física, su alumno puede aprender física de él, pero no necesita aprender su carácter. Porque el carácter del profesor,

y su materia, que es la física, no tienen nada que ver lo uno con lo otro. Pero, cuando estamos en la escuela de Cristo, nosotros no aprendemos «de Cristo», sino que aprendemos «a Cristo». ¿Comprende?

Usted ve por qué el Señor habló así en Juan 6:63: «*Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida*». No son doctrina o enseñanza, o teología, sino «*espíritu y vida*», porque así es la escuela de Cristo: nosotros aprendemos «a Cristo». Cuán importante es que la palabra de Dios permanezca en nuestros corazones. «*La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros*» (Col. 3:16). Porque la palabra de Cristo es Cristo. Cuando la palabra de Cristo permanece en nosotros, Cristo permanece en nosotros. Aprender a Cristo, por la palabra de Cristo; esta es la escuela de Cristo.

Entonces, vea el siguiente versículo, que dice así: «...*si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él (en él) enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús*» (Ef. 4:21). Mire este versículo, para que vea la escuela de Cristo. La escuela de Cristo funciona así: él es el Maestro, él mismo es la enseñanza, y él mismo es la sala de clases. Porque dice: «Vosotros habéis sido enseñados en él», y no «enseñados de él», sino «enseñados en él». ¿Comprendió? Él es el profesor, él es la enseñanza y él es la sala de clases. Él es la atmósfera donde nosotros aprendemos. Nosotros somos instruidos en él.

Este es uno de las razones de la importancia de la reunión de la iglesia. Yo creo que eso es lo que el Señor quiso decir cuando dijo: «*Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (Mat. 18:20). Porque allí hay una atmósfera espiritual; no es una cuestión de seminario, no es académico, no es intelectual. «En él fuisteis enseñados». Él es el ambiente en el cual somos enseñados.

¿Y sabe cuál es el resultado de esa escuela? Mire los versículos 22 al 24. Cuando aprendemos en esta escuela real de Cristo, cuando hay realidad espiritual en esta escuela, el resultado son los versículos 22, 23 y 24. En primer lugar, somos despojados del viejo hombre. ¡Qué maravilla, hermanos! Esa no es una actividad nuestra propia. Nosotros somos desvestidos en la escuela de Cristo, porque lo estamos oyendo a él mismo, recibiendo las palabras que son él mismo, siendo instruidos en él mismo, y el resultado es que nosotros nos despojamos del viejo hombre. Y ese es el lado negativo.

Una mente renovada

Pero entonces, el versículo 23 da un paso más: «...y *renovaos en el espíritu de vuestra mente*». Somos renovados en el espíritu de nuestro entendimiento. ¡Qué hermosa es esta palabra! El espíritu de nuestra mente, es una palabra curiosa que Pablo usa.

Nosotros sabemos lo que es la mente y lo que es el espíritu. Pero, ¿qué es el espíritu de la mente? Si usted busca el resultado de esa expresión, descubrirá que hay un principio que gobierna a nuestra manera de pensar, hay un principio aquí, por detrás, que gobierna nuestra manera de vivir. A veces, hablamos una cosa, y no sabemos por qué la hablamos; hacemos algo, y no sabemos por qué lo hacemos. Es porque hay un principio que gobierna nuestra forma de actuar y gobierna nuestra manera de pensar. Pero, en la escuela de Cristo, nosotros somos renovados en el espíritu de nuestra mente.

«...*transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento*» (Rom. 12:2). ¿Usted se acuerda? En la medida que el espíritu de la mente es renovado, un nuevo principio gobierna nuestro estilo de vida. ¡Qué maravilla es esto! Porque ahí será lo contrario: vamos a decir cosas relacionadas al propio Cristo sin saber lo que estamos diciendo, vamos a vivir la vida de Cristo sin saber que la estamos viviendo; porque la vida cristiana es naturalmente sobrenatural, y es sobrenaturalmente natural, porque somos renovados en el espíritu de nuestra mente.

Y por último, el versículo 24, va a decir entonces que nosotros somos revestidos de un nuevo hombre. Ah, hermanos, si esto fuese sólo un proceso psicológico, humano, natural, ¿cuál sería el tipo de resultado que podríamos obtener? Nada, absolutamente nada. Pero, en la escuela de Cristo, nosotros somos despojados, renovados y revestidos de un nuevo hombre. Y ese nuevo hombre responde naturalmente y sobrenaturalmente a aquello que está en el corazón de Dios.

Por eso, es «*creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*». Esa es la escuela de Cristo. Comienza con la verdad y termina con la verdad. Verdad en el versículo 20 y verdad en el versículo 24. «*Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad*» (Juan 17:17). ¡Gracias al Señor por eso!

Hermanos, que toda nuestra vocación pueda responder más y más a la visión que hemos recibido. Que el Señor nos lleve al arrepentimiento. Arrepentimiento es *metanoia*. Es un cambio de

mente. Necesitamos reconocer cuánto nuestra vida discrepa de la vida de Cristo, para que entonces podamos buscar la realidad de su vida en nosotros. El arrepentimiento es la puerta, el camino, para que podamos entrar en la escuela de Cristo. Y mientras guardemos en nosotros nuestros conceptos y prejuicios, nuestras opiniones y valores sobre todas las cosas, no tenemos lugar en la escuela de Cristo.

La escuela de Cristo no es automática, no es compulsiva. El Señor Jesús dijo: «*Si alguno quiere venir en pos de mí...*». El Señor nos ayude a comprender esto con más claridad: que la vocación de la iglesia refleja el cielo en la tierra. Y que aquellos que no conocen al Señor puedan abordarnos y preguntarnos cuál es el tipo de medicamento que nosotros tomamos para ser personas tan realizadas, tan felices, en medio de la tribulación, del sufrimiento, de la pérdida, escondidos en Cristo, viviendo la vida de él, habitando en él, porque estamos en la escuela de Cristo.

NUESTRA VOCACIÓN CELESTIAL

1

UN LLAMAMIENTO CON PROPÓSITO

«Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados» (Efesios 4:1).

Cuando Pablo escribió la epístola a los Efesios, los tres primeros capítulos fueron dedicados al asunto de la visión. El cuerpo de Pablo estaba prisionero en Roma; pero su espíritu estaba muy libre, galopando en las alturas celestiales. Y con mucha claridad, él expone esta visión celestial en tres capítulos – la visión del cuerpo de Cristo.

Pero luego, tenemos los tres últimos capítulos en esta epístola, y el asunto de estos es la vocación celestial. Vea cómo él usa esta palabra en el versículo 1 del capítulo 4: «...*que andéis como es digno de la vocación...*». La palabra «*digno*» en este versículo, significa «*en armonía con*». Entonces, si la visión espiritual es una realidad para nosotros, no es algo que sólo hemos estudiado en libros, u oído conferencias. Porque muchas veces pensamos así: ‘Ya leí este libro, ya fui a esta conferencia, ya oí a muchos hermanos hablar sobre esto’; y parece que nos quedamos como cebollas, con una cabeza enorme, pero una raíz muy pequeña. O como aquellos peccecitos nuevos, que tienen también una cabeza grande y un cuerpo pequeño.

Porque nosotros carecemos de visión espiritual. No es conocimiento intelectual, no es leer libros e ir a conferencias. Pablo ora, en Efesios 1:17-18, «... *para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos*».

Vea el inicio del versículo 18: «...*alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...*». Usted puede ver que este saber, aquí, es algo espiritual; no es una información, no es la lectura de un libro. Y, como comentábamos con anterioridad, la revelación es una apertura, por el Espíritu Santo, del reino de la realidad espiritual reunida en la persona de Cristo.

Por eso, en el versículo 17, Pablo dice: «...*para que (Dios) os dé espíritu de sabiduría y de revelación*». Si el Espíritu Santo no nos abre ese reino de la realidad espiritual, nosotros no podemos tocarla. Todo lo que vamos a obtener es información para nuestra mente, pero la información en nuestra mente no es la realidad espiritual.

En el mundo físico, la distancia entre la cabeza y el corazón no llega a cincuenta centímetros; pero, en el mundo espiritual, es la distancia entre el cielo y el infierno. Cuántas veces guardamos las verdades en nuestra mente, pero ella no son realidad en nuestro corazón. Tal vez porque, en primer lugar, no tocamos la realidad espiritual por revelación. Por eso, entonces, cuánta expectativa debemos tener cuando nos reunimos como pueblo del Señor. Que el Espíritu Santo, como espíritu de sabiduría y de revelación, tenga libertad en medio nuestro, porque su deseo es traernos realidad espiritual.

Hermanos, entonces, el resultado de esta realidad espiritual, es como dice Efesios 4:1: andaremos de modo armónico, digno de la vocación con que fuimos llamados. Entonces, la visión siempre va a gobernar la vocación; la realidad espiritual siempre va a gobernar la conducta, el estilo de vida, la ética. ¿Perciben cuán importante es esto? Por eso, en los tres últimos capítulos de Efesios, Pablo va a hablar de cosas tan prácticas: «*Maridos, amad a vuestras mujeres... Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres... Padres, criad a vuestros hijos en disciplina y amonestación del Señor*». Y también el relacionamiento entre siervos y señores.

¿Ustedes se dan cuenta de lo que está ocurriendo aquí? El cielo está descendiendo a la tierra. Porque la vida cristiana no es una vida mística, no es una vida perdida en el espacio, sino una vida que tiene expresión práctica, ¡y tan práctica! «*Os ruego que andéis...*». Esta palabra aparece varias veces en el libro de Efesios. «*Andéis de modo armónico a la vocación con que fuisteis llamados*». Entonces, la vocación celestial será nuestro asunto en estos días.

«Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento (vocación) celestial...» (Heb. 3:1). Si el Señor lo permite, compartiremos otros mensajes en torno al libro de Hebreos. Este libro fue escrito de una forma tan maravillosa. El capítulo 1 está íntegramente dedicado a hablar de la gloria del Hijo de Dios, y el capítulo 2, de la gloria de los hijos de Dios. Hebreos 2:10 dice que él ha «de llevar muchos hijos a la gloria».

Por eso, el capítulo 3 se inicia diciendo así: «Por tanto, hermanos santos...». Santos. Somos puestos aparte, separados, para un propósito específico. Nosotros éramos del mundo, nos dice el Señor, «...porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo». La separación que había entre el Señor y el mundo era absoluta. Él dijo: «...viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí». Entonces, él dice que la misma separación que era real entre él y el mundo es real entre nosotros y el mundo. «Ellos... no son del mundo –vea esta expresión –, como tampoco yo soy del mundo». ¡Qué separación tremenda! Separados para él mismo, separados para una vocación celestial.

«Por tanto, hermanos santos...». La otra palabra es «hermanos». Porque esta expresión →hermanos← ya comenzó a ser usada en el capítulo 2. En el capítulo 2 se cita un Salmo donde nuestro Señor Jesús: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos». El Señor Jesús nos llama hermanos, porque eso es lo que él es. El unigénito de Dios, el grano de trigo único de Dios, fue sembrado en la tierra, murió y produjo mucho fruto. Entonces, la palabra de Dios no llama a nuestro Señor solamente «unigénito», sino «el primogénito entre muchos hermanos».

Esta es nuestra vocación celestial. Para eso fuimos llamados, para esto el Espíritu Santo fue enviado del cielo. Él tiene un inmenso trabajo que hacer en la iglesia, que es conformarnos a la imagen del Hijo. Por eso es una vocación celestial.

«...prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento (vocación) de Dios en Cristo Jesús» (Flp. 3:14). Hermanos, vean cómo Pablo veía la vida cristiana. Observen que en el versículo 12, él dice así: «...prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido». En la traducción portuguesa, hay como un juego de palabras. Pablo dice: «Yo prosigo para conquistar aquello que me conquistó». Y es así cómo él define la vida cristiana – conquistado por Cristo Jesús. ¿Definimos así nosotros nuestra vida cristiana? ¿Fuimos conquistados por Cristo Jesús? ¿Nuestro corazón fue atrapado por el suyo?

Una vocación ascensional

«Prosigo para conquistar aquello que me conquistó». Y luego, en el versículo 14, él usa la misma palabra, «prosigo». «...*prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento (vocación) de Dios en Cristo Jesús*». Aquí hay dos cosas todavía, muy importantes. La palabra «*supremo*», o «soberano», que significa literalmente «ascendente», como algo que está en un remolino ascendente – la vocación ascendente de Dios, que nos saca de una esfera y nos lleva a otras esferas más altas. ¿Perciben el sentido de este remolino?

¿Y cuál es la meta de esa vocación? Pablo dice: «...*vocación de Dios en Cristo Jesús*». Usando otras palabras, es así cómo usted debe entender este versículo: «La soberana o ascendente vocación de Dios es que seamos semejantes a Cristo Jesús». Por eso es la vocación de Dios «*en Cristo Jesús*».

Veamos ahora Ro. 8:28. Estamos usando estos tres versículos como introducción, para ver después el trabajo del remolino de Dios en la vida de Job. Vamos a ver con mucho cuidado Romanos 8:28-29. En la versión portuguesa: «*Y sabemos que (a los que aman a Dios) todas las cosas cooperan...*». Vean esta palabra: «*Sabemos*». Cuando vimos la oración de Pablo en Efesio, él dice: «...*alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...*» – revelación. Y aquí dice: «*Y sabemos que... todas las cosas les ayudan a bien*». Otra palabra importante en este versículo es la palabra «*bien*». Para el bien de los que aman a Dios, «*esto es, a los que conforme a su propósito son llamados*».

Si usted interpreta este versículo según su idioma, así como en el portugués, así como en el griego o en cualquier otra lengua, usted necesitará unir la palabra «*bien*» a la palabra «*propósito*», porque el bien de Dios es el propósito de Dios. ¿Cuál es el propósito de Dios? Es ese bien de Dios.

Pero, ¿saben ustedes, hermanos, las dificultades que tenemos cuando encaramos las circunstancias? Parece que, para nosotros, este versículo debería decir así: «*Todas las cosas cooperan para el bienestar de los que aman a Dios*». Pero no es eso lo que está escrito aquí, porque muchas veces, el bien de Dios para nosotros nos va a traer mucho malestar. Porque él va a obrar en nuestras almas, va a trabajar profundamente en nuestra vida interior, porque el Espíritu Santo fue enviado para hacernos semejantes a Cristo.

Si nosotros tenemos este llamado de: «*Id y predicad el evangelio a toda criatura*», y «*Venid en pos de mí, y os haré pescadores...*», nosotros sabemos que antes de ese «*Id*», el Señor Jesús dijo: «*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*» (Mat. 11:28-29). Mire cuánto de esto es personal. No puede haber un *Id*, sin que antes haya un *Venid*.

El propósito del supremo llamamiento

La obra del Espíritu Santo no es hacernos trabajadores para él. Nosotros no podemos ser simplemente predicadores del evangelio; la obra del Espíritu Santo es formar en nosotros un carácter – el carácter de Cristo. Toda verdadera obra tiene que emanar, fluir, de la vida. Watchman Nee, aquel querido siervo de Dios, decía que consagración no es trabajar para Dios, sino ser trabajado por Dios. Y cuánto necesitamos que ese trabajo sea más profundo en nuestro interior. Si somos serios con respecto a esto, necesitamos admitir que aún hay mucha basura en nosotros que debe ser quitada.

«...*transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento*» (Rom. 12:2). Nuestra voluntad conformada a la voluntad de Cristo; nuestras emociones, ajustadas a las emociones de Cristo, amando aquello que él ama y aborreciendo aquello que él aborrece; emociones ajustadas con las de Cristo; mente, voluntad, emociones; nuestras almas ajustadas con el alma de Cristo. Sin eso, no podemos ser obreros, no podemos ser colaboradores; somos inútiles en la obra de Dios, porque no fuimos llamados para *hacer* una obra – fuimos llamados para *ser* una obra.

Hay una distorsión de énfasis muy grave en medio de la cristiandad: nos acostumbramos a colocar el hacer delante del ser; pero, en la palabra de Dios, nunca el hacer está delante del ser. Nosotros somos hijos de Dios, y somos conformados, de gloria en gloria, a su imagen. Entonces podremos hacer algo que lo refleje a él mismo.

También solemos poner el carisma, el don, delante del carácter, y aquí hemos tenido grandes problemas. Se da mucho valor a las personas carismáticas, pero no se examina el carácter. El carisma, sin la base del carácter, es como poner una espada en manos de un niño de tres años de edad. Él se va a herir a sí mis-

mo y va a herir a los otros, porque el carisma no tiene el soporte del carácter. Por eso, la obra del Espíritu Santo no es darnos carismas, sino, sobre todo, formar en nosotros un carácter – el carácter de Cristo.

De la misma manera, hay una tercera inversión en la cristianidad: nosotros ponemos el poder delante de la santidad. No hay un solo versículo en la Biblia que diga: ‘Sed poderosos, porque yo, el Señor, soy poderoso’. Pero hay muchos que dicen: «*Sed santos, porque yo soy santo*». La santidad habla de una conformación al carácter de Cristo. No hay poder sin la base de la santidad; ningún poder genuino y ninguna realidad espiritual. La santidad es la base del poder.

Entonces, por causa de ese propósito de Dios, de ese bien de Dios, la obra del Espíritu Santo pasa por el malestar en nuestras vidas. Vamos a ver algo de eso en la vida de Job. Entretanto, vamos a continuar en este texto, versículo 29 de Romanos 8: «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*».

Toda la palabra de Dios es tan preciosa; pero parece que algunos versículos deberían ser escritos con letras de oro, y este versículo 29 es uno de ellos, porque este es el propósito de Dios para nosotros. Él va a ajustar todas las circunstancias para cumplir este propósito; él va a usar todas las personas en nuestras vidas para cumplir este propósito. Dios es un Dios de determinación.

En 2ª Timoteo capítulo 1, a partir del verso 9, Pablo dice que Dios nos llamó por su propia determinación y gracia; no sólo gracia, sino determinación. Dios es un Dios de determinación; él cumplirá aquello que comenzó en nosotros. Pero nosotros, en nuestra respuesta a él, podemos cooperar o no con aquello que él intenta hacer. Hermanos, este es un punto tan importante, porque ni el mismo diablo puede interponerse a lo que Dios quiere hacer. Éste es el ser más inteligente en la creación de Dios, pero ni aun él puede interponerse en lo que Dios quiere hacer en nosotros.

Una visión equilibrada

Sin embargo, existe alguien que puede interponerse – nuestro propio yo, nuestra falta de respuesta y cooperación con lo que Dios quiere hacer en nosotros. Por eso, el libro de Hebreos

va a enfatizar: «*Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*» (Heb. 3:15). Es algo que nosotros podemos hacer – endurecer nuestro corazón. Hebreos 3:13 dice que debemos exhortarnos los unos a los otros «*cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado*».

Cuánta perturbación hemos sufrido por esa falta de equilibrio entre la gracia y la responsabilidad. A veces enfatizamos tanto la gracia de Dios, que dejamos de lado la responsabilidad humana. Y a veces enfatizamos tanto la responsabilidad humana, que no sabemos cuánto dependemos de la gracia que opera en nosotros. Es como intentar volar sólo con un ala, remar en una barca con sólo un remo. Quedaríamos girando en círculos, y no lograríamos ascender.

La vocación celestial. Necesitamos de una visión equilibrada para poder ascender a esa vocación. Y entonces todas las cosas cooperan para bien, para el propósito. ¿Y cuál es el propósito? Que él, Cristo Jesús, sea «*el primogénito entre muchos hermanos*», para que, cuando el Padre mire a su familia, él puede tener aquella misma exclamación que él tuvo allí en el río Jordán: «*Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*» (Mat. 3:17).

Usted recuerda que Pablo, en Efesios 1:6 dice que nosotros fuimos «*acceptos en el Amado*». Amado, allí, está con letra mayúscula. «*...acceptos en el Amado*». «*Este es mi Hijo amado*». Entonces, hermanos, de la misma manera en que la palabra de Dios dice que su Hijo Jesús es la imagen de Dios, nosotros –los muchos hijos– estamos siendo transformados a la imagen del Hijo, que es la imagen de Dios. Los hijos, transformados a la imagen del Hijo, que es la imagen de Dios. Este es el versículo 29. «*...todas las cosas cooperan...*». ¡Ah, qué maravilla! ¡Qué seguridad!

El paradigma de Job

Ahora, vamos a hablar un poco de ese «torbellino» transformador de Dios en la vida de Job. Vamos a procurar, a través del libro de Job, hojeando panorámicamente, cómo Dios quitó a Job de una esfera de perfección, para colocarlo en otra esfera de perfección más alta. Entonces, no olvide ese remolino – soberana vocación o vocación ascendente (Flp. 3:14).

Hermanos, el crecimiento espiritual es como un torbellino. En primer lugar, hablando objetivamente, nosotros pasamos por las mismas verdades que hemos conocido u oído, sólo que en

niveles cada vez más altos. Por ejemplo, cuando nosotros nos convertimos, conocimos algunas cosas sobre el arrepentimiento y la fe. ¿No es así? ¿Lo sabemos todo sobre arrepentimiento y fe? ¿Arrepentimiento y fe son asuntos pasados en nuestra vida? Claro que no. Cuanto más vamos avanzando en nuestra vida cristiana, más nos vamos adentrando en esferas más profundas del arrepentimiento y de la fe. «*El justo por la fe vivirá*» (Gál. 3:11).

Por ejemplo, cuando nosotros nos convertimos, nos arrepentimos de nuestros pecados. A medida que nuestra vida cristiana avanza, nosotros entendemos que el arrepentimiento va más allá de las cosas que hicimos, y toca aquello que somos. Arrepentimiento de lo que somos, no sólo de lo que hacemos. ¿Qué significa arrepentimiento de lo que somos? A medida que avanzamos espiritualmente, comprendemos que nuestra mente no es igual a la mente de Cristo, nuestra voluntad no está conformada a la voluntad de Cristo, nuestras emociones no son las emociones de Cristo. Entonces, recuerden a Pablo en Romanos 7: «*¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*».

Recuerden Filipenses 3:3: «*Porque nosotros somos la circuncisión...*». Y preste atención a esas tres marcas que Pablo cita allí: «*...los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne*». ¿Cómo vamos a desconfiar de la carne si no conocemos la carne? Necesitamos conocer la carne, para que no confiemos en la carne.

¿Cómo conocemos la carne? Sólo en la medida en que conocemos más a Cristo. «*Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz*» (Sal. 36:9). No es un proceso psicológico, no es un proceso de introspección. Cuando nos volvimos cristianos, nosotros no buscamos conocernos a nosotros por nosotros mismos. ¿Usted percibe cuán dañino sería eso? Sería como colocar un termómetro aquí en su brazo, espiritualmente hablando, y usted mirar la temperatura a cada momento. ¿Cómo estoy ahora? ¿Cómo estaba hace cinco minutos atrás? ¿Cómo voy a estar en cinco minutos más? Tal ejercicio nos volvería egocéntricos.

La introspección es una enfermedad espiritual. Es en Su luz que nosotros veremos la luz, porque en Él está el manantial de la vida. Contemplando «*como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria*», de un nivel de gloria a otro nivel de gloria mayor. La vocación ascendente de Dios, el remolino de Dios, conociendo bien a Dios y conociendo bien nuestras propias almas.

Un hombre de Dios del siglo XVIII, muy conocido por los estudiantes de física y matemáticas, fue uno de los cerebros más brillantes que haya vivido en esta tierra, llamado Blas Pascal. ¿Quién no conoce el teorema de Pascal? ¿Usted sabía que Pascal fue un hombre de Dios? Y él dijo así: «Conocer a Dios y no conocernos a nosotros mismos, es orgullo. Conocernos a nosotros mismos y no conocer a Dios, es desesperación. Pero conocer a Dios y conocernos a nosotros mismos es verdadera humildad».

¿Sabe lo que este hombre hizo una vez? Él era un maestro de física y matemáticas; fue capaz de deducir algunos teoremas de Euclides por sí mismo cuando tenía trece años de edad, sin conocer nada de lo que Euclides había hecho. Las personas lo buscaban para hablar con él sobre física y matemáticas. Entonces, él cortó una ramita de un rosal, con espinas, y lo puso atrás de su camisa. Y cada vez que le buscaban para preguntarle cómo había hecho esto o aquello, él estaba sentado en su sofá con aquella ramita de espinas en su espalda, y cuando ellos empezaban a elogiarlo, él apretaba la ramita contra su espalda.

«Él conoce nuestra estructura; él sabe que somos polvo». Pascal quería recordar quién era él – sólo carne, sólo polvo. Su gloria no estaba en ser un genio de las matemáticas, sino en haber conocido a Cristo y haberse entregado a Cristo. Hay una traducción de una obra de él, muy famosa, llamada «Los pensamientos de Blas Pascal». Usted ganará mucho si la lee. Cuánto conocimiento de Dios y de sí mismo obtuvo él, qué vida equilibrada él pudo vivir. Él combatió a uno de los mayores ateos de su tiempo, René Descartes, aquel que decía: «Pienso, luego existo», y que resumía toda la vida en la mente. Y Pascal decía así: «El corazón tiene razones que la propia razón desconoce».

Entonces, el llamado de Dios para nosotros es que seamos elevados desde un nivel de gloria a otro nivel de gloria mayor.

Vamos a abrir el libro de Job para examinar algunas cosas. ¡Cuán precioso es este libro! Job vivió en la época de los patriarcas, posiblemente antes de Abraham. El nombre de Job tiene un doble significado. Por un lado, significa «perseguido», porque él hallaba que estaba siendo perseguido por el propio Dios, y por otro lado, el nombre de Job significa «volviendo a ser siempre para Dios». ¿Percibe aquí los dos lados? Perseguido y volviendo a ser siempre para Dios.

Entonces, en el libro de Dios, él nos da un paradigma, un

modelo, de aquello que Dios quiere hacer en nuestras vidas. Usted recuerda que Santiago, en el Nuevo Testamento, cita a Job. «...tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia...», y entonces él cita a Job.

Cuando nosotros miramos el libro de Job, la primera cosa que nos llama la atención es la estructura maravillosa de este libro. Los dos primeros capítulos fueron escritos de forma narrativa, en prosa. A partir del capítulo 3, si usted mira su Biblia, verá que está escrita de forma diferente. Ya no es una narración, sino que son versos, porque en el capítulo 3 versículo 1 comienza un escrito en poesía. Y luego, allá al final del libro, en el capítulo 42 versículo 7, hasta el final, de nuevo la prosa, la narración. Entonces, la mayor parte del libro es poesía. ¿Por qué es así?

¿Recuerdan lo que dice Efesios 2:10? Pienso que es un versículo que muchos hermanos conocen de memoria. «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús...*». La palabra *hechura*, allí, en el original griego es *poema*. Nosotros somos poema suyo. Y eso fue lo que él hizo en la vida de Job. El Espíritu Santo escribió este libro como un poema, en medio de los sufrimientos. ¿No es impresionante?

En los dos primeros capítulos, Dios precipitó una crisis en la vida de Job. Él comenzó a trabajar en la vida de Job de una manera que Job no podía comprender. Sin embargo, aun sin entender, él no murmuró contra Dios.

Cuando termina el capítulo 2, su esposa le aconseja maldecir a Dios y morir; porque él había perdido todo, incluso sus hijos, sus bienes, todo. Sólo su mujer fue guardada. Y algunos dicen que su mujer fue guardada para aumentar la profundidad de la obra de la cruz en la vida de él. Entonces, cuando ella dice: «*Maldice a Dios, y muérete*», él le dijo: «*Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?*». Y el último versículo del capítulo 1 dice: «*En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno*».

Y ustedes saben cuál fue la segunda crisis precipitada en la vida de Job. Antes, Satanás había tocado lo exterior; ahora toca la piel de Job, la vida del propio Job. Y éste cae enfermo. Y si usted estudia el libro, verá que Job tuvo quince síntomas diferentes de su enfermedad. Su piel con sarna, descamándose; se rascaba con un tiesto de greda. Con fiebre, inflamación, dolor de cabeza; muchos síntomas.

En el capítulo 3, Dios continúa trabajando en la vida de Job. Él fue aprobado cuando pasó por la crisis; pero ahora, Dios va a trabajar en él en un proceso. Y en muchos aspectos, el proceso es más difícil que la crisis. Entonces, en el capítulo 3, Job dice seis veces: «¿Por qué?». Job comienza a cuestionar. «¿Por qué nací? ¿Por qué sobreviví cuando salí del vientre? ¿Por qué hubo senos que me amamantaron?». Porque Job no podía entender el propósito de Dios, no podía entender la mano que trataba con él.

Luego, en el capítulo 4, comienzan a aparecer los tres amigos de Job. ¡Hermanos, con amigos como aquéllos, nadie necesita enemigos! El primer amigo se llama Elifaz, el segundo Bildad y el tercero Zofar. Ellos tipifican, en este orden, las emociones, la mente y la voluntad. Porque, cuando nosotros entramos en el proceso transformador de Dios, el propósito del Espíritu Santo es transformar nuestra alma a la semejanza de Cristo, hasta que nuestra mente, voluntad y emociones sean semejantes a Cristo.

Entonces, en la vida de los tres amigos de Job, usted va a ver este orden: Elifaz (las emociones), Bildad (la mente) y Zofar (la voluntad). Zofar es autoritario, legalista; él es la voluntad. Bildad es la mente; él es intelectual, él quiere explicar los sufrimientos de Job, él razona todas las cosas. Pero el primero de ellos, Elifaz, es emocional. Es el primero que habla. Muy interesante.

Veamos Job 4, a partir del versículo 12. Preste atención a las emociones hablando.

*«El asunto también me era a mí oculto;
mas mi oído ha percibido algo de ello.*

*En imaginaciones de visiones nocturnas,
cuando el sueño cae sobre los hombres,
me sobrevino un espanto y un temblor,
que estremeció todos mis huesos;*

*y al pasar un espíritu por delante de mí,
hizo que se erizara el pelo de mi cuerpo.*

*Paróse delante de mis ojos un fantasma,
cuyo rostro yo no conocí,
y quedo, oí que decía:*

¿Será el hombre más justo que Dios?

¿Será el varón más limpio que el que lo hizo?» (Job 4:12-17).

¿Usted ve la manera en que habla Elifaz? «Un espíritu pasó delante de mí, y erizó el pelo de mi cuerpo. Entonces, una voz habló». Usted ve que él es todo emocional. Y él comienza a expli-

car los sufrimientos de Job basado en las emociones; él se va metiendo en las emociones de Job, así como el trabajo transformador de Dios se mete con nuestras emociones, con nuestros sentimientos. Después, cuando vamos a los otros dos, veremos exactamente ese énfasis: la mente y la voluntad.

Y la obra de Dios continúa. Observe el capítulo 10. Versículo 18: «¿Por qué me sacaste de la matriz? Hubiera yo expirado, y ningún ojo me habría visto». Vea el versículo 8 del mismo capítulo: «Tus manos me hicieron y me formaron; ¿y luego te vuelves y me deshaces?». Entonces, cuando Job sufrió, en los primeros capítulos, él no pecó. Vea, él no está sufriendo por haber pecado. Esto es muy importante en el libro de Job. Sus sufrimientos no tienen relación con su pecado, porque en el capítulo 1, Dios dice que Job era un hombre justo, íntegro, recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Dios mismo dio ese testimonio.

Autojustificación, autocompasión, autoglorificación

Entonces, Job no estaba sufriendo porque él hubiera cometido pecado. Lo que ocurrió fue lo contrario: él sufrió primero y pecó después. Porque él comenzó a cuestionar la justicia y el amor de Dios. Entonces, si pudiésemos pensar en una profesión para nuestro amigo Job, él sin duda era un abogado. Porque, allá en el capítulo 13, él dice: «He aquí ahora, si yo expusiere mi causa, sé que seré justificado» (v. 18). «Tengo ya mi causa bien encaminada, y estoy seguro que seré justificado».

Vea Job 31:35. El mismo lenguaje. «¡Quién me diera quien me oyese! He aquí mi confianza es que el Omnipotente testificará por mí, aunque mi adversario me forme proceso». En portugués: «¡Ojalá yo tuviese quién me escuchase! He aquí que mi defensa está asignada, que el Todopoderoso me responda, y que mi adversario escriba su acusación». Es muy interesante este versículo. El lenguaje de Job es un lenguaje jurídico. Él se está defendiendo delante de Dios.

En los capítulos 29, 30 y 31 –sólo dé una mirada en su Biblia–, el capítulo 29 es el capítulo de la autoglorificación. Mire cómo Job comienza este capítulo, en los primeros cuatro versículos:

*«Volvió Job a reanudar su discurso, y dijo:
¡Quién me volviese como en los meses pasados,
como en los días en que Dios me guardaba,
cuando hacía resplandecer sobre mi cabeza su lámpara,*

*a cuya luz yo caminaba en la oscuridad;
como fui en los días de mi juventud,
cuando el favor de Dios velaba sobre mi tienda!» (v. 1-4).*

¿Ve cómo Job interpreta sus sufrimientos? En los versículos 8 y 9, él dice así: «*Los jóvenes me veían, y se escondían; y los ancianos se levantaban, y estaban de pie. Los príncipes detenían sus palabras; ponían la mano sobre su boca*». Usted ve cómo Job se glorifica a sí mismo. La voz de Job es como la voz de un ángel; todos se callaban para oírlo. Él recuerda aquellos, sus tiempos de gloria, y dice que el Todopoderoso es injusto al tratarlo de la manera como lo está tratando.

Después, el capítulo 30, es el capítulo de la autocompasión. Vea el versículo 1. «*Pero ahora se ríen de mí los más jóvenes que yo, a cuyos padres yo desdeñara poner con los perros de mi ganado*». ¿Usted puede ver lo que la autocompasión hace con nosotros? En portugués, «*Los jóvenes se ríen de mí, jóvenes cuyos padres yo desdeñara poner con los perros de mi ganado*». ¿Lo ve? La autocompasión hace de Job un hombre duro.

Y el capítulo 31 es el capítulo de la autojustificación. Él dice: «*Ningún huérfano pasó necesidad en mi puerta; no dejé de ayudar a ninguna viuda*». Este es el terreno más peligroso de Job – él se está gloriando en sí mismo, está teniendo compasión de sí mismo, él se está justificando a sí mismo. Entonces, el capítulo 31 termina diciendo: «*Aquí terminan las palabras de Job*». ¡Qué bueno! Porque después de que Job hable tanta necedad, comienza a hablar Eliú. ¿Sabe por qué Eliú fue el último en hablar? Porque él era el más joven. En la tipología de Job, Eliú es figura del Espíritu Santo.

En esa obra transformadora de Dios, en esa vocación ascensional, cuando el Señor precipita crisis en nuestras vidas, cuando él empieza a trabajar en nuestras almas en un proceso, primero hablan las emociones, habla nuestra mente, habla nuestra voluntad. Y el último que habla es el Espíritu Santo, porque no tenemos oídos para oír. Entonces, cuando Eliú comienza a hablar, Job puede oír algo de la voz del Espíritu Santo. Él va a decir que aquellos tres amigos no están entendiendo nada de los sufrimientos de Job, y va a hablar muchas cosas preciosas para Job.

Pero, ¿sabe lo que ocurre en el capítulo 38? Vea cómo comienza el capítulo 38, por favor. «*Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino*». Desde en medio de un remolino – «*el supremo llama-*

miento de Dios en Cristo Jesús». La vocación ascensional – «*transformados de gloria en gloria en la misma imagen*». Entonces, Dios habla desde un torbellino, haciendo preguntas a Job.

Es impresionante cómo Job, en los capítulos anteriores dice: «Yo soy puro... yo soy íntegro», pero mire cómo él habla en Job 40:4: «*He aquí que yo soy vil*». ¡Esto es un milagro, hermanos! Porque Job estaba diciendo que él era justo, gloriándose y justificándose, lleno de autocompasión, levantando aquel cartel que mostramos cuando estamos sufriendo. ¡Mírenme todos, cuán miserable soy, cuánto estoy sufriendo! ¡Tengan piedad de mí, oren todos por mí! ¡No se olviden de mí!».

Egocéntricos. Así somos nosotros. Sin embargo, Dios es tan fiel cuando él trabaja en nosotros. «...*de gloria en gloria*». Entonces, a partir del capítulo 38, el Señor le hace preguntas a Job. Yo pienso que Job obtuvo un cero en esta prueba, ¡porque estas preguntas no pueden ser respondidas! Él le dice: «Job, ¿tú sabes para dónde va el relámpago? ¿Tú sabes cómo dan crías las cabras monteses? ¿Qué sabes con respecto a la escarcha? ¿Conoces el camino de las nubes?».

Oyendo estas preguntas, Job se iba como encogiéndose. Dios le fue mostrando la enorme distancia que había entre Dios mismo y Job. Que él es un Dios de determinación. Nosotros no necesitamos saber cuál es el propósito de las cosas que actúan en nuestras vidas, cuál es el significado de esas cosas; sólo necesitamos conocer cuál es la mano que trata con nosotros. Y eso es lo que Job no conocía.

Después de no lograr responder nada a Dios, vea Job 40:3-5. «*Entonces respondió Job a Jehová, y dijo: He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca. Una vez hablé, mas no responderé; aun dos veces, mas no volveré a hablar*». Hermanos, esa fue la respuesta de Job cuando él oyó ese primer hablar de Dios. Él vio la inmensidad de la soberanía de Dios. Vio su pequeñez, y vio que Dios estaba aliado con él para hacer algo en su vida, aunque él no pudiese comprenderlo. Entonces, después que Job pone su mano sobre su boca, Dios puede hablar de nuevo. Y esta es la lección que nosotros necesitamos aprender.

«...*a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*». Todas las cosas cooperan para el bien de aquellos que aman a Dios, para el propósito que Dios tiene para nosotros – que seamos transformados de gloria en gloria a la imagen de su Hijo. Entonces,

cuando conocemos esto, ponemos la mano en nuestra boca, nos doblegamos ante la voluntad de Dios, y Dios puede proseguir su trabajo. Entonces, Job puso su mano en su boca, y Dios habló por segunda vez.

Dos figuras de Job

Ahora, vea lo que Dios hace aquí. Es maravilloso. Él usa la figura del hipopótamo, a partir del versículo 15 en el capítulo 40, y desde el versículo 41:1, el cocodrilo. Dios compara a Job con dos animales.

El versículo 40:15 es muy impresionante. *«He aquí ahora behemot, el cual hice como a ti»*. «Mira al hipopótamo; se parece a ti». ¿Por qué? Porque el capítulo 1 dice que Job era el mayor hombre de Oriente: justo, íntegro, recto; no había defecto en él, más noble que los nobles, más sabio que los sabios. ¿Cómo aquel hombre podría subir un grado más? Él pensaba que ya había alcanzado la cima, que era el mejor, el más alto de los hombres. Esto es el hipopótamo.

Entonces, Dios habla así con él: *«¿Lo tomará alguno cuando está vigilante, y horadará su nariz?»* (v. 24). Vea el versículo 18: *«Sus huesos son fuertes como bronce, y sus miembros (su estructura) como barras de hierro»*. Verso 19: *«Él es el principio (la obra maestra) de los caminos de Dios»*. Eso era Job, obra maestra, el mayor de los hombres de oriente. Nadie era capaz de golpear y derribar al hipopótamo. Ningún hombre haría eso.

Y después, en el capítulo 41, Dios compara a Job con el cocodrilo. En el versículo 1, él hace una pregunta importante. *«¿Sacarás tú al leviatán con anzuelo, o con cuerda que le echas en su lengua?»*. Entonces, él compara ahora a Job con el cocodrilo. Son importantes los versículos 13 al 17. *«¿Quién descubrirá la delantera de su vestidura? ¿Quién se acercará a él con su freno doble?»*. ¿Quién penetrará su coraza doble?

Preste atención allí. El cocodrilo tiene dos filas de escamas en su coraza, tremendamente resistentes. No puedes traspasar su coraza con un arpón; esto es figura de un ser inquebrantable. Dios le está diciendo a Job: 'Nadie puede penetrar en ti; eres inviolable; estás en un lugar muy alto, inexpugnable; nadie puede tocarte'. No estás quebrantado. Sólo había uno que podía atrapar al hipopótamo y al cocodrilo, al mayor de oriente. Entonces, Dios, con su palabra, penetró la coraza de Job.

Disciplina y carácter

Y, ¿qué vemos al final del capítulo 41, en los dos últimos versículos? «*No hay sobre la tierra quien se le parezca*». Es lo mismo que Dios habló de Job al inicio del libro. Dios le dijo a Satanás: «*¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra*». ¿No fue así? Y ahora dice lo mismo sobre el cocodrilo – porque Job es el cocodrilo. Nadie puede atrapar a Job, nadie puede penetrar en él. Pero, después que la palabra de Dios entró, entonces Job fue quebrantado. Porque vida más disciplina es igual a carácter.

Todos nosotros ya tenemos la vida de Cristo, pero, ¿cuánto hemos pasado por la verdadera disciplina del Señor? ¿Cuánto hemos conocido de la disciplina del Señor? Sin disciplina, la vida es amorfa, la vida no tiene expresión. Usted recuerda a los corintios. Cuando Pablo empezó a escribir aquella carta, él les dice que ellos fueron enriquecidos con toda palabra y todo conocimiento, y no les faltaba ningún don. Pero Pablo dice de ellos mismos: «*Vosotros sois carnales*» (1ª Cor. 13:13).

El don y la carne andan juntos en la misma persona. El Espíritu Santo no quiere tratarnos por medio de los dones. Los dones son del Espíritu Santo. Pero él quiere eliminar nuestra carne, porque la carne en nosotros es como un óxido. Cuando el agua pasa por una tubería oxidada, sale por el otro lado con sabor a óxido. Todo ejercicio de un don a través de vidas contaminadas por la carne, tiene ese gusto a óxido, ese sabor desagradable a carne sin tratar. Así eran los corintios.

Entonces, el don es de Dios, pero la carne es nuestra. La operación de la cruz es remover de nosotros esa carne, para que la vida pueda fluir de una manera límpida. Esa es la obra de la cruz, la obra de disciplina de Dios. Él no puede hacer esto sin que nuestros corazones sean expuestos a nosotros mismos. «*En tu luz veremos la luz*». Y eso es lo que él hizo con Job. Él expuso la autoglorificación, la autocompasión y la autojustificación de Job. Y después que ese hipopótamo fue derribado, después que ese cocodrilo fue atrapado, él escribió estas palabras maravillosas en el capítulo 42: «*De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven*».

Y él usa una expresión muy fuerte, en el versículo 6: «*Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza*». Esa palabra, «aborrezco», o abomino, en hebreo, siempre está conectada con la adoración de ídolos. Entonces, cuando Job dice: «Yo me

abomino», está diciendo: 'Yo era un ídolo para mí mismo; yo me idolatraba. Yo era mi centro'.

El problema no era que Job no tuviese justicia. Él tenía justicia, santidad, integridad, rectitud. Sin, embargo, el problema era que él miraba esto todo el tiempo. Job gravitaba en torno a sí mismo. Pero, después que Dios trabajó en la vida de Job, él dice: «*Ahora mis ojos te ven*», y en cuanto a mí, yo «*me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza*».

Para concluir, el versículo 10 del capítulo 42. «*Y quitó Jehová la aflicción de Job*». Esta frase, en hebreo, es muy significativa. Literalmente, significa: «*El Señor cambió el cautiverio de Job*». ¿Por qué el Señor mudó la cautividad de Job? Porque, antes, Job era cautivo de sí mismo. Ahora es cautivo del Señor; su centralidad fue cambiada. Por eso ahora recibió el doble de todo. ¿Por qué el doble? Porque, en el Antiguo Testamento, el primogénito es quien recibe porción doble.

La obra de disciplina de Dios en nuestras vidas es una porción doble. El que seamos transformados a la imagen del primogénito entre muchos hermanos, esta es la meta de Dios. Nosotros no podemos ser colaboradores de él, no podemos predicar el evangelio con realidad, no podemos hacer discípulos de Cristo, sino discípulos de nosotros mismos, si la vida no pasa por la disciplina y somos trasladados del cautiverio de nosotros mismos al cautiverio de Su amor. Entonces, esta es nuestra vocación celestial. Para esto fuimos llamados.

Si el Señor lo permite, posteriormente, vamos a entrar un poco más profundo en el asunto de la transformación. Vamos a ver cuatro textos en los evangelios que hablan sobre la obra de la cruz, y qué es lo que la obra de la cruz desea remover de nosotros, para que entonces pasemos de un grado de gloria a otro grado de gloria.

Vamos a recordar el texto que citamos de Mateo 11:28-30. «*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga*».

El Señor hace un doble llamado. Primero, «*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados...*». El sentido de la palabra es sobrecargados, cansados, exhaustos. «*...y yo os haré descansar*». Pero esto es apenas la mitad del evangelio. No termina allí la predica-

ción del evangelio. Porque toda verdadera predicación del evangelio no es sólo un llamado a ir a él, sino también un llamado a aprender de él, a tomar su yugo, que es manso y humilde de corazón.

¿Y cuál es el resultado? «...y hallaréis descanso para vuestras almas». Almas. ¡Cuánto se preocupa el Espíritu Santo por nuestras almas! Él desea que nuestras almas sean transformadas, para que seamos la novia de Cristo, para que no seamos sólo obreros o colaboradores de él, sino hijos que reflejen su carácter, conformados a su imagen. Que el Señor nos ayude a comprender mejor estas cosas.

2

DE GLORIA EN GLORIA

Cuando comenzamos a considerar este asunto de la vocación celestial, vimos que nuestro supremo llamamiento es para que seamos transformados de gloria en gloria en Su misma imagen. Pienso que necesitamos buscar en la palabra de Dios un concepto adecuado acerca de la gloria.

Sin embargo, antes de entrar en el asunto principal, este asunto de la vocación celestial, vamos a ilustrar este mismo tema de otra manera. Veamos Tito capítulo 2, desde el versículo 11 al 14. *«Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras».*

Prestemos atención a la palabra *«exclusivamente»* (en la versión en español, *«un pueblo propio»*). *Un pueblo propio*, o *exclusivamente*. Esta palabra, en el original, es una contracción de dos palabras griegas, que significa: *«estar en torno de»*. Exclusivo = estar en torno de, como gravitando en torno a algo. ¿Recuerda cuando Juan comienza a hablar sobre nuestro Señor en el seno del Padre? Juan 1:1: *«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios»*. Esa palabra: *«con»*, es *pros* en el original; de allí viene nuestra palabra *«próximo»*. Entonces, la misma idea está allí, en la Trinidad – el Hijo gravitando en torno al Padre.

Entonces, donde Juan registra la oración del Señor, en el capítulo 17, por favor, observen el versículo 21. Presten mucha aten-

ción, porque allí nuestro Señor está orando y dice que la misma realidad que él tiene en el Padre, nosotros tendremos en él, y en él, tendremos en el Padre.

«...para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí...». Vea ese «como». Habla de la norma de vida en la Trinidad. «Como», o «de esta manera». «...como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti...», y el versículo termina diciendo: «...que también ellos sean...». ¡Qué versículo precioso es éste! No tenemos sólo al Padre y al Hijo; tenemos el «ellos», que somos nosotros. «...que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste». ¿Ustedes perciben dónde está el poder del testimonio de la iglesia? El poder del testimonio de la iglesia está en la misma medida en que ella vive la vida de unión con Cristo.

Contemplando y reflejando la gloria del Señor

«Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2ª Cor. 3:18). La palabra «mirando», en portugués es «contemplando», y tiene una aplicación doble en el original. Es muy interesante; tanto que, en algunas traducciones en portugués traen dos palabras. Algunas versiones dice: «contemplando como por espejo», y otras dicen: «reflejando como un espejo».

Parece que las palabras son bien diferentes; pero, en verdad, no lo son. Ellas son complementarias. Sólo aquellos que contemplan son quienes reflejan. Por eso un espejo. Un espejo no es nada en sí mismo. Cuando contemplamos, entonces reflejamos. Hacia donde el espejo se vuelve, esa es la imagen que él reflejará. Contemplando, nosotros reflejamos la gloria del Señor, «somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen». Este es nuestro gran llamamiento. Para esto fuimos apartados por Dios.

Sobre el mismo asunto, vamos ahora a 2ª Tesalonicenses 1:10-12. Vamos a leer con bastante cuidado. Está hablando sobre el regreso del Señor Jesús, y dice así: «Cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos –vea, gloria, glorificado, glorificado en sus santos– y ser admirado en todos los que creyeron –admirado en todos los que creyeron–... por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos...». ¿Usted recuerda cuál es el sentido de la palabra dignos (Efesios 4:1): «andéis como es digno de la vocación...»? Digno significa estar en

armonía, compatibles, con aquel que nos llamó. «...*Dios os tenga por dignos de su llamamiento...*» – de la vocación celestial, la vocación a participar de su gloria, no sólo la gloria que vendrá, sino la gloria que es, porque Cristo es la gloria.

«*Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él...*». ¿Ve «*la casa de mi Padre*» aquí de nuevo? «...*por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo*».

2ª Tesalonicenses 2:13-14: «*Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido...*». Dios os escogió. «*No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros*». «...*de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo*».

Hermanos, cuán importantes son estas preposiciones en la Biblia. El *de*, el *para*, son tan importantes. El texto que vimos inicialmente en Tito 2:14, dice que él nos redimió «*de toda iniquidad*», y esa es la mitad del evangelio, sólo la mitad. Mas, él nos redimió «*para sí*», para tener un pueblo que sea exclusivamente suyo, para tener un pueblo que gire en torno del Señor mismo. Redimidos *de... para* girar en torno a él.

La lección de los cautiverios de Israel

La nación de Israel pasó por cinco cautiverios, y no aprendió esa lección. El primer cautiverio de Israel fue en Egipto. Cuando ellos fueron libertados *de* Egipto, fueron libertados *para* Dios. Pero ellos no comprendieron el *para* de Dios. Entonces fueron introducidos en un segundo cautiverio, el cautiverio del desierto. Sí, el desierto fue un cautiverio, porque ellos podrían haber permanecido allí apenas un año y medio.

Ellos tuvieron un año y medio de jornada desde Egipto hasta Cades-Barnea, y allí, después de un año y medio, podrían haber entrado en la herencia de Canaán. Pero, a causa de su desobediencia e incredulidad, ellos no pudieron entrar, porque no comprendieron la meta de su llamamiento, no comprendieron el *para* de Dios. Y, porque no comprendieron ese *para*, ellos no gravitaron en torno a Dios mismo mientras estaban en el desierto; entonces, se quedaron dando vueltas en círculos, en sí mismos,

perdidos en el desierto treinta y ocho años y medio más, hasta que sólo la segunda generación entró en la tierra de Canaán. El desierto se volvió un cautiverio para ellos, porque no comprendieron ese *para* del llamamiento de Dios – para él, para conocerle. «*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero...*» (Juan 17:3). Mas ellos fallaron en eso.

La segunda generación entró en Canaán, y aquí tenemos el tercer cautiverio. Porque Canaán iba a ser para ellos la tierra de la herencia. Ellos deberían ver, a través de toda la plenitud de Canaán, la plenitud de Dios mismo, conocer a Dios más profundamente. Pero nosotros conocemos la historia; fue el periodo más negro de la historia de Israel.

Ellos apostataron una y otra vez, y Dios levantaba aquellos jueces que, antes de ser libertadores políticos, eran libertadores espirituales. Porque, para Dios, lo espiritual viene antes de lo político. Entonces, él levantaba aquellos líderes y libertaba al pueblo para sí mismo, pero el pueblo no giraba en torno a Dios mismo, sino en torno a ellos mismos, a su propia libertad, a aquello que ellos estaban ganando de Dios, pero no a Dios mismo. Entonces, vivieron el periodo más negro de la historia de Israel, dentro de la propia tierra prometida. ¿Y por qué? Porque no comprendieron el *para* – libertados *para* él.

Entonces, después del cautiverio en Canaán, ellos pasaron por un cuarto cautiverio, el cautiverio de Babilonia. ¿Cuál es la explicación del cautiverio babilónico? El pueblo no aprendió a girar en torno a Dios mismo. Levantaron sus propios ídolos en cada monte alto. En cada colina, levantaban sus altares para adorar dioses extraños.

Recuerde el Salmo 121:1: «*Alzaré mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro?*». La perspectiva de este Salmo es ésta: Aquellos paganos y apóstatas levantaban sus ojos a los montes, donde estaban los altares paganos. Entonces, el salmista pregunta: «*Alzaré mis ojos a los montes; ¿de dónde vendrá mi socorro?*». Como diciendo: 'Mi socorro no viene de ninguno de esos altares, no viene de ninguno de esos dioses'. «*Mi socorro viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra*».

Entonces, cuando el pueblo estaba en cautiverio en Canaán, ellos se entregaron a la adoración de esos dioses en sus altares, y permanecieron en ese cautiverio todo aquel tiempo. Y, por no haberse arrepentido, Dios los entregó al cautiverio de Babilonia.

¿Qué es Babilonia? La tierra de los ídolos. La idea de la idolatría nació en Babilonia. Allí proliferaba la idolatría. Babilonia es la tierra de los ídolos.

Para disciplinar a su pueblo, Dios los envió al cuarto cautiverio, el cautiverio babilónico. Allí, Dios los disciplinó como un padre disciplina a sus hijos. Si usted tiene un hijo que roba los helados del refrigerador y no deja nada para sus hermanos, hay una buena manera de disciplinarlo. Siéntelo a la mesa con un kilo de helado, y haga que coma ese kilo de helado. Él va a tener calambres, dolor, en su estómago, y va a ver cómo aquel helado es capaz de saturarlo, y va a ser disciplinado por el dolor.

Así fue en Babilonia. ¿Qué es lo que ellos querían cuando estaban en la tierra prometida? Obtener la bendición de sus dioses. Ídolos, muchos altares. «*¿De dónde vendrá mi socorro?*». Porque no conocieron al Dios verdadero. Entonces, Dios les dijo: '¿Ustedes quieren ídolos? Entonces, tendrán ídolos'. Y ellos fueron a la tierra de los ídolos, donde permanecieron setenta años. Se empantanaron en la tierra de los ídolos, sin conocer al Dios verdadero.

Después de setenta años, ellos vuelven a la tierra prometida. Fue restaurado el templo, la adoración, el sacerdocio. Aguardaban al Mesías. Hasta que el Mesías vino. Y cuando él vino, de nuevo, ellos no conocieron al Dios verdadero. Se escandalizaron del Mesías, y fueron enviados al quinto cautiverio, el cautiverio en el cual la nación de Israel permanece hasta hoy. Es el cautiverio de la dispersión.

Entonces, tenemos Egipto, el desierto, Canaán, Babilonia y la dispersión – cinco cautiverios. Todo, porque el pueblo de la alianza, el pueblo de Dios no comprendió que no fue sólo libertado *de*, sino que fue libertado *para* Dios. Y, porque no alcanzaron a enfocarse en Dios, tuvieron que experimentar esos cinco cautiverios.

Liberados para Dios

Entonces, hermanos, estas dos preposiciones, resumen todo nuestro llamamiento. Él nos redimió de toda iniquidad; pero eso es sólo la mitad. Si nosotros fracasamos en comprender la otra mitad, podemos errar en tierra extraña por toda nuestra vida, aun siendo salvos. Aun teniendo la vida de Dios en nosotros, podemos caminar errantes toda nuestra vida. Y esta es la pala-

bra que se usa para describir aquella jornada del pueblo en el desierto. Ellos no eran peregrinos, porque el peregrino tiene una meta; ellos eran errantes, porque el errante no tiene meta. Él no comprende el *para*.

Cuando no se entiende ese *para*, el peligro es muy grande. Vamos a usar a Dios para la satisfacción de nuestros intereses. No vamos a ver que Dios es el fin; vamos a creer que Dios es un medio para alcanzar ciertos fines. ¿Recuerda lo que dice Pablo en Romanos 11? «*Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos*» (v. 36).

Que el Señor nos ayude a comprender el significado de ese *para*, para que no vivamos cautivos: cautivos de cosas, cautivos de hombres, cautivos de sistemas, y principalmente, cautivos de nosotros mismos y egocéntricos. Ese era el problema de Job, y por eso, Dios zambulló a Job en ese torbellino. Cuando el Señor comenzó a trabajar en él, él estaba de pie; cuando Dios terminó de trabajar en él, él estaba cabeza abajo. Pero ahora, él dice: «*De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza*» (Job 42:5-6). 'Yo soy un idólatra, yo me amo a mí mismo, yo miro mi propia gloria, me glorío en mis virtudes, yo soy justo, íntegro y santo'. Ese era Job, hasta que Dios lo colocó en aquel torbellino, para que él pudiera ver algo de Su majestad y de su propia pecaminosidad y pequeñez.

«*Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía*» (Job 42:3). Gracias al Señor por ese trabajo fiel en nuestras vidas. Él no desea que seamos una casa construida a medias, una torre edificada hasta la mitad; él quiere completar aquello que él comenzó en nosotros. Pero, hermanos, necesitamos ser honestos: sin nosotros, él no lo hará. El Señor lo podría hacer todo él solo. Él es fiel para hacerlo solo. Lo que está involucrado aquí no es la capacidad o el poder. Porque Dios determinó, en Cristo, que él no sólo obraría *en* nosotros, sino que obraría *con* nosotros. Entonces, él requiere nuestra cooperación. «*Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*» (Heb. 3:15).

Si el Señor lo permite, en la próxima sección, vamos a tomar un tiempo para el libro de Hebreos, y vamos a ver cuán solemnes son sus advertencias. Es un llamado a la madurez de los hijos: que no nos quedemos como niños; ni tratemos de usar a Dios para obtener nuestros fines, sino que podamos avanzar de glo-

ria en gloria. Hebreos es el libro que contiene las advertencias más serias de toda la Biblia. Por otro lado, es el libro que contiene la mayor cantidad de aliento en toda la palabra. Advertencia y aliento, en un perfecto equilibrio, para que avancemos hacia la madurez.

Jesús, nuestro Pastor

Ahora entraremos un poco en nuestro tema principal. Nuestro Señor es llamado de tres maneras distintas en el Nuevo Testamento, usando la misma palabra – Pastor. Juan 10:11: «*Yo soy el buen pastor*». Hebreos 13:20: «... *nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas...*». 1ª Pedro 5:4: «*Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores (en la versión portuguesa, el supremo pastor)*».

Hermanos, a través de estos tres títulos maravillosos del Señor, nosotros podemos ver los tres tiempos de nuestra salvación y podemos ver este asunto de la vocación celestial. Entonces, preste atención aquí. Nuestro Señor, como «*el buen pastor*», es aquel que dio su vida por las ovejas. Esto tiene que ver con nuestra salvación en el pasado; tiene que ver con la regeneración de nuestro espíritu.

Pero, en Hebreos, el Señor es llamado «*el gran pastor de las ovejas*». Y según este texto, el gran pastor de las ovejas, mire con atención Hebreos 13:20-21, no apunta hacia el pasado. Sí, Juan 10 dice que ese buen pastor ya dio su vida. Nuestros pecados ya están perdonados; nuestro espíritu, que estaba en tinieblas, hoy está en luz; ya fue regenerado, en el pasado. Salvación del pasado.

Pero tenemos también una salvación en el presente. Por eso, Hebreos dice: «*¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?*». Una salvación tan grande, porque ella toca tres tiempos: pasado, presente y futuro. En el pasado, el buen pastor dio su vida; en el presente, el gran pastor de las ovejas, nos está perfeccionando. Eso nos dice Hebreos 13, porque ese gran pastor es aquel que es responsable por salvar nuestras almas.

El buen pastor, que dio su vida, regeneró nuestro espíritu, en el pasado; el gran pastor, que nos apacienta hoy. Pedro dice que nos convertimos al «*Pastor y Obispo de nuestras almas*», no al Pastor y Obispo de nuestro espíritu, sino de vuestras almas. Porque Pedro nos dice que vamos a alcanzar «*el fin de vuestra fe,*

que es la salvación de vuestras almas» (1ª Pedro 1:9). Entonces, tenemos un gran pastor en el presente, que está transformando nuestras almas, como ya vimos en el libro de Job, librándonos de la autoglorificación, de la autojustificación y de la autocompasión.

Él es el gran pastor de las ovejas. Él está salvando nuestras almas, transformándolas de gloria en gloria. Él se preocupa mucho de nuestra mente. «...renovaos en el espíritu de vuestra mente» (Ef. 4:23). «...transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento» (Rom. 12:2). Porque si no, nuestra salvación nunca será completa. No basta con tener vida en Cristo, no basta con ser regenerado, no es suficiente conocerlo como el buen pastor. Necesitamos conocer al gran pastor de las ovejas, al Pastor y Obispo de nuestras almas, aquel que nos está transformando de gloria en gloria, deseando que nuestra mente sea como la de él, nuestros pensamientos como los de él, nuestra voluntad sometida a la de él, nuestros sentimientos coincidentes con los suyos. Mente, voluntad y sentimientos, toda nuestra alma.

Pero, entonces, Pedro va a hablar sobre «el Príncipe de los pastores». Y este es el tercer tiempo de nuestra salvación, la salvación futura. Pedro lo coloca en futuro: «Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria» (1ª Pedro 5:4). Entonces, son tres tiempos. El primer tiempo toca a nuestro espíritu (el buen pastor); el segundo tiempo, a nuestra alma (el gran pastor de las ovejas) y el tercer tiempo toca al futuro, el Príncipe de los pastores, que se manifestará.

Entonces, recibimos vida, primero en nuestro espíritu. Eso es lo que la Biblia llama regeneración. Ahora estamos recibiendo más de la vida de Cristo en nuestra alma. La Biblia lo llama transformación o santificación. Y en aquel día, cuando el Señor vuelva, su vida va a saturar nuestros cuerpos mortales; es lo que la Biblia llama transfiguración, cuando lo mortal sea absorbido por la vida, cuando lo corruptible se revista de incorruptibilidad, y la muerte sea absorbida en victoria.

Por eso, «¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?». Espíritu, alma y cuerpo. El buen pastor, el gran pastor, el Príncipe de los pastores. Estamos en las manos de ese Pastor, aquel que comenzó esta obra fiel en nuestras vidas y es capaz de perfeccionarla hasta el fin. ¡Bendito es el Señor! ¡Gracias al Señor por eso!

Los salmos del Pastor

Hermanos, existen algunos pasajes en las Escrituras que necesitan ser comidos, no leídos. Claro, toda palabra de Dios es para ser comida. Y hay diversos tipos de comida en la Biblia. Algunas son filete, otras son un tecito, otros son sándwiches. Cómase un sándwich. Un pedazo de pan de un lado, otro pedazo al otro lado y una hamburguesa en el medio. ¿No es así un sándwich?

Así son los Salmos 22, 23 y 24. Usted tiene que comerlos juntos; no puede comer uno solo. El Salmo 22 es el Salmo del buen pastor. ¿Cómo comienza el Salmo 22? «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*». Probablemente, nuestro Señor Jesús recitó todo este Salmo cuando él estaba en la cruz, porque es el Salmo del buen pastor, y «*el buen pastor su vida da por las ovejas*» (Juan 10:11). La palabra dice que el Señor no sólo dijo: «*Dios mío, Dios mío...*», sino que el Señor clamó a gran voz. Porque, aquel que era la luz estaba siendo cubierto de tinieblas; aquel que nunca tuvo el rostro de su Padre oculto, estaba ahora con su rostro separado de la faz del Padre.

«...*el buen pastor su vida da por las ovejas*». Esta es la historia de la redención. Nuestro Señor Jesús siempre fue gobernado por dos grandes brazos en su vida. Un brazo importante en la vida del Señor Jesús, básico para él, era ver la faz de su Padre. Otro brazo, tan básico e importante como éste, era hacer la voluntad del Padre. ¿No es así? «*Mi comida es que haga la voluntad del que me envió*» (Juan 4:34). Él nunca dejó de hacer la voluntad del Padre, perfectamente. Mas también, nunca dejó de ver el rostro de su Padre, desde la eternidad.

Él dice en Juan 17:5: «*Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*». Ver el rostro del Padre, era el tesoro de Jesús; hacer la voluntad del Padre, era la suprema ambición de Jesús. Pero ahora, el buen pastor llega a Getsemaní, y allí, él oró tres veces. ¿Por qué? ¿Por qué los evangelistas dicen que él sudaba gotas como de sangre? ¿Por qué él dijo: «*Mi alma está muy triste, hasta la muerte*»? Porque ahora, estas dos cosas que siempre anduvieron juntas en su vida, iban a sufrir una conmoción. Para que el Señor Jesús cumpliera la voluntad del Padre, que era «*llevar muchos hijos a la gloria*», él tendría que perder de vista el rostro del Padre.

Y eso es lo que ocurrió en la cruz del Calvario. ¿Perciben por

qué el Señor se angustió allí profundamente? Él nunca había perdido de vista el rostro del Padre. Él podía soportar la traición de Judas, podía soportar la negación de Pedro, podía soportar el abandono de todos; pero no podía soportar perder de vista la faz del Padre. Por eso, él dice: *«Mi alma está muy triste, hasta la muerte»*.

Y, cuando él sube a la cruz del Calvario, entonces clama a gran voz, al perder de vista el rostro del Padre. Él pierde de vista la expresión de aprobación del Padre, pierde de vista el rostro de amor. Y entonces clama a gran voz: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»*. Para cumplir la voluntad del Padre, él mismo se hizo maldito, por nosotros. Gracias al Señor Jesús. Ese es el amor del buen pastor. *«...el buen pastor su vida da por las ovejas»*. Ese es el amor de nuestro Señor.

Pero nuestro Señor es también *«el gran pastor de las ovejas»*. Y ese es el Salmo 23. Quien habla en el Salmo 23, no es el pastor, es la oveja. Es la oveja quien saca su cabeza fuera de la cerca y habla a las otras ovejas, que no tienen pastor, que no conocen a Jehová. Ella bala a las demás, diciéndoles: *«El Señor es mi pastor»*. Es la oveja quien habla. Porque ella es pastoreada por el gran pastor de las ovejas. Él es aquel que unge su cabeza con aceite, él es quien hace rebosar su copa, quien prepara para ella una mesa delante de sus enemigos.

Aunque esa oveja *«ande por valles de sombra de muerte»*, es sólo la sombra de la muerte. Son las sombras, porque fue su pastor quien pasó por la muerte. Entonces, la muerte no puede tocar a esa oveja, sino simplemente el valle de sombra de la muerte. *«No temeré... porque tú...»*. *«Tú...»*. Ese es el tesoro de la oveja. *«...tú estás conmigo»*. *«Tu vara (disciplina) y tu cayado (amor) me infundirán aliento (me consuelan)»*. Gracias al Señor, el gran pastor de las ovejas. Él nos perfeccionará, para presentarnos delante de él, santos, sin mancha, irrepreensibles.

Luego, tenemos el Salmo 24. Este es el Salmo del Príncipe de los pastores, el Salmo del Reino; es el Salmo que tiene que ver con la segunda venida del Señor. *«Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores... Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria»*, el supremo Pastor. ¿Cómo preguntan los ángeles? *«¿Quién es este Rey de gloria? El Señor de los ejércitos, él es el Rey de la gloria»*. Aquel que peleó la buena batalla, aquel que descendió a lo profundo de la tierra, aquel que dice: *«Yo tengo las llaves de la muerte y del Hades»* (Apoc. 1:18).

El supremo pastor, que se ha de manifestar, nos revestirá con la gloria incorruptible, y podremos verlo tal como él es. Seremos semejantes a él, el Príncipe de los pastores, el supremo pastor de las ovejas. Entonces, este es el sándwich. Necesitamos comerlo juntos. Buen pastor, gran pastor, supremo pastor. ¡Gracias, Señor!

La revelación de Cristo

Hermanos, en Mateo capítulo 16, si leemos con atención a partir del versículo 13, hasta el final, ustedes van a ver que aquí son dadas cuatro grandes revelaciones. La primera revelación es: «*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*» (Mateo 16:16). Es un asunto de revelación. Isaías 53:1 dice: «*¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado (o revelado) el brazo de Jehová?*». Nosotros sólo podemos conocer al Señor por revelación.

Cuando el Señor tomó a sus discípulos y los llevó al monte, estaba en los alrededores de Cesarea de Filipo, y había allí como una plataforma, desde donde era posible ver una gran roca. Así es hasta hoy. Entonces, él se detiene allí, en los límites de Cesarea de Filipo, y pregunta a sus discípulos: «*¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?*» (v. 13). Esa es la pregunta más importante del universo. Y él escuchó muchas respuestas, todas buenas, pero todas erradas.

Y entonces, Jesús pregunta a sus discípulos: «*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*». Yo pienso que Pedro, después de hablar, se colocó la mano en la boca y dijo: '¿Quién dijo eso?'. Porque aquello no era de él mismo. Porque el Señor lo mira, y le dice: «*Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos*» (v. 17). No era algo que estaba en Pedro, ni era el conocimiento experto de Pedro, ni tampoco era que Pedro fuese muy inteligente, sino que Pedro fue objeto de la revelación.

Así es con nosotros. ¿Sobre quién se ha revelado el brazo del Señor? A nosotros nos fue revelado el brazo del Señor. Nosotros conocemos al Cristo, al Hijo del Dios viviente. Esta es la primera gran revelación de Mateo 16. Ella domina todo el Nuevo Testamento.

La revelación de la Iglesia

La segunda. «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre». «Simón, hijo de Jonás». En hebreo, «Simón bar Jonas». La expresión bar significa «hijo de». Bar Jonas = hijo de Jonás. Probablemente en aquel tiempo, en Palestina, la mitad de los hombres se llamaba Simón; la otra mitad se llamaba Juan (Jonás). Y éste que está aquí es Simón, el hijo de Juan. Lo que el Señor le está diciendo es: «Tú eres un Juan Nadie; eres simplemente Simón hijo de Juan». «Y yo también te digo, que tú eres Pedro», una piedra.

Simón significa *inestable*. Eso es lo que somos nosotros, inestables. Pero *Cefas* (Pedro), significa una *piedra*, una piedra pequeña, un guijarro. La palabra usada aquí para él es *petros*, Pedro, un guijarro. Pero, cuando el Señor Jesús dice: «*Sobre esta roca edificaré mi iglesia*» (v. 18), la palabra usada es *petra*, que significa una gran roca. Pedro era *petros*, un pequeño guijarro tomado de esa gran roca, por causa de la revelación.

Entonces, la segunda gran revelación de este capítulo es con respecto a la iglesia. Porque, después que el Señor habla con Pedro con respecto a éste mismo, él dice también: «*Y sobre esta roca edificaré mi iglesia*». Y esta es la primera vez que la palabra iglesia aparece en el Nuevo Testamento. Entonces, es una mención muy importante, porque va a establecer el principio de lo que el Señor quiere decir sobre la iglesia. Y el principio más importante sobre la iglesia es que él edifica su iglesia.

Nosotros estamos llamados a ser colaboradores, sí; pero la iglesia sólo puede ser edificada *por* él mismo, y sólo puede ser edificada *con* él mismo. Él no es sólo el edificador, mas él es también el material; la iglesia es edificada con Cristo. Un hermano definió, en cierta oportunidad, que la iglesia es Cristo en mí, Cristo en el hermano Juan, Cristo en aquel hermano, menos yo, menos Juan y menos aquel hermano.

La iglesia es sólo Cristo. Ella está constituida de Cristo. Cristo en nosotros es la iglesia. Las tablas del tabernáculo, en el interior, eran de madera. La madera habla de la naturaleza humana, pero la naturaleza humana no se tocaba con la naturaleza humana, porque las tablas eran revestidas de oro, y el oro habla de la vida, la naturaleza y la gloria de Dios. Y así era como se tocaban las tablas del tabernáculo. Cristo en mí, no tiene ningún problema con Cristo en ti; pero yo puedo tener muchos

problemas contigo, porque necesito ser más tratado por la cruz de Cristo. *«Cristo en vosotros, la esperanza de gloria»* (Col. 1:27). Eso es la iglesia.

«Edificaré mi iglesia». Ese «mi», posesivo, es tan importante aquí. Nadie tiene iglesia. La iglesia no puede ser abierta por nadie y no puede ser cerrada por nadie. La iglesia es una entidad espiritual edificada por Cristo mismo, que tiene su realidad espiritual en el propio Cristo. *«Edificaré mi iglesia»*, la iglesia que es la niña de sus ojos.

Cuánto necesitamos tener temor al tocar la iglesia. Nosotros sabemos lo que aconteció a Saulo de Tarso cuando él tocó a la iglesia. El Señor lo derribó en el camino a Damasco, y le dijo: *«¿Por qué me persigues?»*. Porque la iglesia es él mismo. Él está en la iglesia. Así como él es nuestra casa, nosotros también somos su casa. Él habita en nosotros. *«Edificaré mi iglesia»*.

La revelación de la Cruz

Entonces, Cristo, es la primera revelación en el capítulo 16. *«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»*. La segunda: *«Edificaré mi iglesia»*. La tercera, a partir del versículo 21: *«Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén...»*. ¿Sobre qué está él hablando aquí? ¿Cuál es el asunto? La cruz. La cruz es la tercera gran revelación de Mateo 16. Y la última de ellas aparece en los versículos 27 y 28, y empezando el capítulo 17: el reino. Es la cuarta gran revelación de este capítulo.

Cristo, la iglesia, la cruz y el reino. Hermanos, si nosotros colocamos estas cuatro palabras en cuatro columnas, usted puede colocar todos los versículos del Nuevo Testamento debajo de una de estas columnas. Todo en el Nuevo Testamento tiene que ver con Cristo, con la iglesia, con la cruz y con el reino. Por eso este capítulo 16 de Mateo es tan importante, porque aquí nosotros tenemos el germen de todas estas cuatro mayores revelaciones de la Biblia.

Para concluir, vamos a decir lo siguiente con relación a este asunto de la vocación celestial. Todo lo que compartimos hoy, de nuevo, tiene que ver con el asunto de la vocación celestial: compartir su gloria, ser como él, de gloria en gloria, salvos en espíritu, alma y cuerpo; el bueno, el grande y el supremo Pastor.

La revelación acerca del Reino

Y entonces, delante de esas cuatro revelaciones de Mateo 16, cuando llegamos a la última de ellas, el reino, vemos que es otro asunto en el cual hemos tenido dificultades para comprender. Porque miramos mucho el aspecto exterior y al aspecto político del reino. Israel también miraba así. Recuerden que, incluso después que el Señor había resucitado, cuando él estaba en el monte de los Olivos, los discípulos le preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» (Hech. 1:6). «¿Cuál será el tiempo en que restaurarás el reino a Israel?».

¿En qué tipo de reino estaban pensando ellos? Ser liberados del yugo del imperio romano. Cuando el Señor Jesús entró sobre un asno en Jerusalén, a pesar de ser un burrito, ellos lo aclamaron, Él no entró a caballo, como un gran general, sino sobre un asno. Pero aun así, él fue aclamado. ¿Y cómo fue aclamado? «*¡Hosanna al Rey que viene en el nombre del Señor!*». Aquellos que ya tenían revelación de él, pensaban que ahora él iba a asumir el reino en Israel. Esa era la idea que ellos tenían del reino.

Pero, cuando el Señor llevó a los discípulos al monte de la transfiguración, él había dicho antes de eso: «*De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino*» (Mat. 16:28). ¿Será que el Señor mintió? Si nosotros pensamos que el reino es, esencialmente, una cosa que vendrá, entonces el Señor mintió, porque aquellos discípulos –Pedro, Juan y Jacobo– ya murieron.

Ellos no vieron ese aspecto exterior del reino; no vieron el reino milenial. No vieron el aspecto político, la manifestación externa del reino. Pero, ¿será que el Señor les mintió? Está claro que no. El Señor les está mostrando cuál es la esencia del reino; que el reino no es una cuestión geográfica, no es una cuestión política, ni aun es una cuestión temporal, sino un asunto espiritual. Es un asunto de carácter. La verdad es que el reino es el propio Rey. Y nadie va a reinar con él, a no ser que sea semejante a él; porque no puede entrar en el reino nada que no pertenezca al mismo Señor Jesús.

El reino es un carácter – es el carácter del Rey. Y es eso lo que él muestra en este capítulo. Entonces, después que él dijo: «*...hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino*», entonces él va a cumplir su palabra. Y va a subir al monte – probablemente el

monte Hermón—. ¿Y qué ocurrió en aquel monte? Él «*se transfiguró delante de ellos*» (Mat. 17:2). Esa es la esencia del reino. Ellos pudieron mirarlo y ver su gloria.

«...y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz». Y ustedes recuerdan, entonces, lo que ocurrió allí. Pedro quedó tan extasiado con aquella gloria, que dio la sugerencia de que ellos permanecieran allí. Tal era la gloria del reino, revelada en la persona del Señor. Esa es su gloria. Entonces, hermanos, su gloria es su reino; y su reino, es su gloria. Cuando nosotros habitamos en él, compartimos su gloria, compartimos su naturaleza, compartimos su reino. En la medida que el reino de Dios va siendo extendido en nuestro interior, entonces llegará a esa manifestación exterior. Pero nunca antes.

Entonces, no perdamos esto de vista. Nuestro Señor Jesús dijo a sus discípulos: «Cuando os dijeren: el reino de Dios está allí, el reino de Dios está acá, no lo creáis; porque el reino de Dios está dentro de vosotros». El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos trae la realidad espiritual del reino. Ese es nuestro llamamiento. Es por eso que el Señor le dijo a Nicodemo: «*El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*» (Juan 3:3). Nosotros somos su reino, y fuimos llamados para compartir su gloria. Contemplar la gloria del Señor, este es nuestro llamamiento. Esta es la vocación celestial, «*el supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*».

Para concluir, me gustaría decir que, cuando Pablo menciona esa expresión en Filipenses 3:14, que ya estudiamos antes, luego dice en Filipenses 3:15: «*Así que, todos los que somos perfectos...*». La palabra perfectos, allí significa adultos, aquellos que están caminando un poco más adelante con el Señor. Todos los que somos adultos, «*esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios*».

Entonces, todos los que somos adultos, en el cuerpo de Cristo, debemos ser diligentes para anunciar a nuestros hermanos que esta es nuestra soberana vocación, «*el supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*». Todos los que somos adultos, tengamos este sentir. Entonces, Pablo enfoca esta suprema vocación como la meta de nuestro llamamiento, y que nada nos pueda retener aparte de esto, nada nos pueda distraer; nada, ni aun nuestra comisión.

Sí, predicar el evangelio es algo tremendo. Ser instrumentos

de Dios para traer personas al reino, eso tiene un valor eterno. Esta es la comisión de la iglesia. Pero, el llamamiento de la iglesia, es para ser semejantes a él, para que el carácter de Cristo sea formado en nosotros. Cuando Pablo escribe a los Gálatas, usa estas expresiones: Capítulo 1, «Cristo revelado en mí»; capítulo 2: «Cristo vive en mí»; capítulo 4, «Cristo formado en vosotros».

«Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál. 4:19). Que el Señor nos ayude en esto.

3

CONSIDERANDO A CRISTO

«Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús» (Hebreos 3:1).

Nuestro tema en estos días ha sido la vocación celestial. Y hemos visto que nuestro supremo llamamiento es para que seamos hechos conformes a la imagen de su Hijo. El Espíritu Santo fue enviado desde el cielo para hacer una obra muy definida, y esa obra es hacernos semejantes al Hijo de Dios. Nada impedirá al Espíritu Santo proseguir esta obra; nada podrá detenerlo. Por eso, él nos llama para esta cooperación.

Por esto, en el libro de Hebreos, usted va a encontrar quince veces la palabra «Jesús». ¿Por qué? Porque el énfasis de este libro es que el Señor Jesús es Hombre. Esas quince veces en que aparece la palabra «Jesús», usted la va a encontrar **sin** acompañamiento de la palabra «Señor» o de la palabra «Cristo». Sólo Jesús. Porque el énfasis está en su humanidad. Es aquel que fue hecho carne, aquel «*que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado*» (Heb. 4:15), aquel que traspasó los cielos, no sólo como Hijo de Dios, sino como el Hijo del Hombre.

«Jesús». Esta palabra aparece quince veces. Entonces, el gran aliento de la epístola a los Hebreos es que, este Jesús, este Verbo que fue hecho hombre, obediente hasta la muerte, probado en todas las cosas, tentado en todas las cosas, fue aprobado por Dios, y asumió una posición, como hombre, a la diestra del trono de la Majestad en las alturas. Hay un hombre en los cielos ahora, el primer hombre que entró cara a cara con Dios.

Cristo, como Hijo de Dios, siempre vio el rostro del Padre. Pero, cuando el Verbo asume la naturaleza humana, esa naturaleza humana creció unida a la naturaleza divina; sin embargo, sin mezcla, sin fusión, sin confusión. Dos naturalezas paralelas. La divinidad, 100% divino y 100 % humano, con un espíritu humano, alma humana y cuerpo humano. Porque nada de la naturaleza humana que Jesús no hubiese asumido en sí mismo podía ser salvado. Para salvar nuestro espíritu humano, Jesús tenía que tener un espíritu humano; para salvar nuestra alma humana, él tenía que participar del alma humana, y para salvar nuestro cuerpo humano, él tenía que tener un cuerpo humano real. Por eso, en Hebreos 2:14 dice que *«los hijos participaron de carne y sangre»*. ¿Quiénes son estos hijos? Somos nosotros. Somos hijos que Dios está llevando a la gloria. Y eso es lo que usted halla en el versículo 10. *«...habiendo de llevar muchos hijos a la gloria»*, como hemos visto, *«...transformados de gloria en gloria en la misma imagen»*, porque *«él es la imagen del Dios invisible»* (Col. 1:15), el unigénito de Dios, que se hizo *«el primogénito entre muchos hermanos»* (Rom. 8:29).

Entonces, Hebreos 2:14-16 dirá: *«Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham»*.

«Socorrió». ¿Qué tipo de socorro nos dio el Señor? Llevarnos a la gloria; ése es su socorro. No es una ayuda cualquiera, no es simplemente una liberación de aflicciones, ni siquiera la liberación de la muerte; pero es un socorro para que seamos semejantes a él mismo. Porque él se hizo en todo semejante a nosotros; entonces, nada que el Señor Jesús no asumiese podía ser salvado. Cuando él estaba en la cruz, dijo: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»* (Luc. 23:46). El Espíritu Santo no sustituyó al espíritu humano de Jesús. No. Jesús tenía un espíritu humano, y la plena habitación del Espíritu Santo en su espíritu humano. Entonces, él puede redimir nuestro espíritu, porque él tiene espíritu.

El Señor Jesús tenía un alma humana, con mente, voluntad y emociones. Él dijo: *«Mi alma está muy triste, hasta la muerte»* (Mat. 26:38). El Señor Jesús tuvo un cuerpo humano. Hebreos 10:5-7 cita el Salmo 40:6-8, y lo que allí está escrito son las palabras de

nuestro Señor Jesús, cuando él dijo así al Padre: «*Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo...*». Espíritu, alma y cuerpo. Así fue nuestro Señor Jesús, plenamente humano. Por eso, él puede salvarnos plenamente, como vamos a ver en el libro de Hebreos.

Uno de los versículos claves de este libro es Hebreos 7:25, que dice exactamente esto: «...*por lo cual puede también salvar perpetuamente (plenamente) a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos*». ¡Qué maravilla, hermanos! ¡Gracias al Señor! Aquel que tiene espíritu humano, aquel que tiene alma humana, aquel que tiene cuerpo humano, aquel que es nuestro buen pastor, aquel que es nuestro gran pastor, aquel que es el Príncipe de los pastores, aquel que salva nuestro espíritu, salva nuestra alma y salva nuestro cuerpo, ese es nuestro Redentor. Ese es Jesús, tal como es presentado en el libro de Hebreos.

«*Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión... Jesús*» (Heb. 3:1). Es humano, plenamente como nosotros, a nuestra semejanza, pero sin pecado. Porque nosotros no fuimos creados con pecado; fuimos creados sin pecado. El pecado es un intruso en la naturaleza humana. Entonces, cuando el Verbo se hizo carne, Dios obtuvo su segundo hombre. «*Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente*» (1ª Cor. 15:45), y cayó. El segundo hombre es «*espíritu vivificante*», y venció.

«*Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial*» (1ª Cor. 15:49). Esta es nuestra «*salvación tan grande*». Por eso, «*¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?*» (Heb. 2:3).

Entonces, Hebreos 3:1 dice que, para que podamos responder a nuestra vocación celestial, la primera actitud que debemos tener es «*considerar atentamente...*». Ah, hermanos, trece capítulos tiene este libro de Hebreos. Si usted lo lee diez veces, veinte veces o cincuenta veces, usted va a ser absorbido con el espíritu de este libro, y verá al magnífico Jesús que se presenta aquí. Haga esto: léalo cincuenta veces, para que entre en el espíritu de la palabra, y no sólo conozca la palabra en su mente, sino que toque el borde de sus vestiduras.

«*Jesús...*». Considerar atentamente al Hijo de Dios, el Hijo apóstol, el Hijo sumo sacerdote. Estos son los dos énfasis del libro de Hebreos: el Hijo apóstol y el Hijo sumo sacerdote. El

Hijo en dos aspectos. Desde el capítulo 1 hasta el capítulo 4 versículo 13, toda esta sección está dedicada a hablarnos del Hijo apóstol. Y comenzando en el capítulo 4 versículo 14, hasta el final del libro, el énfasis es sobre el sumo sacerdote. «*Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios*» (Heb. 4:14). Ahí comienza el énfasis sobre el sumo sacerdote.

Entonces, vamos a dedicar un poco de tiempo a Hebreos 3:1. «*Por tanto...*». Por tanto, ¿qué? Por causa de todo lo que ya fue presentado en los dos primeros capítulos, vamos a ver un poco de eso. «*...hermanos santos...*». Primero, fuimos puestos aparte, «*santos*»; es decir, cortados del mundo. *Ekklesia*, iglesia, llamados para afuera, llamados a él; no sólo llamados *de él*, sino llamados *a él*.

La siguiente palabra es «*hermanos*». Porque el Hijo es descrito, en el capítulo 1, en siete glorias, y él es nuestro hermano mayor. Aquel que era el unigénito, es el primogénito, el hermano mayor; y nosotros somos sus hermanos. Entonces Hebreos 2:11, un versículo maravilloso, dice así: «*Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos*». ¿No es maravilloso esto? Nuestro Señor, perfecto, santo, puro, justo, no se avergüenza de llamarnos hermanos, por causa de la obra consumada en la cruz del Calvario.

Porque él es el último Adán, entonces, en él fue encerrado todo aquello que pertenecía a nuestra naturaleza adánica. Eso ya es una realidad espiritual. Nosotros sólo necesitamos, por el Espíritu Santo, entrar en posesión de esta verdad. La cruz ya trató con la carne, ya trató con el viejo hombre, con el pecado, el mundo, el ego, el diablo. Hay por lo menos seis terrenos de victoria. La cruz ya trató con todo eso. Por eso, el Señor Jesús es el último Adán. Pero él también es el segundo hombre, cabeza de una nueva raza, y nosotros somos sus hermanos, y él no se avergüenza de llamarnos hermanos.

¡Cuántas veces, por causa de nuestra introspección, nos avergonzamos de nosotros mismos! Sí, necesitamos arrepentirnos de nuestros pecados, necesitamos reconocer que aún hay muchas cosas en nosotros que no son compatibles con el Hijo de Dios; pero eso no altera nuestra posición espiritual, no altera nuestra filiación. Nosotros somos sus hermanos, y él no se avergüenza de llamarnos hermanos. ¡Gracias al Señor por esto!

«*...hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad...*». La palabra *participar* aparece siete veces en Hebreos,

y la idea de ella es muy preciosa. La idea de participar es «tener asociación con». Nosotros no somos espectadores, no somos asistentes; nosotros participamos, estamos integrados en una vocación celestial, porque él nos llamó, porque él nos hizo de él. Entonces, nosotros participamos de esta vocación celestial, estamos en esa soberana vocación, en esa vocación ascensional, como vimos en el libro de Job.

La próxima palabra es: «...considerad...». Es también una palabra muy significativa, tomada de la astronomía. Es una palabra específica. Significa que nosotros instalamos un telescopio para estudiar un astro. Y cuando los astrónomos hacen eso, ellos dedican muchos días y noches a estudiar aquel astro, observando cada ángulo de una y otra manera. «Considerad», significa que usted va a fijar su atención para contemplar, para estudiar, para percibir, para aprehender. Entonces, esta es la palabra: considerar atentamente «*al apóstol y sumo sacerdote*». Y ese es todo el mensaje del libro de Hebreos.

Pero, antes de entrar en el asunto del apóstol y del sumo sacerdote, necesitamos ver quién es el apóstol y sumo sacerdote. Y él está descrito en el capítulo 1, versículos 1 al 4. Hermanos, estos versículos son como algo psicotrópico. ¿Usted sabe lo que es un medicamento psicotrópico? Cuando un psicotrópico es muy fuerte, usted toma uno y duerme una semana.

Las siete glorias del Hijo del Hombre

Si usted lee estos cuatro primeros versículos de Hebreos, entrará en una realidad maravillosa para muchos días; porque hay aquí una concentración tan grande de la gloria de Cristo. Son siete glorias. ¿Cuáles son ellas? Primero dice: «*el Hijo... heredero de todo*». Segundo: «*por quien asimismo hizo el universo*». Entonces, no es sólo el heredero, sino también el Creador. «*Sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*» (Juan 1:3).

La tercera gloria mencionada aquí es: «...*siendo el resplandor de su gloria*». Y esto también tiene un sentido muy específico. Cuarto: «...*y la imagen misma de su sustancia*», la expresión exacta de su ser. Quinto: «...*y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder*». Sexto: «*habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados...*». Y séptimo: «...*se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*». Siete glorias. Y eso no es casual. El 7, en la Biblia, habla de plenitud, perfección.

Pero, antes de entrar en estas siete glorias, el versículo 1 dice así: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días...». Y esta expresión, «*postreros días*», comprende desde la revelación de Cristo encarnado, hasta su segunda venida; desde su primera venida hasta su segunda venida. Estos son los últimos días. Si éstos son los últimos días, ¿en qué periodo estamos viviendo nosotros ahora? Tal vez los últimos segundos, hasta que él venga.

«*Dios... en estos postreros días, nos ha hablado en el Hijo*». No es «por el Hijo»; es «en el Hijo». Significa que todo aquel hablar del Antiguo Testamento era transitorio, era un hablar parcial, un hablar fragmentario, sólo en partes. Sin embargo, cuando el Hijo es revelado, el hablar de Dios en él es absoluto, completo, final, total, perfecto. Dios nos habló *en* el Hijo. ¡Cuán importante es esto! Por eso, la palabra de Dios dirá que él «*es la imagen del Dios invisible*» (Col. 1:15).

Hermanos, estos no son asuntos para seminario, no son asuntos académicos, no son asuntos de teología simplemente; sino son asuntos espirituales. Tocan lo que el Hijo es. Y sólo en la medida que contemplamos más quién es él, es que podemos ser transformados en su gloria. Entonces, vamos a ver un poco el significado de este Hijo. Pues Dios nos habló en el Hijo.

Al conocerse a sí mismo, Dios se conoce perfectamente; y al conocerse, él genera una imagen de sí mismo que es exactamente igual a sí mismo. Todos nosotros tenemos una percepción sobre nosotros mismos, pensamos que somos de esta o de esta otra forma. Cada uno tiene una percepción sobre sí mismo. Toda nuestra percepción de nosotros mismos es incompleta e imperfecta, porque nosotros somos imperfectos. Pero Dios es perfecto. Cuando él se conoce a sí mismo, si él es omnisciente, él conoce todo con respecto a todas las cosas, y él sabe todo con respecto a sí mismo.

Al conocerse, Dios genera una imagen de sí mismo, y esa imagen de sí mismo es llamada el *Logos* (Verbo). «*En el principio era el Logos, y el Logos estaba con Dios, y el Logos era Dios*». Por eso, la palabra *Logos* significa expresión. Es algo que antes era invisible, sin expresar, pero ahora ha sido expresado. Por eso, cuando el *Logos* fue hecho carne, y Juan lo toca, él puede decir: «...y vimos su gloria... lo que palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida». Es el Hijo. Entonces, Dios, al conocerse, genera esa imagen de sí. «*Él es la imagen del Dios invisible*» (Col. 1:15).

Ahora, ¿ustedes recuerdan cuando Moisés hizo una petición a Dios? «*Te ruego que me muestres tu gloria*» (Éx. 33:18). ¿Quizás nosotros pensamos que Dios tiene buen humor? Yo pienso que en ese momento, él debe haber sonreído a Moisés. Y le dijo: «*No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá*» (v. 20). «Si te muestro mi gloria, vas a ser consumido».

«*Y dijo aún Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria –El Señor define aquí su gloria como su bondad–, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro*». Dios no tiene frente ni espaldas. Lo que él quiere decir es que Moisés tendrá una vislumbre parcial de lo que Dios es, porque Moisés no tenía equipamiento en sí mismo para ver la gloria de Dios cara a cara. Sólo cuando tengamos nuestros cuerpos transformados, seremos semejantes a él, y le veremos tal como él es, como dice 1ª de Juan.

Entonces, cuando el Señor esconde a Moisés en la hendidura de la roca, esta es una figura de la Roca herida, Cristo crucificado. Eso significa que nosotros sólo podemos contemplar «*la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*» (2ª Cor. 4:6). Porque estamos escondidos en la hendidura de la peña, la roca que es Cristo. Este es el Hijo, en el cual Dios habló, este Hijo que es la sabiduría de Dios.

Ahora, observe las siete glorias descritas en estos versículos. Hermanos, hay mucho contenido en cada una de estas glorias. Pasaremos rápidamente por ellas, para ir al tema principal del apóstol y sumo sacerdote. La primera de ellas: Él es «*heredero de todo*». ¿Por qué él es el heredero? Porque el Padre le confió todo a él.

¿Usted recuerda cuando Abraham envió a su siervo Eliezer a buscar una esposa para su hijo? Él fue enviado para encontrar a Rebeca. Ustedes conocen la historia. Después que Rebeca les sirvió agua a él y a sus camellos, él fue con Rebeca hasta la casa de su hermano Labán. Y, cuando llega a la casa y se presenta, él no dice su nombre; dice simplemente así: «*Yo soy criado de Abraham*» (Gén. 24:34). Porque Eliezer es figura del Espíritu Santo, y todo el ministerio del Espíritu Santo no es llamar la atención sobre sí mismo, sino llamar la atención hacia el Hijo, hacia Cristo: Isaac.

Entonces, él dice: «*Yo soy criado de Abraham*». Y le dice a Labán: «*Mi amo Abraham es muy rico*». Abraham es una figura de Dios

el Padre, así como Isaac es figura de Cristo, Dios el Hijo; Eliezer, el siervo de Abraham, una figura del Espíritu Santo, y Rebeca, una figura de la iglesia. ¿No es claro esto? Entonces cuando él dice a Labán: «Yo soy criado de Abraham... y mi señor Abraham ha dado a su hijo todo cuanto tiene». Abraham es muy rico – Dios el Padre es muy rico–, pero él dio a su hijo Isaac –Cristo– todo lo que él tiene.

En Juan 16:13-15, vea la interpretación de la historia de Eliezer, Isaac y Rebeca. «*Pero cuando venga el Espíritu de verdad –este es Eliezer–, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta –porque él fue enviado por Abraham, figura de Dios el Padre–, sino que hablará todo lo que oyere –eso hizo Eliezer para Labán: habló de las riquezas de Abraham–, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará –Eliezer hablando sobre las riquezas de Isaac; el Espíritu Santo glorifica a Cristo–; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber*».

Vea ahora la primera expresión del versículo 15: «*Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber*». Ahora, veamos Génesis 24:36. «*Y Sara, mujer de mi amo, dio a luz en su vejez un hijo a mi señor, quien –Abraham– le ha dado a él –a Isaac– todo cuanto tiene*». ¿Lo vio? La interpretación de esta figura aquí, está allá en Juan 16:15. «*Todo lo que tiene el Padre es mío*». Por eso, él es el heredero de todo, porque es el creador de todas las cosas. «*Todo fue creado por medio de él y para él*» (Col. 1:16).

Pero esta es la verdad con respecto al Señor Jesús desde la eternidad; porque el Hijo es el Creador. Pero aquí hay otra verdad relacionada con esta herencia. Hechos 13:33. Vea con cuidado este versículo. Nos dirá que el Señor Jesús no es sólo el heredero como Hijo de Dios, sino heredero como Hijo del Hombre. En este sentido, entonces, él se volvió heredero. Porque él no es sólo Hijo de Dios; él fue hecho Hijo del Hombre, y como hombre, él necesitó ser probado, tentado, para luego ser aprobado, para llegar a ser heredero de todas las cosas, para recibir un nombre que es sobre todo nombre.

¿Percibe usted la diferencia entre estas dos cosas? Como Hijo de Dios, él es el eterno Dios; mas, para que él pudiese asumir su lugar dentro del eterno propósito de Dios, como hombre, él tenía que ser glorificado, perfectamente probado y aprobado por Dios. Y entonces se tornó el heredero de todas las cosas. Y entonces vea lo que dice Hechos 13:33: «*...la (promesa que) Dios ha*

cumplido a los hijos de ellos, a nosotros...». ¿Cómo cumplió Dios su promesa? «...resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo...». ¿Y qué está escrito en el salmo segundo? «Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy».

Aquí no es el Hijo eterno, engendrado por el Padre eterno. Es el Hijo que se hizo hombre, engendrado por la resurrección. Por la resurrección, él asumió la posición de heredero. Por eso se cita el salmo 2: «*Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy*». ¿Y sabe lo que dice el versículo siguiente en el salmo 2? «*Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra*» (v. 8). Heredero de todas las cosas.

Luego, la descripción del libro de Hebreos continúa diciendo: «*...y por quien asimismo hizo el universo*». «*Sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*». Él es el propio Creador. Él no es un instrumento por medio del cual el Padre creó; él es el Creador. Todas las cosas fueron hechas por medio de él.

La tercera gloria que se menciona aquí es: «*...siendo el resplandor de su gloria*». Nosotros sabemos que *gloria*, en la Biblia, es una palabra que no tiene definición. Cuando dice que el Hijo es el resplandor de su gloria, significa que todo lo que Dios es, está reflejado en él. La palabra, en el original, es irradiación o refulgencia, algo que brilla o resplandece. Él es el resplandor de su gloria. No podemos ver la gloria de Dios; es el Logos el resplandor de la gloria.

Y la próxima expresión dirá: «*...la imagen misma de su sustancia*», o la imagen expresa de su ser. Es también una expresión muy maravillosa. Significa que el Padre tiene una manera de vida, una subsistencia, y esa subsistencia del Padre se expresa en el Hijo, de donde viene la palabra «carácter». Usted sabe lo que es esto, por el uso del computador. Cuando usted digita cierto carácter en el teclado, va a tener aquel carácter en la pantalla. ¿No es así? Si usted aprieta la *A* aquí, tendrá la *A* allí. Entonces, él es el carácter, la expresión exacta de su ser.

La palabra exacta allí es el carácter de la *hipóstasis*, del Padre. El Padre tiene una subsistencia, que nadie ve, nadie conoce. Dios es invisible. Pero el Hijo es el carácter de la subsistencia del Padre. Entonces, él puede decir así: «*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*» (Juan 14:9). El carácter de la *hipóstasis* del Padre. ¡Qué maravilla! Ese es el Señor Jesús, la expresa imagen de su ser.

Después, en quinto lugar, dice: «*...y quien sustenta todas las*

cosas con la palabra de su poder». ¡Qué maravilla, hermanos! Nuestro Señor es el Señor del macrocosmos y el Señor del microcosmos. Cuando usted mira al macrocosmos, ve aquellos planetas en sus órbitas, en perfecto orden y armonía; ese es el macrocosmos. Y cuando miramos el microcosmos, vemos aquellos átomos orbitando de la misma manera que los planetas, los electrones en torno al núcleo.

¿Quién sustenta el macro y el microcosmos? ¿Sabe lo que Pablo dice en Colosenses 1:17? «*Todas las cosas en él subsisten*». La palabra *subsisten*, allá en Colosenses, es muy específica. Significa «se mantienen cohesionadas». ¿Sabe usted por qué todas las cosas no se desintegran? Porque ellas son sustentadas por el Hijo de Dios. Cada una de nuestras células, cada uno de los planetas, el macro y el microcosmos, todo, en él, subsisten. Él sustenta todas las cosas.

Aun la rebelión del diablo, es sustentada por Cristo. Porque, al final, todo ha de redundar para su gloria, la expresión de su justicia, de su santidad. Él sustenta todas las cosas. Satanás no es autónomo, no es libre para hacer lo que quiera, cuando quiera; no es omnipotente, no es omnisciente, no es omnipresente. Es el Hijo «*quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder*». Ese es el Hijo, del cual nosotros fuimos hechos hermanos, el cual no se avergüenza de llamarnos hermanos.

¡Oh, cuánta distancia, en este sentido, hay entre nosotros y él! Existe un abismo inmenso entre él y nosotros. Nosotros somos tan diferentes de él. Él es el Hijo, que se describe en el capítulo 1. ¿Y nosotros? Isaías dice: «*Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es*» (Is. 40:17). ¿Recuerda? Todas las naciones, colocadas en la balanza, no tienen peso alguno, son como polvo sobre la balanza.

Pero veamos este versículo maravilloso en Zacarías 12:1. Preste atención: «*Profecía de la palabra de Jehová acerca de Israel. Jehová, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él...*». Cuatro cosas. Primero, habla el Señor. ¿Quién es el Señor? Es este que estamos viendo en Hebreos 1, el resplandor de la gloria, quien creó todas las cosas y quien sustenta todas las cosas. Este grandioso Señor habla.

Ahora, vea el resto del versículo: «*Jehová, que extiende los cielos*». El cielo, delante de él, es como nada. Y dentro de ese «*cielos*», que se refiere a todo el universo, él fundó la tierra. ¿Usted

ya tiene una idea de lo que es la tierra en el universo? Cuando usted abre la puerta por la mañana y entra un rayo de sol, y la casa tiene un poco de polvo, si usted mira el rayo de sol, ve granos del polvo finísimos suspendidos en el aire. Ellos son como la tierra en el universo: un puntito de polvo suspendido en el aire. ¿Qué es eso? No es nuestra imaginación. Los telescopios están allí para probarlo.

Él creó el universo. *Uni-verso*, una voluntad. Ese es el sentido de la palabra universo. Él creó el universo, para cumplir una voluntad de «*llevar muchos hijos a la gloria*»; llevarnos a participar de aquello que él es. Entonces, cuando él extiende los cielos, ese gran universo, él «*funda la tierra*», una cosa minúscula dentro del universo. Y luego, una cosa aun menor que ésta: «*el espíritu del hombre*».

«¿*Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, O el hijo del hombre, para que le visites?*», es la pregunta de Hebreos 2:6, citando el salmo 8. ¿Se acuerda? «¿*Qué es el hombre?*». ¿Pero ve usted lo que Zacarías 12 está diciendo? El Señor habla. ¿A través de quién está hablando? De Zacarías. El Espíritu del Señor estaba con el espíritu de Zacarías. Entonces, ahora usted ve la corriente cerrándose. Ese grandioso Señor, infinito, insondable, tremendo, extendió los cielos, fundó la tierra, formó el minúsculo espíritu del hombre dentro de él, para que ese grandioso Señor viniese a habitar en ese minúsculo espíritu y pudiese tornar, a ese hombre que él creó, en su expresión.

El salmo 19 dice: «*Los cielos cuentan la gloria de Dios*» (v. 1), y dice también: «*La ley de Jehová es perfecta*» (v. 7). La gloria del Señor se expresa de muchas maneras; pero ninguna de ellas es como la expresión en el hombre. Por eso, el Dios trino dice: «*Hagamos al hombre*». ¿Lo ve? El primer eslabón de la cadena, el Señor; el último eslabón, el espíritu del hombre. Y el Señor, entonces, dice: «*Hagamos al hombre*». No, 'Hagamos el universo a nuestra imagen'; ni, 'Hagamos la tierra a nuestra imagen'; sino, «*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*» (Gén. 1:26). ¡Gracias al Señor!

La sexta gloria: «...*habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados...*». ¿No es también una verdad maravillosa? Después de hablar cinco cosas tremendas con respecto al Hijo, dice que el Hijo se va a sumergir en la naturaleza humana, para hacer la purificación de los pecados. El perdón de nuestros pecados fue completo. La obra fue completa, la obra fue gloriosa, la obra fue

perfecta, porque el Hijo es completo, porque el Hijo es perfecto, porque el Hijo es glorioso.

La obra no tendría ningún valor si el Hijo no fuese quien es. Por eso, en el libro de Hebreos se introduce esta cláusula, «*la purificación de nuestros pecados*», para que nosotros conozcamos la gloria de aquel que hizo la purificación de nuestros pecados, y para que sepamos que no pesa acusación alguna sobre nosotros. «*Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*» (Rom. 8:1), porque fue él quien hizo la purificación. «*¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió*» (Rom. 8:33-34). Es él quien hizo la purificación de nuestros pecados, y él está a la diestra de Dios e intercede por nosotros. «*...una salvación tan grande*».

Y la última de las glorias, la última frase en el versículo 3: «*...se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*». El sumo sacerdote no se sentaba cuando hacía su trabajo en el Lugar Santísimo. No había ninguna silla allí; era un lugar de actividad. Él entraba allí sólo una vez al año. Tenía que prepararse perfectamente. Todo en aquellas vestiduras habla de la gloria de Dios, habla de la expiación y habla de la intercesión. Entonces, él entraba una vez al año delante del propiciatorio, donde la gloria, la *Shekinah* de Dios, se manifestaba. Él hacía su trabajo y salía de allí.

Una obra consumada

Pero el énfasis de Hebreos es que el Hijo «*se sentó...*». Esto nos habla de una obra consumada. En el Antiguo Testamento, el sumo sacerdote nunca podría sentarse en el Lugar Santísimo. Pero nuestro Jesús «*se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*». Porque, antes de sentarse allí, él dijo en la cruz: «*Consumado es*» (Juan 19:30). Todo está hecho. Entonces, él se puede sentar. Y, desde esa posición exaltada, él envía su Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, para que todo aquello que él hizo, todo lo que él consumó, sea plenamente real para nosotros, y nosotros podamos, asimismo, adquirir su imagen.

Entonces, ahora, el Hijo no trabaja. Mientras él estuvo en la carne, él dijo: «*Mi Padre hasta ahora trabaja...*» (Juan 5:17), porque toda la revelación del Antiguo Testamento fue parcial. El Padre estaba trabajando. Y él dice: «*...y yo trabajo*». Eso dijo el Hijo. Pero, cuando él terminó su obra en la cruz, él dijo: «*Consumado es*».

¿Sabe lo que dijo Buda a sus seguidores? ¿Ustedes han leído

algo sobre Buda? Es muy divertido este Buda. Es un hombre que hablaba sobre el dominio propio, la importancia del dominio propio, y él pesaba ciento ochenta kilos. Él era muy bueno hablando del dominio propio, ¡pero no conocía nada sobre el dominio propio! Hablaba sobre mortificar su carne. Y cuando estaba al final de su vida, dijo a sus discípulos: 'Luchen sin cesar; busquen de alguna manera llegar a la perfección. Luchen sin cesar'. Pero nuestro Señor, nuestro Maestro, cuando estaba en la cruz, él dijo: «Consumado es». No dijo: 'Luchen sin cesar'. Él dijo: «¡Está hecho!». ¡Gracias al Señor!

Él dijo en la cruz: «*Tetelestai*». ¿Sabe usted el significado de esta palabra? Ella tiene por lo menos cinco sentidos maravillosos. ¿Quieren ustedes oír un poco sobre ella? Veamos, entonces, Juan capítulo 19, versículo 30. Preste atención a este versículo: «*Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es –Este es uno de los siete clamores del Señor en la cruz del Calvario–. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu*».

Primero, piense un poco en este versículo. Cuando alguien muere, primero muere y después inclina la cabeza. ¿Sí? Nuestro Señor, no. Primero, él inclinó la cabeza, y después se entregó a la muerte. ¿Sabe por qué? Porque la muerte no tenía derecho sobre él; la muerte no podía tocarlo. ¡Él tenía que entregarse a la muerte! «*Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar*» (Juan 10:17-18).

¡Ése es el Señor! La muerte no podía tocarlo. Porque la muerte tiene derecho apenas sobre aquello que el pecado tocó. Preste atención a esto: Romanos 6:23 dice: «*Porque la paga del pecado es muerte*». ¿Nuestro Señor pecó? No. Entonces, él no tiene nada que recibir como pago. El pecado no tocó la vida del Señor; entonces, la muerte no tenía derecho sobre el Señor.

Por eso, Pedro, en Hechos capítulo 2, cuando predica el primer mensaje en la historia de la iglesia, al hablar sobre la resurrección de Cristo, su mensaje tiene siete puntos. De nuevo, siete. Él habla sobre siete aspectos. El aspecto central es la resurrección, y, cuando habla sobre ella, cita un salmo, el salmo 16, donde está escrito así: «*Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción*».

El Señor Jesús rompió los grilletes de la muerte, dice Pedro, «*por cuanto era imposible que fuese retenido por ella*» (Hech. 2:24).

Esas son las palabras de Pedro. ¿Por qué la muerte no puede atrapar a Jesús? Porque la muerte sólo tiene derecho sobre aquello que es pecado. Y aunque el Señor Jesús, en la cruz, haya asumido nuestro pecado, nuestro pecado estaba *sobre* él, nunca *en* él. El pecado nunca se encarnó en él; si no, él sería un pecador. Él era el Santo de Dios, el Cordero de Dios, mas como vestido de piel de serpiente.

«Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado» (Juan 3:14). Él no era la serpiente, él era el Cordero de Dios, pero como envuelto en piel de serpiente asumió nuestro pecado *sobre* él. No *en* él. Entonces, cuando él entra en la muerte, es como Jonás en el vientre del gran pez. El pez tuvo que vomitar a Jonás. Cuando Jesús entra en la muerte, es un extraño en el nido, es luz en las tinieblas.

Por eso, el día de la muerte del Señor Jesús, fue el día de la muerte de la muerte, el día que la muerte murió. La muerte de la muerte, en la muerte de Cristo. Eso es lo que el Señor consumó en la cruz. Por eso, primero, él inclina su cabeza, y entonces él rinde su espíritu, y se entrega a la muerte, en nuestro lugar. Pero entonces, la muerte no lo pudo retener. Él rompió sus grilletes, y ascendió a la diestra de la Majestad en las alturas, para «librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb. 2:15).

Entonces, esta palabra, «Consumado es», es usada por lo menos en cinco sentidos en la Biblia. Primero, la usaban los siervos, tanto los paganos como los siervos judíos. Y esta expresión original en griego, *tetelestai*, es una palabra única, traducida en nuestra versión con dos palabras: «Consumado es». Entonces, los siervos usaban esa palabra cuando terminaban un trabajo. Cuando uno de ellos terminaba su labor, se acercaba a su señor y le decía: «Tetelestai». El siervo concluyó su trabajo.

¿Qué nos dice Isaías 53? El siervo de Jehová... *Subirá cual renuevo delante de él... llevará las iniquidades de ellos*. «Mi siervo justo», dice el Señor, «será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto». El siervo del Señor «verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho». Entonces, este siervo, cuando concluye su trabajo, le dice a su Señor: «Tetelestai». Está hecho. Este es uno de los sentidos de la palabra del Señor en la cruz. Él es el siervo que fue «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp. 2:8).

El libro de Marcos habla todo sobre el siervo. El énfasis de Marcos es el siervo. Dieciséis capítulos. En los diez primeros, el siervo está en el campo; en los seis últimos, el siervo está en el altar. En los diez primeros, el buey está en el campo, trabajando y arando; en los seis últimos, el buey está en el altar, ofreciéndose a Dios. El siervo del Señor.

La segunda clase de personas que usaban esa palabra, eran los sacerdotes, tanto los judíos como los paganos. Y los sacerdotes usaban esta palabra después de examinar los sacrificios. Cuando uno de ellos tomaba un animal y lo examinaba, si el animal era perfecto y sin defecto, entonces decía: «*Tetelestai*», o sea, «Este animal, este sacrificio, es perfecto». El sentido de *tetelestai*, aquí, es «perfecto, sin mancha». ¿Recuerdan lo que Pilato dijo después de examinar al Señor Jesús? Aun siendo una autoridad pagana, él dice: «*Yo no hallo en él ningún delito*» (Juan 18:38). Probado y aprobado. Perfecto.

¿Recuerda cuando nuestro Señor fue tentado por el diablo? El diablo tuvo que reconocer esto. Porque él le ofreció, al hombre Jesús, todo lo que el hombre anhela. Entonces, cuando el diablo le dijo: «*Di que estas piedras se conviertan en pan*» (Mat. 4:3) intenta colocar en el corazón de Jesús una interrogante. Y esta es: '¿Dios es bueno? ¿Su amor me suple?'. Porque el Señor había ayunado cuarenta días, y tenía hambre. Y él tenía poder para transformar las piedras en pan.

Entonces, la sugerencia del diablo es: «*Manda que estas piedras se conviertan en pan*», para que, de alguna manera, el corazón de Jesús cuestionase al Padre. Y entonces, sabemos lo que él le dijo al diablo: «*No sólo de pan vivirá el hombre*» (v. 4). Él no transformaría aquellas piedras en pan para probar su poder, para suplirse. Entonces, el diablo lo lleva al pináculo del templo y le dijo: «*Échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti*». ¿Cuál era la tentación allí? '¿Dios es fiel? ¿Su amor me guarda?'. Esa es la prueba. Y no fue eso lo que el Señor hizo.

Y luego, la tercera tentación. El diablo lo llevó «*a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares*». Imagínese, si él hiciera esto con nosotros, ¿cuál sería nuestra actitud? Nuestro Señor Jesús le dijo: «*Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás*». ¿Cuál es la tentación última aquí? '¿Dios es suficiente? ¿Su amor me basta? ¿Yo no necesito todos los reinos del mundo y la gloria de ellos? Entonces, nuestro Señor fue probado y aprobado. Perfecto.

La tercera clase de personas que usaban esta palabra eran los artistas. Cuando un artista pintaba un cuadro, y terminaba su obra, él se alejaba del cuadro para contemplar su belleza, y decía «Tetelestai». Aquella belleza, aquella obra maestra, estaba lista. Un artista usaba esa expresión. Nosotros ya vimos Efesios 2:10. «Somos hechura suya». Somos un poema suyo, somos su obra maestra, «creados en Cristo Jesús». Porque ese gran Artista de Dios, en la cruz, dijo: «Tetelestai». Él completó su obra maestra. Nosotros somos su poema, y nada va a impedir que él complete su poema en nosotros. «...el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Flp. 1:6).

La cuarta clase de personas que la usaban, eran los comerciantes. Y este uso es muy interesante. Cuando alguien hacía una compra, asumía entonces una deuda que él podía pagar en cuotas. Cuando él terminaba de pagar esas cuotas, él recibía una nota escrita, un recibo: «Tetelestai». Su sentido era: «Está todo pagado, todo cancelado». ¿Usted recuerda Colosenses 2:14-15? «...anulando el acta de los decretos que había contra nosotros...». ¿Qué registro de deudas era éste? Nosotros teníamos una deuda delante de Dios, porque no lográbamos cumplir los mandamientos de Dios. «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mat. 22:37). No podemos hacer esto.

Entonces, un registro de deudas se generó entre Dios y nosotros, y no logramos pagar la deuda. Era imposible. No conseguimos cumplir la ley, no conseguimos ser justificados por la obediencia a la ley. Entonces, ese registro de deudas sería eterno para nosotros. Nunca resolveríamos ese problema. Pero, un día, nuestro Señor Jesús, como ese Hijo de Dios, subió a la cruz y dijo: «Está pagado», porque él cumplió toda justicia, «anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz».

El verso 14 y 15 terminan con la palabra «cruz». Él clavó el registro de deudas en la cruz, y quitó las insignias de autoridad de aquellos principados y autoridades, y los expuso al desprecio, triunfando sobre ellos en la cruz. Entonces, ellos no tienen más derechos sobre nosotros, porque todo está pagado, está cancelado. Y este es el otro sentido de la palabra «Tetelestai».

Y, para concluir, el último de ellos. Usaban esta palabra los actores. Y esto tiene también un sentido muy hermoso. En aquel tiempo había teatros ambulantes. Las personas reunían su mate-

rial, y viajaban juntas, como un circo ambulante, para representar piezas teatrales en diversos lugares. Aquellas piezas tenían diversos actos. Cuando aquella obra terminaba, los actores se reunían todos sobre el escenario, y decían al público: «*Tetelestai*». «Está terminado, el acto final ha concluido».

¿Sabe lo que aconteció con relación a nuestro Señor Jesús? Hay una línea de actos de Dios, que es como un hilo de plata. Plata, por causa de la redención. La revelación del Cordero de Dios, la redención del Cordero, de Génesis a Apocalipsis. Entonces, en Génesis 3, tenemos el primer acto. Allí, el Cordero es anunciado. Porque, después que Adán y su mujer pecaron, ellos se hicieron aquella ropa de hojas de higuera, que no servían para esconderlos delante de la revelación de Dios.

Cuando Dios lo llama: «*¿Dónde estás tú?*», él dijo: «...*estaba desnudo; y me escondí*». Pero, en verdad, él no estaba desnudo; estaba vestido, pero con las ropas que él se hizo. La justicia propia no pudo apaciguar su conciencia. Cuando Dios habló, Adán se vio desnudo. Entonces, ¿qué hizo Dios? Un animal es inmolado en el jardín (Gén. 3:21). «*Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió*». El primer acto de la redención. El Cordero está anunciado.

La revelación, entonces, es progresiva. Vamos a Éxodo 12. En Génesis 3 el Cordero es anunciado; en Éxodo 12, el Cordero es tipificado. Porque ahora el cordero está preso, es examinado, es inmolado; su sangre es puesta afuera de la puerta, su carne es comida dentro de la casa. Entonces, ahora, la revelación del Cordero es mayor. El Cordero es tipificado.

Vamos a Isaías 53. La revelación aumenta. Ahora, el Cordero es personificado. Porque Isaías 53 dice que el Cordero es un «*varón de dolores*», no un cordero animal. Es un «*varón de dolores, experimentado en quebranto*». Aquí, el Cordero es personificado.

Juan 1:29. Cuando Juan el Bautista, finalmente, puede extender su dedo y responder a la mayor pregunta del Antiguo Testamento, la pregunta que Isaac –figura de Cristo– hizo a Abraham: «*¿Dónde está el cordero para el holocausto?*» (Gén. 22:7). Y Juan el Bautista puede decir ahora: «*He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (Juan 1:29). Entonces, ahora el Cordero está encarnado. Primero, el Cordero es anunciado, después tipificado, después personificado, y ahora el Cordero está encarnado.

Y en Juan 19:30, el Cordero crucificado, diciendo: «*Tetelestai*».

El acto final. Todos aquellos actos eran sombras, todos aquellos actos hablaban de él, y ahora, el Cordero está consumando su obra. Y, ¿qué vemos después? Apocalipsis 5. El Cordero está entronizado. Él consumó la obra en la cruz del Calvario, y él tiene los méritos, tiene los derechos, porque él merece esto. Como hombre, él está exaltado, y recibe un nombre que antes él no tenía; recibe un nombre que es sobre todo nombre. Es un nombre humano: es Jesús Cristo, Rey de reyes, Señor de señores.

Entonces, más de sesenta años después de la resurrección del Señor, Juan tiene la visión del Apocalipsis, donde él ve de nuevo un Cordero en medio del trono. La revelación del Cordero, que comenzó en Génesis 3, termina en Apocalipsis capítulo 5 con un Cordero entronizado. Es lo que dice con respecto a él mismo.

Pero la verdad es que aún no termina allí la revelación del Cordero, porque Apocalipsis capítulo 21, el penúltimo capítulo de la Biblia, el Señor le dice así a Juan: «*Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero*» (v. 9). El Cordero de Dios. La esposa del Cordero. Por eso, el Apocalipsis nos define como «*los que siguen al Cordero por dondequiera que va*» (Apoc. 14:4). ¡Gracias al Señor!

Entonces, este es el sentido de la palabra *tetelestai*. Llena de significados. Nuestro Señor cumplió todas estas realidades, en un solo acto. Cuando él manifestaba aquella intrépida resolución de ir a Jerusalén, nadie se podía interponer en su camino, porque él tenía muy clara la cruz delante de él. Era hacia allá que él tenía que ir.

Él no vino para ser un panadero celestial, no vino para ser un curandero celestial, no vino apenas para expulsar demonios. Porque «*si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto*» (Juan 12:24). «*He aquí, yo y los hijos que Dios me dio*» (Heb. 2:13). Ese es el clamor del Señor con relación a nosotros. Él no se avergüenza de llamarnos hermanos. «*...el primogénito entre muchos hermanos*».

Gracias al Señor, nuestro gran Salvador.

4

LA PALABRA DE EXHORTACIÓN

Realmente, nuestra limitación es muy grande. Si no fuese por el espíritu de sabiduría y de revelación, nosotros no podríamos ni siquiera ver o tocar las cosas del Señor. Pero, incluso cuando somos la meta de la acción del Espíritu Santo, aun así, necesitamos de tanta disciplina para retener las palabras del Señor.

Recuerdo una situación que me fue contada muchos años atrás, que sería útil para nosotros en este momento. Un anciano estaba predicando la palabra del Señor en una reunión de hermanos, y un joven hermano, que amaba al Señor y amaba su palabra, quedó muy impresionado con la ministración de aquel hermano. Al terminar la reunión, el joven se acercó al anciano y le dijo: 'Hermano, yo amo al Señor y a su palabra. Quiero crecer en el conocimiento del Señor. Entonces, quiero preguntarle una cosa: ¿Cuánto tiempo dedicó usted a preparar este mensaje?'. Y el anciano respondió: 'Setenta años'.

Porque el Señor, a través de nosotros, no prepara mensajes; él prepara nuestras vidas, él talla el testimonio de Cristo en nosotros. Cristo es formado en nosotros y, en la medida en que esto es una realidad, entonces nosotros somos una predicación.

Una gran esquizofrenia que ha tenido lugar en la vida del cristianismo es separar el mensaje del mensajero. Porque eso nunca puede acontecer. El mensaje debe ser encarnado en el mensajero, y nosotros sabemos que el deseo del Señor es que todos seamos sus mensajeros; todos nosotros seamos mensajes encarnados, así como nuestro Señor era el mensaje de Dios encarnado. Este punto es muy importante.

Necesitamos aprender a retener las palabras del Señor. ¿Us-

ted recuerda Hebreos 2:1? *«Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos»*. La palabra «deslicemos» (desviemos), en este versículo, es muy significativa. Tiene tres sentidos. En primer lugar, algo que escapa de la mente. ¿Cómo nos vamos a desviar de aquello que el Señor nos ha hablado? Cuando se nos escapa de la mente aquello que el Señor nos ha hablado.

Otro sentido de esa palabra es un barco a la deriva, un barco que no tiene sus velas extendidas, que no tiene una dirección clara, un barco que vaga. Este es el segundo sentido de la palabra: estar a la deriva. Y el último sentido, es un vaso perforado. Usted toma este vaso, va a una fuente de agua y va a intentar buscar agua allí. En un primer momento, el vaso se llena; pero, cuando usted llega con aquel vaso a su casa, él está vacío, porque tiene muchas perforaciones.

¿Cómo haremos para no desviarnos de las verdades que el Señor nos ha dicho? Guardando su palabra en nuestro corazón y mente, no permitimos que las cosas circunstanciales perforen nuestro vaso, y estando enfocados y no a la deriva; enfocados en el Hijo de Dios, en su gloria, gravitando en torno a él mismo. Este es nuestro supremo llamamiento, esta es nuestra vocación celestial. Nada será real en nuestra vida cristiana a no ser que este sea nuestro foco.

Entonces, mi oración delante del Señor es que el Espíritu Santo pueda abrir el apetito de los hermanos por el libro de Hebreos. Léalo diez, veinte o cincuenta veces, para que usted entre en el espíritu de la palabra. Sea cuidadoso al estudiar la palabra del Señor. Yo creo que la palabra del libro de Hebreos, para los días que estamos viviendo, es muy, muy especial.

La visión de Cristo presentada en este libro es tan consistente, es tan profunda, es tan clara. El apóstol y sumo sacerdote. Hermanos, quisiera que nosotros, como iglesia, comprendiésemos el significado de estas dos verdades. Nuestra vida cristiana sería mucho más robusta, mucho más confiable, mucho más llena de adoración, mucho más segura y firme, porque estaríamos viendo con claridad al gran apóstol y al gran sumo sacerdote de nuestra confesión. Entonces, que el Señor aumente su apetito por este libro.

Creo en mi corazón que este libro de Hebreos es una palabra especial del Señor para los días de la iglesia en que estamos vi-

viendo. Toda palabra de Dios es especial; pero, en algunos momentos de la vida de la iglesia, algunas palabras son particulares, son específicas. Y este libro de Hebreos se aplica de una manera tan tremenda a nuestros días, a nuestras necesidades actuales.

Veamos Hebreos 13:22. «*Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación, pues os he escrito brevemente*». Toda la palabra del libro de Hebreos, todo lo que fue escrito en los trece capítulos, es llamado, en este versículo, «una palabra»: «...*la palabra de exhortación*». Una palabra, en trece capítulos. Pero, en verdad, este libro es dividido de una manera muy significativa. No es nuestro asunto hoy. Nos vamos a enfocar en la vocación celestial, que es el asunto de la segunda exhortación de este libro; pero quiero darles brevemente un panorama del mismo.

El sentido de la exhortación

Es una única palabra de exhortación. La exhortación tiene dos sentidos paralelos. En primer lugar, ella busca advertirnos sobre un gran peligro, y en segundo lugar la exhortación viene a alentarnos por causa de un gran premio. Advertirnos, por un lado, y alentarnos, por otro lado. Esta es la finalidad de la enseñanza de las Escrituras.

Por un lado, necesitamos ser advertidos, porque podemos realmente perder aquello que el Señor desea que nosotros alcancemos. Por eso, «*si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*» (Heb. 4:7). Eso es algo que nosotros podemos hacer: endurecer nuestros corazones. «Exhortaos unos a otros cada día, en tanto que se dice: Hoy, para que ninguno se endurezca por el engaño del pecado». Capítulo 2 de Hebreos. Entonces, la palabra de exhortación, en primer lugar, va a advertir, porque hay un riesgo grande de perder algo. Y, por otro lado, la exhortación va a alentar, porque nosotros necesitamos alcanzar algo.

Otro detalle importante acerca de este libro. No sabemos quién es su autor humano. Es el único libro del Nuevo Testamento cuyo autor se ignora. Y parece que es a propósito. Porque, cuando nosotros leemos las palabras plurales en este libro, por ejemplo, versículo 4:1: «*Temamos*»; 4:16, «*Acerquémonos*»; 12:1, «*corramos*». Muchas palabras en plural. ¿Quién escribió este libro? No sabemos. Pero una cosa sabemos: fue escrito por el Espíritu Santo, porque toda palabra de Dios fue escrita por él.

Entonces, cuando leemos este plural: «*Temamos*», ¿quién está temiendo? El Espíritu Santo en nosotros; porque él vino a habitar en la iglesia. Entonces, ¿qué es lo que él teme? Él teme que, habiéndonos sido dada la promesa de entrar en el reposo de Dios, pudiera parecer que alguno de nosotros haya fallado (Hebreos 4:1-2).

¿Quién dice: «*Corramos*»? El Espíritu Santo, junto con nosotros. Porque él vino a hacer habitación en nosotros, entonces no corremos la carrera solos. El Espíritu Santo es el paracleto, y la palabra *exhortación* es *paraklesis*. Hebreos es una palabra de exhortación, una palabra de *paraklesis*. La palabra paracleto, que se refiere al Espíritu Santo, es también una palabra griega compuesta. *Para* significa «*al lado*», y *kaleo* es el verbo «*llamar*». Llamado para estar al lado. Ese es el Espíritu Santo, llamado para estar al lado.

El Señor dijo: «Yo os enviaré otro paracleto, que estará para siempre con vosotros. Es el espíritu de verdad, que os guiará a toda verdad. Él hará real en vosotros lo que es real en mí, os llevará a toda la posesión de lo que yo soy. Él me glorificará». Entonces, es el *parakletos* quien habla en Hebreos. No sabemos quién es el autor humano; entonces, vemos al Espíritu Santo con más claridad en este libro.

Cinco exhortaciones

«*Palabra de exhortación*». Ahora, vea cómo el Espíritu Santo procesa su enseñanza. La verdad es que nosotros tenemos cinco exhortaciones en este libro. Voy a citarlas de una manera muy rápida, en una visión panorámica. Después volveremos a nuestro tema.

Hebreos 2:1-4 es el primer pasaje exhortativo en este libro. Es una exhortación que tiene que ver con «*una salvación tan grande*», y el peligro envuelto en esta exhortación es la negligencia. «*¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?*».

La segunda exhortación va desde Hebreos 3:7 hasta el versículo 4:13. ¿Por qué sabemos esto? Porque, en el original, estos pasajes son parentéticos, están entre paréntesis, porque el Espíritu Santo detiene la enseñanza y comienza una exhortación basada en aquella enseñanza que fue dada. Entonces, el libro tiene una combinación de una enseñanza y una exhortación cinco veces. Una enseñanza más, con una revelación progresiva. Enton-

ces, la segunda parte de la enseñanza, y una segunda exhortación; tercera enseñanza y tercera exhortación, y así sucesivamente.

¿Se dieron cuenta de eso? Porque el Espíritu Santo no se ocupa sólo de enseñar. Su método es exhortar sobre aquello que nos fue enseñado, y esa es una predicación perfecta. Cuando la predicación es sólo enseñanza, muchas veces puede ser muy árida. Y cuando es sólo exhortación, puede ser muy mística, sin ninguna base. Pero no actúa así el Espíritu Santo. Él enseña, y exhorta sobre aquello que él enseñó.

Entonces, él habla sobre las siete glorias del Hijo en el capítulo 1, las que ya hemos visto rápidamente. Y si ustedes piensan que el Señor nos puede dar alguna cosa, si él nos puede dar algo en estas siete glorias, lo visto hasta ahora fue muy poco. Porque cada una de ellas es muy consistente, muy rica. Siete glorias. Entonces, cuando él termina el capítulo 1, hablando sobre las glorias del Señor, él va a hacer la primera exhortación.

Por eso, comienza en Hebreos 2:1: «*Por tanto...*», porque la exhortación está siendo dada sobre aquello que ya fue enseñado. «*Por tanto, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?*». Lo que importa es que: «*con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído*». Entonces, la primera exhortación tiene que ver con la «*salvación tan grande*».

La segunda exhortación, desde Hebreos 3:7 hasta el versículo 4:13, tiene que ver con la vocación celestial, que ha sido nuestro tema en estos días, y al cual volvemos en breve. Este es un pasaje exhortativo, y el peligro involucrado en esta exhortación es la incredulidad. Nosotros tenemos una vocación celestial, y el peligro es la incredulidad. «*Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad...*» (3:12). Porque el privilegio es la vocación celestial, y el peligro es la incredulidad.

Entonces, el trasfondo de esta exhortación es el desierto; cuando el pueblo entró en el desierto, pero no pudo entrar en Canaán, por causa de la incredulidad. ¿No es esto lo que leemos en Hebreos 3:19? «*Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad*».

Y después, la tercera exhortación. Hebreos 5:11 hasta 6:20. El tema de esta exhortación es la madurez. Nosotros somos llamados a dejar los principios elementales. «*Dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección*» (6:1). La pa-

labra *perfección*, aquí, significa *madurez*. Entonces, esta tercera exhortación, tiene que ver con la madurez, y el peligro envuelto en ella es la apostasía. Es que nosotros dejemos de acoger aquello que el Señor ha sembrado en nuestros corazones, no producir fruto de aquello que él nos ha hablado. Usted ve esto en el capítulo 6, del 4 al 8.

La cuarta exhortación. Hebreos 10:19-39. El foco de la exhortación aquí es la vida en el Lugar Santísimo. Fuimos llamados a vivir una vida en el Lugar Santísimo; no ser sólo turistas allí, que entran y salen, sino que tengamos «*libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo*» (v. 19). Nosotros tenemos «*un gran sacerdote sobre la casa de Dios*»; por eso, «*acerquémonos*». Entonces, la cuarta exhortación habla del privilegio de la vida en el Lugar Santísimo.

¿Y sabe cuál es el peligro envuelto aquí? El pecado deliberado, el pecado obstinado, el pecado voluntario. Hay una gran exhortación aquí, para que no vivamos en pecado voluntario, para que no pequemos deliberadamente, para que no perdamos nuestra vida en el Lugar Santísimo, para que no tengamos nuestro rostro separado del rostro de Dios. Es la cuarta exhortación maravillosa.

Y la última exhortación. Hebreos 12:25-29. El privilegio aquí es el premio de la soberana vocación. En los versículos anteriores, se cita el ejemplo de Esaú, que no hizo la elección adecuada, que se preocupaba con cuestiones terrenas, que cuando fue encontrado por Jacob, dijo a su hermano: «¿De qué me vale el derecho de primogenitura, si estoy aquí muriéndome de hambre». Cambió lo celestial por lo terrenal. Él dejó ir lo celestial, por lo terrenal.

Entonces, nos dirá en los versículos anteriores a esta exhortación, versículo 16: «*...no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura*». Nuestro Señor Jesús es «*el primogénito entre muchos hermanos*». La iglesia es presentada aquí, en Hebreos 12, como «*la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos*». Eso son aquellos que ven la herencia que tienen en el Señor Jesús, y corren a poseerla, dejando las cosas terrenales, en función de las celestiales.

Entonces, la quinta y última exhortación, tiene que ver con el premio de la soberana vocación. ¿Usted ve un progreso aquí? Primero, «una salvación tan grande»; después, «vocación celes-

tial»; luego, «madurez»; a continuación, «vida en el Lugar Santísimo», y finalmente, «el premio del supremo llamamiento». Hay un progreso en el libro de Hebreos, tanto en la enseñanza como en la exhortación.

Entonces, el libro termina diciendo: «*Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación...*» (13:22). Y cuán inmensa era la visión del autor de este libro, porque él dice así, en este versículo: «...*pues os he escrito brevemente*». Resumidamente, brevemente, trece capítulos. Imagínense si él fuese a escribir ampliamente; imagínense si él fuese a mostrarnos todo lo que él vio. Entonces, esta es la palabra a los Hebreos.

Jesús, el apóstol de nuestra fe

Volvamos ahora al asunto de la vocación celestial. Ya vimos los siete aspectos de la gloria del Señor Jesús. Ahora, veremos un poco sobre el Señor como nuestro gran apóstol y sumo sacerdote, y vamos a seleccionar algunas palabras importantes aquí.

Primero, vamos a colocar nuestra atención en el apóstol. ¿Qué significa la palabra *apóstol*? Un enviado. El Señor Jesús, como apóstol, es aquel que fue enviado de Dios a nosotros; él representa perfectamente lo que Dios es, el Apóstol, con mayúscula. «*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*» (Juan 14:9). «*Todo lo que tiene el Padre es mío*» (Juan 16:15). Él es el enviado de Dios, el apóstol. Este es uno de los sentidos.

Otro sentido es que el apóstol es aquel pionero, aquel que marca un rumbo delante de los otros, aquel que toma el machete y abre camino a través de la espesura. Por eso, él es llamado «*el primogénito entre muchos hermanos*». Entonces, vamos a seleccionar algunas palabras relacionadas con el apóstol y algunas relacionadas con el sumo sacerdote, para que, por la misericordia del Señor, con la ayuda del Señor, podamos tocar algo de estas dos glorias del Señor Jesús: el apóstol y el sumo sacerdote.

Hebreos 2:9. Después que el autor citó el salmo 8: «*¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra*», él dice, al final del versículo 8: «*Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas*».

El hombre no está aún ocupando aquel lugar que Dios planeó para él en su eterno propósito. Llegará ese día, cuando esta-

remos participando, con el Señor Jesús, de su gloria, reinando con él, expresando su gobierno. Pero todavía no. Pero vea ahora el versículo 9: *«Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles...»*. ¿Qué significa esto? Significa que él asumió la limitación de la naturaleza humana. Cuando él estaba en Betania, él no podía estar en Samaria. Él era sólo un hombre, limitado. Dios, pero hombre. *«...un poco menor que los ángeles»*, porque asumió la naturaleza humana.

Y continúa el versículo 9: *«...a Jesús»*. Una de las quince veces en que este nombre, Jesús, aparece solo en Hebreos, apuntando a su naturaleza humana. *«...a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos»*. Ya hemos visto un poco de eso. La palabra *gustar*, aquí, significa saborear, tomar el gusto real.

Nuestro Señor Jesús no sufrió una muerte imaginaria. Nosotros, que somos sus ovejas, andamos por *«valle de sombra de muerte»*, y la muerte no nos puede tocar, porque ella tocó a nuestro Redentor. Aquel que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros; entonces, él enfrentó la muerte real, para que nosotros participásemos de una vida real. Si su muerte no fuera real, nuestra vida no sería real. Él entró en la muerte, para que nosotros tuviésemos vida. Entonces, él probó, saboreó la muerte, y fue coronado de gloria y de honra.

Y el versículo 20 dice: *«Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria —esta es nuestra vocación celestial: ser conducidos a la gloria y hechos semejantes a su Hijo primogénito—, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos»*. Cuán importante es esta palabra, *«perfeccionase»*, aquí.

A primera vista, es difícil entender esta palabra. ¿Cómo puede ser perfeccionado alguien que era perfecto? ¿Cómo puede ser perfeccionado aquello que ya es perfecto? Mas, el sentido de la palabra aquí es *«probado y aprobado»*. Significa que aquel Jesús, que fue engendrado de forma perfecta, era perfecto, pero no era maduro. Lucas dice: *«Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres»* (Luc. 2:52). Ese es nuestro Señor Jesús.

Él tuvo aquel crecimiento equilibrado. Aquel bebé, en la cuna, necesitó crecer en sabiduría, en estatura y en gracia. Él no nació conociéndolo todo; no nació sabiendo todo. Creció en estatura,

sabiduría y gracia. Fue perfeccionado. Cuando tenía treinta años, él entró al río Jordán para ser bautizado.

Y ahora Lucas. No sé si usted tiene alguna opinión sobre el autor de Hebreos; pero Lucas es un candidato óptimo, porque hay muchas palabras que sólo aparecen en el evangelio de Lucas y en la epístola a los Hebreos. Entonces, Lucas nos va a decir así. Su evangelio es dividido en tres partes. ¿Y sabe cuáles son los marcos que dividen aquel evangelio?: Es cuando los cielos se abren.

Primero, los cielos se abren en Lucas 3:22, cuando nuestro Señor Jesús entra en el río Jordán. Lo que ocurre allí es que los cielos no se pueden contener. Porque Adán, el primer hombre, cayó, y se volvió el viejo hombre. Y todos los hombres que vinieron después de Adán son lo mismo. No hay nada diferente; todos son el viejo hombre.

Pero, entonces, *«el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad»* (Juan 1:14). Y él es el segundo hombre. No es igual a aquella descendencia de Adán. Un cuerpo fue preparado para él en el vientre de una virgen. *«He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad»* (Heb. 10:7). *«...el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios»* (Luc. 1:35). El segundo hombre.

Entonces, cuando este Hombre entra en el río Jordán, la alegría de los cielos es tal, que no se pueden contener. Entonces, los cielos se abren, y es oída aquella voz, como el Padre apuntando su dedo y diciendo: *«Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia»* (Luc. 3:22). Tenía treinta años de edad cuando él se asocia con nosotros por el bautismo, para cumplir la función de nuestro redentor. Fue por eso que él fue bautizado. Nuestro Señor no tiene pecado; él no necesitaba ser bautizado para remisión de pecados. Su bautismo habla de identificación, en su misión de redimir al hombre.

Luego, *perfeccionado*, como dice Hebreos. Para ser probado y aprobado, el diablo mismo se presenta delante de él. Lucas, que era médico y se preocupaba mucho con la naturaleza humana, dice que el diablo se aproximó cuando él tenía hambre. ¿Por qué? Porque el diablo quiere derribar al segundo hombre.

Él fue capaz de derribar al primer hombre, y él quiere derribar al segundo hombre, quiere derribar todo el propósito de Dios, porque todo el propósito de Dios está sobre los hombros de ese nuevo hombre, del Verbo que fue hecho carne. Que es Dios, sí;

mas, que también es hombre, que tiene hambre, que tiene fragilidad, que tiene sueño, que tiene sed, que tiene deseos naturales. Entonces, el diablo se le acerca, después de cuarenta días de ayuno, y prueba a nuestro Señor.

Pero, hermanos, cuanto más era tentado el Señor, cuando más era oprimido, más subía aquel incienso de su vida. Entonces, él venció al diablo allí en el desierto. Luego, camina tres años, y sube al monte de la transfiguración. Nuevamente, los cielos no se pueden contener, y la voz de nuevo es oída. Es el capítulo 9 de Lucas, el segundo marco que divide el libro. Hasta el capítulo 3, son treinta años; desde el capítulo 3 hasta el 9, tres años; y, desde el capítulo 9 hasta el final, seis meses.

Treinta años, tres años y seis meses, divididos por esa apertura en los cielos. Entonces, cuando los cielos se abren por segunda vez, en el monte de la transfiguración, la voz es oída de nuevo: «*Este es mi Hijo amado, a él oíd*» (Luc. 9:35). Todo lo que Moisés habló, todo lo que la ley habló, todo lo que hablaron los profetas, todo tiene cumplimiento en él. Desaparece Moisés, desaparece Elías. Cristo es el cumplimiento de todo el propósito de Dios. Y «*a nadie vieron sino a Jesús solo*».

Entonces, el cielo se abrió por segunda vez. Pero hay, a la verdad, una última vez en que el cielo se abre en el evangelio de Lucas. Capítulo 24, cuando Lucas termina el libro. Pero, en verdad, allí no se oye ninguna voz. Hay un silencio allí, porque ahora los cielos se abren, no para que una voz sea oída, sino para recibir al Hijo aprobado.

Ahora, él mismo va a subir a los cielos, porque él entró en la muerte, venció a la muerte, resucitó, y ahora los cielos se abren para recibirlo. Y entonces, el libro de Hebreos nos dice dónde está él. La perspectiva del libro de Hebreos es, siempre, el Lugar Santísimo. Este se menciona muchas veces aquí, porque la mirada de este libro no es desde abajo hacia arriba, sino desde arriba hacia abajo. Es aquel que está ya en el Lugar Santísimo de la presencia de Dios.

Jesús, nuestro precursor

Hebreos 2:10 usa esta importante palabra: «*...autor de la salvación de ellos*». El Autor de nuestra salvación, porque él es el apóstol, él es quien fue primero. Autor de nuestra salvación. Pero hay otra hermosa palabra ligada al apóstol, en el capítulo 6, ver-

sículo 19 y 20. Leamos también el versículo 18, para tener el contexto. «...para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec».

La segunda palabra importante en este asunto del apóstol es «precursor». Preste atención a esta palabra. Él hizo primero el curso, el fue al frente de nosotros. Ahora, vamos a usar una figura, para intentar ilustrar lo que se dice aquí. Piense en un barco lleno de pasajeros. Cuando él para en algún lugar en el océano, arroja su ancla, ¿no es así? El ancla hace que el barco quede detenido allí. Cuando el barco zarpa de allí, recoge el ancla y sigue hacia su destino.

Pero vea lo que está ocurriendo aquí, en este versículo. Tienes el ancla, ¿y quién es el ancla en este versículo? «La cual – la esperanza puesta delante...». Esa esperanza es esa ancla. Mientras tanto, vamos a ver: «La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús...». Una vez más, otra de las quince veces en que aparece la palabra *Jesús*. Entonces, «hasta dentro del velo, donde Jesús entró». Entonces, la esperanza que está puesta delante, está más allá del velo.

¿Quién es nuestra esperanza? ¿Es alguna cosa? Nuestra esperanza es una persona, es esa ancla. Nuestra esperanza está más allá del velo. Por eso, Juan va a decir que, todo aquel que en él tiene esta esperanza, a sí mismo se purifica. Y Pablo le dice a Timoteo que Jesucristo es «nuestra esperanza» (1ª Tim. 1:1). No dice que él *nos da* esperanza, sino que él *es* nuestra esperanza. Su persona penetró más allá del velo. Nuestra esperanza está allá, nuestra ancla está allá.

Ahora, vea lo que está ocurriendo. En lugar del barco de pasajeros –que somos nosotros, la iglesia–, en lugar de que el barco esté recogiendo el ancla, es el ancla que está recogiendo al barco. Porque Hebreos 2:10 dice que él (el ancla) está llevando muchos hijos a la gloria. Él ya está más allá del velo, y nosotros estamos siendo transformados de gloria en gloria. ¿Cuál es nuestro destino final? Estar más allá del velo, en la presencia de Dios, en Cristo Jesús, viéndolo cara a cara, siendo como él.

Nuestra ancla ya está allá. Entonces, esta palabra –precursor–

es tan hermosa. Es «segura y firme». ¿Ve usted la importancia de ver al Señor como apóstol? Hermano, ¿dónde está su seguridad? ¿En que usted lee la Biblia? ¿En que usted medita? ¿En que usted va a reunión? ¿En que usted da dinero? ¿En que a usted le gusta el ambiente de la iglesia? ¿O es un buen cristiano? ¿Predica el evangelio? ¿Esa es su seguridad? ¡Pobre seguridad!

Nuestra seguridad está más allá del velo, segura y firme, nuestra ancla, con la certeza de que estaremos cara a cara con él. Él está trabajando en nuestras vidas, para que seamos compatibles con él, para que no haya nada en nosotros que no sea igual a él. Esto es lo que la Biblia llama santificación. La santificación no es dejar de beber bebidas alcohólicas, no es parar de fumar, de jugar, de robar. La santificación es ser semejantes a Cristo.

Cuando somos semejantes a Cristo, no vamos a hacer aquellas cosas que desagradan a Cristo. Cristo está siendo formado en nosotros; entonces, él es el precursor, el apóstol. El autor y el precursor. Dos palabras importantes.

Jesús, nuestro gran sumo sacerdote

Ahora, vamos a la otra verdad: el sumo sacerdote. Hebreos 7:25. Este es considerado por muchos estudiosos como el versículo clave de la epístola. Miremos con mucha atención. «...por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos». ¿Usted ve la posición exaltada de nuestro Señor aquí? El punto de vista de Hebreos, como ya dijimos, es el Lugar Santísimo. Vamos a intentar comprender este versículo 7:25.

¿Cuántos muebles había en el Lugar Santísimo? Había sólo un mueble allí: el arca del pacto. ¿Cuántos muebles había en el Lugar Santo? Tres: el candelabro, la mesa de los panes y el altar de oro donde era quemado el incienso.

Ahora, mire con cuidado su Biblia. Hebreos 9:3-4. «Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo...». Muy claro. Ahora, mire con atención el versículo 4: «...el cual tenía un incensario de oro...» (La versión portuguesa dice: «...al cual pertenecía el altar de oro para el incienso»). Ahora, ¿qué va a hacer usted con este versículo? ¿Éxodo está errado? ¿La palabra de Dios se está contradiciendo? ¿El altar del incienso está en el Lugar Santo o en el Lugar Santísimo? En verdad, algunas traducciones son muy deficientes en este versículo. La traducción

en español es mejor. Porque la palabra en español no es «*el altar del incienso*», sino «*un incensario*».

Entonces, el altar del incienso nunca salía del Lugar Santo; no podía ser transportado al Lugar Santísimo. Era un mueble que debía quedar en el Lugar Santo, y habla de oración y adoración. Pero aquí dice que, en el Lugar Santísimo, no estaba sólo el arca del pacto, sino que pertenecía a él un incensario.

Preste atención aquí. ¿Cuándo, en qué día, había un incensario en el Lugar Santísimo? En el día de la expiación. En el único día en el año, cuando el sumo sacerdote entraba con aquellas vestiduras sagradas, llevando sangre en una mano y un incensario portátil en la otra mano. Entonces, él entraba con sangre, que habla de remisión, y con incienso, que habla de intercesión.

El libro de Hebreos dice que, dentro del Lugar Santísimo, había un incensario, porque este libro describe, a partir del Lugar Santísimo, al Señor Jesús exaltado allí como el gran sumo sacerdote; entonces, aquel incensario está con él. ¿Por qué? Porque él vive siempre para interceder por nosotros (Heb. 7:25). ¿Percebió eso? El único día en que el incensario estaba allí era el día de la expiación. Entonces, el libro de Hebreos dice esto a propósito; el Espíritu Santo lo dice a propósito. Porque el foco aquí en Hebreos es Jesús, el sumo sacerdote, en el Lugar Santísimo.

Y aquí hay otra verdad maravillosa. ¿Cómo entraba el sumo sacerdote? Él llevaba dos piedras de ónix sobre sus hombros, con seis nombres escritos en una y seis nombres en la otra. Todo el pueblo de Dios, las doce tribus. Y también él tenía un pectoral, con doce piedras. También todo el pueblo de Dios.

¿Cuál es el significado espiritual de esto? Los hombros significan intercesión, porque él hace de soporte para nosotros. Él vive para interceder por nosotros. Y el pecho nos habla de expiación. O sea, el Señor Jesús, cuando oró en Juan 17, dijo así: «*Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo (no intercedo por el mundo), sino por los me diste, porque tuyos son... Santifícalos en tu verdad*» (Juan 17:9, 17).

¿Se dio cuenta de eso aquí? Nuestro Señor Jesús, sí, es el Salvador del mundo. Él llama al mundo a sí mismo, como su Salvador, para salvar al mundo. Pero él no es el intercesor del mundo; él es el intercesor de la iglesia, de un pueblo específico. Él vive en el Lugar Santísimo, para interceder por nosotros. Y esa es la garantía de que llegaremos a su gloria. «*No ruego (intercedo) por*

el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son». ¡Gracias al Señor!

Por eso, la oración de Juan 17 es llamada la oración sumo sacerdotal de Cristo. ¡Qué maravillosa oración! «*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero...*» (v. 3). ¿Recuerda? «*...para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros...*». Esta es la comunión del Lugar Santísimo: nosotros estamos en Cristo, y Cristo está en nosotros. ¡Gracias al Señor por eso! Él vive para interceder.

Una cosa más sobre el versículo 7:25. La expresión «*salvar perpetuamente*», o totalmente. ¿Sabe que esta palabra exclusiva, *totalmente*, sólo aparece una vez más en todo el Nuevo Testamento? Vamos a Lucas capítulo 13, y vamos a juntar estas dos palabras. El Espíritu Santo la menciona sólo dos veces. Hebreos nos dice que el Señor nos va a salvar totalmente. Veamos ahora cómo usa Lucas la palabra *totalmente*, para entender cómo este Salvador nos va a salvar totalmente.

Vamos a ver desde el versículo 10: «*Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo...*». Ahora, vea el cuadro terrible del versículo 11: «*...y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad*». Note, no sólo una enfermedad, no era sólo algo físico; era un espíritu de enfermedad. La enfermedad es una cosa, y el espíritu de enfermedad, otra cosa. Algunas enfermedades son sólo enfermedades físicas, y otras que son provocadas por espíritus de enfermedad.

Esta mujer estaba poseída por un espíritu de enfermedad; enferma y poseída, las dos cosas. Y aun más, desde hacía dieciocho años, ella «*andaba encorvada*». Y ahora vea esta expresión: «*...y en ninguna manera se podía enderezar*». Poseída, esclava de un espíritu malo, enferma, encorvada, totalmente incapaz. Esta es la palabra traducida en Hebreos como «*totalmente*».

Entonces, podríamos leer este versículo así: «*Y la mujer andaba encorvada totalmente, y en ninguna manera se podía enderezar*». Son éstos los que nuestro intercesor salva totalmente. Porque, ¿quiénes somos nosotros? Somos los enfermos, somos los poseídos, somos los encorvados, somos aquellos que no podemos enderezarnos por nosotros mismos. Sin embargo, él puede salvarnos totalmente; él nos puede enderezar. «*...una salvación tan grande*». Él regenera nuestro espíritu muerto; él transforma nuestra alma caída, para que tengamos una mente como la de él, deseos como los de él, sentimientos como los de él; y,

finalmente, él va a transformar nuestro cuerpo para ser igual al cuerpo de su gloria.

¡Qué maravilla, hermanos! Esta es nuestra total salvación. Entonces, Lucas el médico, se preocupa de describir muy bien el cuadro de esta mujer, porque él es médico. Entonces, en el libro de Hebreos, llama la atención el uso de la misma palabra.

Fiador de un mejor pacto

Ahora, un punto más sobre la cuestión del sumo sacerdote. Hebreos 7:22. Vamos a comentar este último detalle para concluir. Leamos desde el versículo 20. *«Y esto no fue hecho sin juramento; porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar...».*

Primera cosa, vamos a llamar la atención sobre el versículo 22. De nuevo, la palabra *Jesús* aparece sola. ¿Usted ya hizo este ejercicio en el libro de Hebreos? Busque las quince veces, y verá la maravilla de estos cuadros. Y aquí dice: *«Jesús es hecho fiador»*. Y esta es una palabra importantísima para la visión de nuestro sumo sacerdote. Veamos lo que el Señor Jesús hizo como sumo sacerdote, siendo fiador.

Hermanos, un fiador es un garante. Él garantiza que las dos partes del contrato serán cumplidas. No sólo una parte. Si tenemos un fiador, y un contrato entre dos personas, hay una garantía de que el acreedor recibirá todo lo que el deudor le debe. El fiador es una garantía para el deudor y para el acreedor.

Vamos a pensar en nuestro Señor Jesús como sumo sacerdote. Aquí dice que él es el fiador. Entonces, él no garantiza sólo un lado; él garantiza los dos lados. ¿Cuáles son los dos lados? Primero, Dios obtendrá hijos semejantes a su Hijo, porque este es el deseo del Padre. Jesús entró en esta alianza como fiador. Él es la garantía de que el Padre obtendrá lo que él quiere. ¡Gracias al Señor! Pero ése es el lado fuerte; es una transacción entre el Hijo y el Padre.

Ahora, el lado de acá es el lado débil. Podemos colocarlo entre comillas. El lado «débil», la relación entre el Hijo y nosotros, que somos los deudores. Pero, cuando el Hijo entra como fiador,

el nos garantiza a nosotros, débiles, enfermos, incapaces de enderezarnos, que podremos responder a todo aquello que el Padre deseó desde la eternidad. ¿Y cómo él hace esto? El Hijo, después de cumplir su obra en la cruz, después de ascender a los cielos y sentarse como fiador, envió al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es la certeza de que nosotros llegaremos al final de los propósitos de Dios. Nada se podrá interponer. Nada. Él completará lo que empezó e nosotros. Jesús es la garantía. Él garantizó lo que el Padre obtendrá, y que nosotros llegaremos allá. Por eso, Pablo, dirá en Tesalonicenses que somos llamados para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Y esta es nuestra certeza.

«*Fiador*». Él garantizó al Padre y nos garantizó a nosotros. Y vamos a ver esos dos lados. ¿Cómo él garantizó eso? Vea la belleza de este versículo 7:23: «*Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos –preste atención a esto–, debido a que por la muerte no podían continuar*». La muerte era el punto final para aquel sacerdocio. Tal vez alguno de esos sacerdotes tuviese un ministerio sacerdotal glorioso en medio de los judíos, lleno de realidad, haciendo su intercesión; pero, un día, la muerte le impedía continuar.

Por eso, Hebreos usa muy a menudo la expresión «Muchas veces». Muchos sacrificios, muchos días. Pero eso es con relación al Antiguo Pacto. Pero, con relación al Nuevo Pacto, el libro de Hebreos va a decir: «Una ofrenda... una única vez». ¿Usted recuerda el capítulo 10? Vea el versículo 11: «*Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados...*». ¿Sabe lo que era el día de la expiación? El día en que el sumo sacerdote entraba allí, una vez al año. Era el día aniversario del pecado, y el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo. Y necesitaba sangre de nuevo, incienso de nuevo.

Sentado a la diestra de Dios

Pero ahora, versículo 12: «*...pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios*». «*Se ha sentado*». El sumo sacerdote nunca se sentaba en el Lugar Santísimo. Mas, cuando el Señor Jesús termina su obra, él puede sentarse. Porque él es el fiador. Cuando él envía el Espíritu Santo, es la garantía de que el Padre va a obtener lo que quiere, y nosotros vamos a alcanzar lo que el Padre quie-

re, por causa de nuestro fiador. Jesús «*es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas*» (Heb. 8:6). ¡Gracias al Señor Jesús por eso!

Entonces, el versículo siguiente dirá: «...*de ahí en adelante esperando...*» (v. 13). Esperando. Su obra está consumada. Él ya envió el Espíritu Santo; entonces, ahora, él descansa, él espera, él aguarda, «...*de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*». ¡Gracias al Señor por eso! Nosotros somos los que estamos siendo santificados. Él es nuestro fiador, él es nuestra garantía, segura, firme, que penetra más allá del velo. ¡Gracias al Señor Jesús!

Vamos a terminar leyendo cuatro versículos en Hebreos que muestran a nuestro Señor Jesús sentado; no trabajando, sino sentado, porque el trabajo ha terminado, porque él ya hizo todas las cosas.

Hebreos 1:3, en la parte final, la última de las siete glorias que ya hemos comentado: «...*se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*». Y, según este primer contexto, él se sentó en una posición tan alta, superior a los ángeles. La palabra *superior* es una de las palabras claves en esta carta. Jesús se sentó en una posición superior, porque él heredó más excelente nombre que todos los ángeles, «...*para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra*» (Flp. 2:10).

La segunda mención de nuestro Señor Jesús sentado está en Hebreos 8:1. Vea la belleza de este versículo. «*Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo...*». Lo esencial, lo principal, la suma de las cosas que hemos dicho. El Espíritu Santo ya escribió siete capítulos, y ahora él va a resumir lo que habló hasta aquí. Lo esencial «*es que tenemos...*». Poseemos; nosotros poseemos. ¿Qué poseemos? «...*tal sumo sacerdote*». Nuestra garantía, nuestro fiador.

«...*el cual se sentó*». No es un sumo sacerdote que está trabajando. «*Consumado es*». «...*se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos*». Este contexto, aquí, nos va a decir que este sumo sacerdote, versículo 2, «*es ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo...*». Aquel tabernáculo del Antiguo Pacto era una sombra, una figura, un tipo. Mas, el verdadero sumo sacerdote, él ministra un verdadero tabernáculo, que es la iglesia, su casa.

¿Y qué ministra en su casa? Al continuar leyendo el capítulo

8, versículos 10-12, verán que él ministra purificación de pecados. «*Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades*». Es la primera bendición. En segundo lugar, él ministra el conocimiento de Dios. «*Porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos*». Y la tercera bendición: «*Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo*». Esto es lo que el sumo sacerdote ministra en «*aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre*» (8:2).

La tercera mención de nuestro Señor Jesús sentado, ya la leímos; está en Hebreos 10:12. «*...pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios*». Ya vimos en que el contexto aquí es que este sumo sacerdote que está sentado, él espera «*hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies*», porque él ya los venció a todos.

Y entonces, el último contexto, para terminar. Hebreos capítulo 12, desde el versículo 1. «*Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos...*». ¿Recuerda el capítulo 3? «*Considerad (atentamente) al apóstol y sumo sacerdote*». Y aquí dice: «*...puestos los ojos (mirando firmemente) en Jesús, el autor y consumidor de la fe*». Y una vez más, la palabra Jesús aparece sola, enfatizando la humanidad de nuestro intercesor.

«*Jesús... el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios*». La última vez que se menciona, de cuatro veces, «*sentado*». ¿Cuál es el contexto en el capítulo 12? Dice que nuestro Señor Jesús, «*por el gozo que estaba puesto delante de él...*». Este gozo tiene un aspecto doble. El primer gozo del Señor Jesús es satisfacer la voluntad del Padre. ¿Cuál es la voluntad del Padre? «*Llevar muchos hijos a la gloria*». Entonces, por el gozo puesto delante de él, de satisfacer lo que el Padre siempre deseó: muchos hijos a imagen de su Hijo.

El segundo aspecto de esa alegría es que no sólo el Padre iba a tener una familia de hijos; sino que el mismo Hijo tendría una novia. Y, por ella, él se entregó. Por eso, Efesios capítulo 5 va a decir que «*Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra*». Y vea ahora: «*...a fin de presentársela a sí mismo*». Una posesión de él, la niña de sus ojos, su novia, «*por el gozo puesto delante de él*».

El Hijo no sería un solitario por toda la eternidad; mas un matrimonio se había designado para él. Su novia. Por ella, él se entregó; él amó a la iglesia. Este es nuestro Señor, nuestro novio. Juan oyó: «*Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Corde-ro*» (Apoc. 21:9). ¡Gracias, Señor!

El Señor nos ayude, para que podamos tocar la realidad espiritual de su palabra. Que el Señor aliente nuestros corazones, para correr la carrera que nos está propuesta. Hermanos, despojémonos de todo peso, despojémonos de las tristezas. Sabemos que hemos vivido días difíciles como iglesia. ¡Cuántas necesidades hemos tenido! Tristezas, escándalos, adversidades, fracasos, malos testimonios.

El Señor dice, a través de Pablo, que «*en los postreros días vendrán tiempos peligrosos*» (2ª Tim. 3:1). Que podamos dar lugar en nuestros corazones para que el Espíritu Santo, el Paracleto, nos pueda alentar. Nuestro motivo no es uno u otro; nuestro motivo es el propio Señor Jesús, el apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión. Él dio todo por nosotros. Que el Señor encuentre lugar en nuestros corazones, para alentarnos en estos días tan difíciles.

Que podamos mantener nuestro enfoque claro, y oremos como David oró en el salmo 139, cuando él dijo: «*Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*».

OTRAS PUBLICACIONES DE EDICIONES «AGUAS VIVAS»

Watchman Nee

El Secreto de la Vida Cristiana

Stephen Kaung

Discipulados a Cristo

Christian Chen

El Misterio de Su Voluntad

El Eterno Consejo de Dios

Entrando en las Riquezas de la Palabra

En Busca de la Excelencia Espiritual

La Sabiduría Edifica su Casa

El Dedo de Dios

Qué Es el Hombre

El Desafío de Daniel

Eliseo Apablaza

Conforme al Modelo

Consagración y Servicio

Las Riquezas de Su Gracia

Los Amigos También Tienen que Morir

La Buena Tierra

Rodrigo Abarca

Regresando a la Iglesia

Rubén Chacón

El Poder de la Gracia

El Discipulado de Jesús

Claudio Ramírez

Del Cielo hasta la Tierra (poemas)

Como el Rocío de Hermón (poemas)

Bajo la Sombra del Deseado (poemas)

Varios autores

La Visión Celestial

Mensajes a la Iglesia